El Secreto *del* lienzo



ALICIA RIBAS ROCA

El Secreto *del* lienzo

ALICIA RIBAS ROCA

El secreto del lienzo

© 2026 Alicia Ribas Roca

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en forma alguna ni por medio alguno, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción inspirada en hechos y personajes históricos. Algunas figuras, acontecimientos y contextos mencionados tienen base en registros históricos; sin embargo, han sido recreados y novelados con fines narrativos. Los personajes, situaciones y diálogos forman parte de la interpretación ficticia de la autora.

Primera edición digital: 2026

ISBN: 978-9907-0-1193-7

Diseño de portada: Anže Ban Virant – ABV Atelier Design
Corrección de estilo: Primera corrección: Letra Minúscula.
Segunda corrección: Blackwell Publishing
Tercera corrección: Dora Fassio Arzube
Publicado de manera independiente a través de Amazon KDP

Para Teresita, quien me enseñó cómo pasan los ángeles

Índice

Prólogo
1. Florencia
2. El Instituto
3. Salermo
4. La entrevista
5. Milán
6. El retrato
7. Lucca
8. Giganti
9. Primer Pergamino
10. La Abadía
11. Segundo Pergamino
12. El restaurante
13. Tercer Pergamino
14. Hugo Muscatello
15. Dispensadora
16. Cuarto Pergamino
17. Murciélagos
18. Quinto Pergamino
19. El fumigador
20. Sexto Pergamino
21. El lienzo
22. Séptimo Pergamino
23. Masseo
24. Perdido
25. La inspección
26. El desván
27. Octavo Pergamino
28. La escalera
29. El pozo

30. La tarea
31. Ingrid
32. El óleo
33. En el parqueo
34. El hospital
35. Noveno Pergamino
36. Precauciones
37. Traslado
38. Pista
39. El mensaje
40. Derrumbe
41. El peregrino
42. Ishsha
43. Cosecha
44. Milán
Nota del autor

Prólogo

En el año 1200 d. C., un peregrino tocó la puerta de una ermita en Espoleto, Italia. Quien abrió la puerta fue fray Masseo de Marignano. Esta historia está inspirada en aquel corto encuentro, que marcó para siempre a la orden franciscana.

1

Florencia

Giulia Febres se detuvo y una ráfaga de viento la hizo parpadear mientras leía el letrero de la esquina: la calle del Ciompi. Avanzó por la callejuela de fachadas de arquitectura medieval con algunas bicicletas apostadas en sus veredas estrechas hasta la siguiente esquina y revisó nuevamente el nombre de la calle.

—Debe de ser por aquí —se dijo a sí misma en voz alta.

El Instituto de Arte Muscatello ocupaba todo un edificio y colindaba con el famosísimo teatro Ornello. Giulia ingresó por el portón del instituto a través de unas grandes puertas dobles de madera, pintadas en verde con aldabas de leones de bronce, que permanecían abiertas y sobre las que reposaba el número doscientos doce.

Dentro del edificio se topó con una tienda con paredes de vidrio sobre las cuales se leía el letrero:

Tienda de Cristal

Materiales de arte y pigmentos importados

Abierto de lunes a viernes de 9:00 a 13:00

16:00 a 19:30 horas

Se reciben inscripciones del instituto.

Avanzó hacia los estantes de bisutería, portavasos, cerámicas, óleos, pinceles y todo tipo de pigmentos y materiales de arte. La tienda y las inscripciones estaban a cargo de una señora de pelo

rojizo, capaz de hablar mil palabras por minuto y vender la mercadería a tres personas al mismo tiempo.

La mujer se encontraba sentada en su escritorio, frente a dos estudiantes de cara somnolienta, vestidos enteramente de negro, sentados en sillas de aluminio.

Giulia esperó a un lado y la señora pronto reparó en ella.

—*Buona sera, bella*, yo soy Donna Vitale —Alzó la mirada—. ¿Vienes a inscribirte?

—Ya estoy inscrita. Envié mi documentación por correo —contestó Giulia.

—¿Eres de primer año?

—Sí, es mi primer día. Soy Giulia Febres.

—¡Oh! Giulia Febres. El señor Muscatello me pidió que le avise cuando llegues —murmuró Donna mientras revisaba una hoja impresa.

Giulia abrió la boca para preguntar por qué el señor Muscatello querría verla, pero la mirada curiosa de los estudiantes de negro que se encontraban a su costado la hizo cerrarla.

—Los tres están en la misma clase —anunció Donna—. Vayan por las escaleras al salón Pitti, en el segundo piso. ¡Vamos! A moverse.

Giulia subió con el resto del grupo por unas escaleras amplias de piedra pulida, que se encontraban tras la oficina. Las escaleras eran ruidosas y alegres, «¡*Buona sera*!» se escuchaba cada dos escalones, y el eco subía hasta perderse en el corredor del segundo piso, donde el silencio primaba en los talleres y las clases.

Había cerca de catorce salones. El salón Pitti, justo a la derecha de las escaleras, era el más pequeño. Se apretaron en unas bancas de madera oscura. Federico Monti, el profesor encargado de Historia del Arte, se ajustó las gafas, se peinó el bigote y subió a un banco que le permitía la vista de todo el grupo. Luego dio una introducción sobre los métodos de trabajo y una larga lista de libros, tres de los cuales debían ser leídos en el mes: *Poética* de Aristóteles, *Historia del arte*, de E. H. Gombrich, y *El complot del arte*, de Baudrillard.

—En la biblioteca quizás encontremos esos libros —Su compañera de banca se agachó para amarrar el cordón de uno de

sus tenis—. Soy Carina. —Se retiró el pelo ensortijado de la cara—. Si quieres vamos juntas mañana, y puede ser que encontremos libros en otros idiomas.

—Gracias, sí, me gustaría —contestó Giulia—, aunque no sé si podría leer libros en otros idiomas.

—¡Oh! Pensé que eras extranjera. Tienes rasgos exóticos.

Giulia sintió que se le encendía la cara. Había recogido su pelo, de un color cobrizo singular, con una coleta.

—¿Arriba hay más salones? —preguntó Giulia.

—¿El tercer piso? No, allí no se dictan clases. El último piso lo ocupa el dueño del instituto, Hugo Muscatello —contestó Carina.

Su primer día en el instituto pasó como un suspiro. Al atardecer, camino a su departamento, atravesó con pisadas amortiguadas la Piazza della Signoria. La sensación continua de prisa, esa que se queda pegada en el cuerpo de todos los que han vivido en ciudades concurridas, desaparece pronto en Florencia. Las impresionantes esculturas y los edificios históricos gritan a toda voz «¡Mírame, soy digno de admiración!». Y Giulia, deteniendo su caminata, también cedió ante la grandeza de la ciudad. El clima era agradable. Había dejado de llover y las baldosas grises lucían brillantes, con pequeños charcos en sus esquinas. Los visitantes se aglomeraban tomando fotografías entre las colosales esculturas expuestas a simple vista bajo los arcos arquitectónicos.

Le pareció que el cielo, de un azul intenso con las nubes blanquísimas sobre el techo del Palazzo Vecchio, era igual al de la primera vez que cruzó por la *piazza*, hacía un mes.

Cuando se le presentó la oportunidad de ingresar al Instituto de Arte Muscatello vendió sus pocas pertenencias y se trasladó a Florencia. Durmió varias noches en un hostal económico, hasta que encontró un apartamento: un ático en el sexto piso de un edificio en la vía del Moro; bueno, un intento de ático, más bien era una estructura de madera y vidrio sobre la terraza. Fue difícil convencer al arrendatario, quien había estado reacio a alquilarle el apartamento. No quería entregarle el espacio a una estudiante, le había dicho. Ella logró convencerlo explicándole que era la más apropiada para subir los seis pisos, que no tenía problemas con las

goteras, ni con atravesar la terraza para ir al cuarto de aseo común que se encontraba en el piso inferior.

«Ha sido una suerte encontrar el espacio», pensaba Giulia, recordando el gran ventanal de su habitación orientado hacia la impresionante vista del Ponte Vecchio. Tenía un colchón bajo el tejado inclinado, un sofá azul y un mesón de piedra que separaba el área de la cocina. Poco después supuso que el motivo por el que el ático no había sido arrendado era el frío del invierno, que se colaba por el ventanal como larvas de hielo.

Cuando llegó la noche y regresó al ático, Giulia estaba tan entusiasmada que pensó que no iba a poder dormir. Se soltó la coleta y se tumbó sobre el colchón; las emociones del día la habían dejado exhausta, y cuando cerró los ojos solo un pensamiento la inquietó: ¿por qué querría el dueño del instituto que le avisaran cuando ella llegase? Giulia no encontró un motivo y se tranquilizó pensando que quizás era así con todos los estudiantes. Abrazó la almohada y durmió hasta el día siguiente.

2

El Instituto

Donna Vitale cerró la tienda de materiales y colocó los papeles con sus dedos regordetes en una carpeta, cuidando de no dañar sus uñas pintadas de fucsia. Le gustaban las rutinas y durante los diecisiete años que había trabajado para los Muscatello, cada primer día del semestre se reunía con el director, es decir con Hugo, para entregar su informe.

Donna tocó la puerta del tercer piso de la oficina de Hugo, con la carpeta en mano.

—Adelante —dijo Muscatello.

El rostro pálido de Hugo resaltaba detrás del escritorio, la amplitud de la silla de cuero y las solapas del saco oscuro lo hacían parecer más grueso de lo que realmente era. Donna había conocido al padre de Hugo, y aún le asombraba el parecido físico: las cejas definidas, los labios finos, el pelo negro azabache. Hugo Muscatello hijo era más corpulento y bastante más atractivo.

Al principio le preocupó que una persona tan joven estuviese a cargo del instituto, pero Hugo fue capaz de desplegar una simpatía de la que su padre había carecido y la clientela se multiplicó a los pocos meses de su llegada.

Donna tomó una bocanada de aire, quizás había subido muy rápido los tres pisos del instituto.

El director la invitó a sentarse y tomó entre sus manos, de uñas cortas y bien cuidadas, la carpeta que ella le proporcionó.

Hugo mantenía la oficina elegante: madera retocada en aceite de muebles, piso reluciente y almohadones mullidos, pero un desagradable olor ácido y cortante invadía el ambiente.

—¡De nuevo! ¡Ese olor es insoportable! —exclamó Donna

dirigiéndose a la ventana, que abrió de par en par con grandes aspavientos.

—¿Llegó Giulia Febres? —preguntó Hugo mientras ojeaba el contenido de la carpeta.

—Sí —dijo Donna luego de haber asegurado la ventana—, fue una de las primeras —El aire frío del exterior llenó rápidamente la habitación, pero el olor ácido y pesado no se dispersó del todo—. ¿No le molesta el olor? ¿Sabe usted que los murciélagos pueden manchar el techo con sus excrementos?

—¿Qué tal le pareció? —preguntó Hugo, mirando al techo.

A Donna le preocupaba la cubierta de la oficina, de un acabado de yeso blanco con molduras dobles en las esquinas, pues como en todos los tejados sin losa, el espacio entre las tejas externas del techo del edificio y el yeso interior era lo suficientemente amplio para varios nidos de murciélagos.

—Me pareció que tuvimos un buen inicio. Tenemos cinco alumnos más que el año pasado, además, dos estudiantes vienen de Alemania y uno de Noruega.

—Me refiero a la chica Febres. —Hugo devolvió la carpeta.

—¡Ah! ¿Febres? Bien, me pareció muy bien. No habla mucho. Hugo, el olor ya está bajando por las escaleras, necesitamos deshacernos de esa peste de murciélagos. Quién sabe, quizás también haya ratones.

—Donna, ¿otra vez con los murciélagos? La alcaldía debería encargarse —contestó Hugo.

—Está bien—dijo Donna, recuperando la carpeta—. Veré qué puedo hacer. Pero lo que necesitamos es contratar a un fumigador.

—Si la alcaldía no lo hace, intenta con los bomberos —contestó Hugo.

—¿Los bomberos?

—Ayer me pediste dinero para la contribución de los bomberos y ellos tienen escaleras, ¿no es así? ¿O solo sirven para estar sentados todo el día? —Una línea se marcó en el entrecejo de Hugo.

—Sí, ya pagamos la contribución de cada año. Es la ley para el permiso de funcionamiento. Pero…

Hugo entrecerró sus manos.

—Veré qué puedo hacer —contestó Donna, poco convencida.

—¿Dónde está Vicenzo? —preguntó Hugo—. Necesito hacer un envío urgente.

—Debe de estar abajo —contestó Donna—. Se mete en las aulas para hacer la limpieza y no escucha cuando lo llaman. Yo ya le he dicho que, como conserje, tiene que estar más atento a lo que usted necesita, y que pase por aquí en las mañanas. No quiero decir que sea mal empleado, solo que está un poco sordo y a veces pierde tiempo en labores que…

—Entrégale este sobre —la interrumpió Hugo, alzando la mano —. Y la chica Febres. La quiero entrevistar mañana. A las diez.

—¿La estudiante? —Donna no entendía por qué Hugo preguntaba por la chica Febres. Hugo acostumbraba a rodar varios proyectos y negocios y, aunque a veces le resentía, una parte de ella ya se había acostumbrado a que no le informara de sus asuntos.

Hugo no le contestó.

—Bueno, bueno. Está bien. Yo le aviso a Giulia Febres que esté en su oficina mañana a las diez en punto. ¿O a las nueve y cincuenta mejor? ¿Le indico algo más a Vicenzo? ¿Necesita usted algo más?

—Solo dele el sobre. La chica, a las diez. Que no toque antes la puerta.

Donna salió en busca de Vicenzo Gatti, el conserje. Era el encargado de la limpieza en general, por lo que tenía las llaves del instituto y la mala costumbre de tener todo cerrado, lo que la irritaba tremendamente. Lo encontró como siempre, con la ropa un poco grande y las llaves a la cadera, cerrando los salones, y le entregó el sobre con los encargos de Muscatello.

3

Salermo

Salermo tenía la costumbre de revisar su atuendo en el espejo del recibidor del tercer piso antes de entrar a la oficina de Hugo. Estaba orgulloso de su porte, adecuado para un policía romano. Se ajustó el cinturón del uniforme de los carabineros que usaba ceñido al cuerpo, y dejó al descubierto una gruesa cadena de plata en la mano derecha.

Entró a la oficina de Hugo Muscatello con desparpajo, se quitó la gorra y la colocó sobre el escritorio. Observó a Hugo de reojo, quien, desde su posición en la silla de cuero, levantó la vista del papel que tenía entre manos. Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás y las patillas irritadas, seguramente por la insistencia en cortarlas al ras. Vestía un chaleco beige y, pese a que no hacía frío, conservaba puesta la chaqueta en tela de lana azul.

Salermo abrió la bolsa de papel que traía consigo. El papel crujió ruidosamente al abrir su contenido: un par de cruasanes de mantequilla.

—¿Un cruasán? —preguntó Salermo, ofreciendo uno de los panes.

Hugo negó con la cabeza y él aprovechó para engullir el primero. Las migas cayeron en el piso.

—¿De quién es? —preguntó Salermo señalando el papel que Hugo tenía en la mano. Era un carboncillo del rostro de una chica.

—Es la hija de Febres, quien ingresó al instituto —contestó Hugo, dejando el carboncillo sobre el escritorio—. Creo que este dibujo lo hizo el viejo Febres, tiene su estilo.

—Es bonita. —Salermo viró con dificultad su cuello. Tenía las manos con grasa así que no se atrevió a tomar el papel—. ¿Quién es

Febres?

—Es el pintor de Apalagos, vendí una de sus obras: *El jilguero en el túnel*. Te comenté sobre él. ¿No lo recuerdas?

—Sí, creo que sí. —Salermo no recordaba para nada a ese tal Febres.

—Febres murió en un accidente en las minas. Sus obras están muy cotizadas, quizás podamos conseguir alguna de ellas. Cité a la hija a las 10 —contestó Hugo—, debes marcharte antes.

Salermo se apresuró en cerrar la bolsa con el cruasán restante.

—Qué duro que eres con tu amigo. Yo, en cambio, tengo algo para ti —dijo el policía. Sacó del bolsillo del pantalón una cartera de terciopelo oscuro con sellos bordados en sus esquinas y cosido con hilo de plata. Lo colocó sobre el escritorio—. Una obra de arte para el director del instituto —dijo con orgullo, e hizo un movimiento con la mano invitando a Hugo a hurgar en su contenido.

Hugo tomó la tela y desenvolvió un arma con lomo de acero y cuerpo color negro azabache. Era inusualmente pequeña. La empuñó con tres dedos.

—Beretta de 9mm, pico corto —dijo Hugo.

—No es cualquier Beretta. Es una edición especial. Mira el sello. Solo hay doscientas de este modelo.

Hugo revisó el sello en el lomo: la calavera de una cabra con dos cuernos largos e iguales. Era un modelo armónico: negro con plateado, con el martillo oculto. Retiró el cargador y le dio vueltas entre las manos.

—No está grabado el calibre —dijo Hugo.

—Sí, hmm... —Salermo movió el hombro—. Es original. Ya lo revisé.

Hugo verificó que la recámara se encontrara vacía y la cerró nuevamente. Repitió el procedimiento con una mano.

—¿Me trajiste un arma de mujer?

—Una preciosidad —respondió Salermo—. Es un arma de la aristocracia. Hay una diferencia.

—¿Y el otro cargador?

—¡Ah! —dijo Salermo—. Aquí está. —Metió la mano en el bolsillo —. Toma el otro cargador —Lo depositó despacio sobre la mesa.

Muscatello guardó la pistola dentro del escritorio. El cargador no lo guardó allí también sino en la arquilla a sus espaldas sobre la que se exhibían sus trofeos de tiro.

Hugo no dijo nada más, pero Salermo conocía lo suficiente a Muscatello como para reconocer que le había gustado sobremanera la adquisición. Satisfecho, se colocó la gorra y salió de la oficina. Bajaba distraídamente las escaleras cuando reconoció a la chica del retrato, que en ese momento subía al tercer piso. La escalera era angosta, así que Salermo se detuvo abriéndose a un lado para dejarla pasar. La chica vestía unas mallas que dibujaban unas pantorrillas ligeramente más gruesas de lo usual, el suéter de lana que la cubría casi hasta las rodillas. Repasó sus facciones con avidez: el pelo lacio de un cobre brillante la cubría por debajo de los hombros, una marca bajo su ojo izquierdo; se tropezó en el escalón y se le enrojecieron las mejillas. Cuando Giulia Febres desapareció de su vista, sintió la enorme necesidad de fumar un cigarrillo y bajó las escaleras, dejando escapar un sonoro suspiro.

4

La entrevista

Giulia, inquieta con la actitud del policía en las escaleras, apresuró el paso. Eran las diez en punto cuando tocó la puerta de la oficina del director. Fueron dos golpes, luego silencio.

«Adelante», escuchó con claridad.

Un olor desagradable, como amoniaco rancio, la golpeó al entrar. Era una oficina de gran tamaño: tras el escritorio, había una arquilla con trofeos, y bajo la ventana, antes de entrar a la salita que era parte de la oficina, un gran bonsái.

Hugo Muscatello parecía una portada de revista: estaba sentado detrás del escritorio, con el cuerpo hacia delante y los brazos cruzados sobre la mesa. A través del traje, parecía distinguirse una musculatura magra y fuerte. Tenía la boca bien formada y el pelo negro peinado hacia atrás. Sus ojos eran dos obsidianas impenetrables enmarcadas en unas cejas finas y bien formadas. Su aspecto era pulcro y cuidado, y sus rasgos alargados y rotundos eran muy diferentes a la contextura gruesa y redondeada de los hombres de Apalagos.

—Soy Giulia Febres. —Su voz remarcó el acento de las islas del este, le ocurría siempre que estaba nerviosa.

Hugo la invitó a sentarse.

—¿Eres italiana?

—Soy de la isla Apalagos —dijo Giulia, y esperó la reacción: decir Apalagos era decir mucho. A pesar de ser una pequeña isla, Apalagos tenía veinticuatro partidos políticos que luchaban por independizarse de Italia, actitud que poco se comprendía e incluso resentía a la comunidad italiana. Suspiró. Ni bien empezaba la entrevista y ya estaba metida en problemas.

—Así que eres de la colonia —dijo Hugo.

—Así es, señor Muscatello —dijo Giulia.

—Llámame Hugo —contestó. Los labios se tensaron en las comisuras, formando una media sonrisa.

Giulia se mordió el labio, hubiera preferido no empezar la entrevista hablando de la isla.

—Esperaba a un director de mayor edad —soltó Giulia.

—¿Te molesta mi edad?

—No —contestó Giulia, sonrojándose a su pesar—. No había querido decirlo en voz alta. Solo me sorprendió.

—Soy mayor de lo que aparento —sonrió, complacido.

Unos pasos de roedor se escucharon en el techo. Luego, un chillido agudo.

—¿Qué es eso? —preguntó Giulia, mirando hacia arriba.

—¿Tienes miedo a los murciélagos? —preguntó Hugo.

Giulia miró al techo y luego cruzó las manos sobre sus rodillas, incómoda. El olor amoniacal del cuarto le estaba provocando náuseas.

—¿Cómo se llama la academia de arte de Apalagos?

—No existen academias. La isla se dedica a la extracción de cobalto —contestó Giulia.

—Dicen que también hay diamantes.

—Sí, eso dicen. Pero nunca he visto que extraigan uno.

—Así que conoces los túneles —afirmó Hugo.

Giulia se sobresaltó. Las minas eran una realidad de la isla, el único sustento económico, pero Giulia no resistía estar en los túneles subterráneos. Había estado allí seis meses: bajaba quince metros de profundidad, las paredes eran estrechas y parecían poder colapsar en cualquier momento. No había luz y el oxígeno era escaso. Debajo de las minas, las pequeñas explosiones dejaban un regusto a pólvora que irritaba la nariz y la garganta. Muchas veces vio a su padre retornar de las minas, pálido y cansado. Pero nunca imaginó lo que eran las horas de trabajo bajo la tierra, tampoco imaginó que su padre perdería la vida en ellas.

—Todos en Apalagos hemos estado en las minas —Giulia alzó la vista sobre su cabeza—. Sí suenan como murciélagos —dijo.

—Supongo que sí —Hugo alzó una ceja—. Tenemos a una minera que quiere pintar. El autorretrato que enviaste en la solicitud, ¿lo hiciste tú? —Hugo subió el tono de voz con la pregunta.

—Sí, claro que lo hice yo —contestó Giulia.

Hugo pareció pensarlo.

—¿Dónde aprendiste entonces?

—Mi padre fue mi maestro. Me enseñó a dibujar y a pintar.

—¿Tu padre? ¿Es decir que no has asistido a la academia? ¿Y dónde aprendió tu «maestro»?

—No lo sé —contestó Giulia. «Ni podré preguntárselo», pensó. Inconscientemente llevó la mano debajo del ojo y tocó su cicatriz con suavidad.

Hugo siguió el movimiento.

—Me gustaría conocer la técnica de tu maestro. ¿Tienes alguna de sus obras?

—No, su taller se perdió. Él tenía muchas obras, pero hubo un gran incendio y se quemaron todas —Giulia se miró las manos y se acomodó en la silla—. Hubo un derrumbe en los túneles, murieron personas; luego, en medio de las protestas, se incendió el distrito de la ciudad.

—¿Se quemó todo?

—Se perdió todo —repitió Giulia, bajando la mirada.

Hugo golpeó el escritorio con los nudillos. Giulia subió la mirada. Le pareció que al director le había molestado la mención de su padre. Tenía el ceño fruncido y parecía malhumorado.

Giulia se enderezó en la silla, se acomodó el pelo y lo apretó tras la oreja. Hugo siguió el movimiento.

—¿Tu madre?

—Luego de que mi padre muriera, ella se casó nuevamente —contestó Giulia. Se sintió vulnerable con tanta intimidad, no le apetecía contestar preguntas personales.

—¿Vivías con ella? —preguntó Hugo, levantándose de su silla.

Giulia sintió el impulso de levantarse también, pero se quedó quieta en la silla. Apalagos y sus padres; no iba por buen camino la entrevista.

—No, en Apalagos vivía en la casa de mi tía Rebecca, hermana

de mi padre —contestó Giulia desviando la mirada—. Allí terminé el colegio.

Rebecca la había mandado al campo minero. Giulia estuvo bajo tierra, en las minas, hasta el día que se embarcó con destino a Italia continental.

—¿Tu tía también pinta? —preguntó Hugo—. Aquí han llegado familias enteras, más entusiastas que hábiles.

—No. Ella no es de las personas que pintan —contestó Giulia.

Los murciélagos del techo emitieron unos gritos agudos, Giulia pensó que se estaban comiendo entre ellos. Hugo tomó el papel con el autorretrato de Giulia. Un destello brilló en sus ojos negros.

—¿Por qué no la dibujaste? —preguntó Hugo, llevando la mano a la mejilla izquierda de Giulia y retirando el maquillaje.

La cicatriz parecía una gota. Era rosada y caía como una lágrima. Los dedos blancos de Hugo rozaron la piel abultada.

Giulia sintió la mejilla caliente, pero no se movió. Tenía otra marca sobre el párpado superior, pero Hugo no la tocó.

—No me gustan las marcas —contestó Giulia—. Mis pinturas no tienen marcas —añadió, con una furia inusitada.

Los labios finos de Hugo se tensaron en las comisuras. Giulia no pudo determinar si se burlaba.

—Dime: ¿por qué viniste a este instituto? —preguntó Hugo, bajando al fin la mano.

—Me interesa el programa de la Galería de Milán.

Muscatello regresó a su asiento.

—¿Conoces la Galería de Milán? —preguntó, relajándose en la silla.

—He estado en la galería —contestó Giulia.

—Es un programa de tiempo completo, para pintores dedicados. No es para tu perfil, Giulia.

Giulia sintió la puñalada de la decepción. Ella era dedicada. No entendía la actitud del director frente a su interés en el programa.

—La exposición en galerías no es para todos —continuó Hugo—. Nosotros tenemos un programa de preparación, pero muy pocos entran. Me gustaría que no te desanimes y que mantengas tus opciones abiertas.

—Entiendo, señor director —se escuchó contestando.

—Hugo, dime Hugo —e hizo un movimiento de despedida.

Giulia bajó los escalones aliviada de haber terminado la entrevista y de salir de la oficina. No pudo evitar pensar que Hugo Muscatello parecía muy joven para ser un director y que lucía bien en ese traje oscuro a tres piezas. Se llevó la mano a la cara recordando el contacto con su cicatriz y pronto olvidó el olor desagradable del tercer piso y la inquietud que había percibido en la entrevista.

5

Milán

GIULIA, EN ESPERA DE LA siguiente clase, se encontró con Carina en el recibidor del instituto. La amistad entre ellas fue natural, especialmente después de haber sobrevivido al curso del profesor Monti sobre las técnicas de creatividad de los artistas del Renacimiento. También había hecho buena amistad con Manolo, con quién tomó el curso de pintura abstracta. Tanto Carina como Manolo tenían un desenfado que agradaba a Giulia, y cuando llegaron las vacaciones, viajaron los tres a la playa. A Giulia le gustó ver el mar, pero también le recordó su isla y las minas. Estar bajo tierra le producía un agobio que se instalaba en el pecho, una opresión de tierra negra.

Revisó el calendario de su cuaderno: un año, ocho meses y tres días. Ese era el tiempo que faltaba para que termine el curso, y si ella no conseguía donde exponer sus obras, se vería obligada a regresar a Apalagos. Giulia movió la cabeza, alejando la imagen de los túneles.

La lluvia caía fuera del instituto. Giulia nunca había visto una tormenta eléctrica como esta, ni en Florencia ni en Apalagos. Desde la madrugada los rayos violeta rasgaban el cielo oscuro que se cubría de un vaho expectante, latigazos que amenazaban con romper la bóveda celeste.

Evitando la lluvia, los estudiantes esperaban en la entrada y el recibidor estaba lleno. Sus compañeros bajaron sus bolsos, haciendo espacio en la banca. Ambas se sentaron.

—Gracias, novatos. —Carina dejó el bolso—. ¡Giulia! ¿Otra vez con el calendario?

Giulia hizo un mohín. Lo cierto era que el único momento en que

estaba en paz era cuando pintaba, así que dio vuelta al calendario del cuaderno y empezó a dibujar.

—Carina, ¿puedes quedarte quieta cinco minutos? —rogó Giulia. El lápiz rasgó el cuaderno de bocetos que tenía en mano—. Casi logro dibujar tu mal genio.

—¡Vamos! Tú sabes que me pone de malas eso de estar quieta. —Carina revolvió su pelo ensortijado.

Unas voces de niñas sonaron en el pasillo. Dos pequeñas llegaron con sus paraguas miniatura y corrieron a la Tienda de Cristal. El piso del recibidor quedó lleno de pequeños charcos. La menor tendría alrededor de cuatro años y su hermana unos seis. Llevaban vestidos de verano, con medias gruesas y un suéter encima. Giulia ya las había visto antes; eran las nietas de Donna. Tenían la costumbre de visitarla los miércoles y pintar en las mesitas de la tienda. Llegaron con su abuelo, quien en ese momento se esforzaba por cerrar su propio paraguas. Al verlas entrar al instituto, Giulia viró la página de los bocetos y rápidamente hizo un esbozo de ambas entrando a la Tienda de Cristal.

—¡Vaya! ¡Qué hábil! —Manolo estaba esperando, al igual que ellas, la siguiente hora de clase. Giró el cuello, agarró el lápiz e hizo su propia versión en el cuaderno de bocetos. Rompió la punta y siguió dibujando con el trozo astillado. Giulia suspiró. Tenía la esperanza de que la torpeza de Manolo fuera temporal; con su cuerpo alargado y cabeza pequeña daba la impresión de no haber terminado de crecer.

Para Manolo todo se podía expresar en arte abstracto, así que las niñas terminaron con cabecillas redondas y vestidos triangulares.

—Hay una charla en el Salón Mayor —avisó Manolo, devolviendo el lápiz a Giulia.

—Sí, sabemos —contestó Carina, entrecerrando los párpados.

—Solo avisaba. —Manolo alzó las manos en señal de rendición.

—¿Sobre qué es la charla? —preguntó Giulia.

—Es sobre la exposición en la Galería de Milán —contestó Carina —. ¿No te llegó la invitación?

—¡La Galería de Milán! —gritó, conmocionada, Giulia—. No me llegó la invitación.

—Es un evento abierto a todos los estudiantes del instituto. Qué descuido que no te hayan enviado.

—Bueno, ¿vienen o qué? —preguntó Manolo, jugando con el pelo de Giulia.

—Ya te alcanzaremos —cortó con voz seca Carina—. Adiós.

—¡Adiós! —dijo Manolo con fuerte acento. Luego se encogió de hombros y con la cabeza gacha subió las escaleras hacia el salón.

El programa de la Galería de Milán que había esperado con ansias. «Al fin», pensó Giulia. Exponer en esa galería era todo lo que quería. Si lograba entrar, podría dedicarse a pintar. ¡Había tantos retratos que le gustaría hacer! No tendría que regresar a Apalagos, ni a las minas.

—¡Giulia! ¿Qué andas pensando? —preguntó Carina.

—En Manolo. Fue muy amable en avisarnos.

—Olvídate de Manolo. Mejor vamos a la charla. —Carina se amarró el cordón del zapato—. Dicen que van a contratar.

—¿Un trabajo en la Galería de Milán? —Una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo.

—¡Giulia! ¿Qué te pasa hoy? —Carina le tendió la mano y se levantaron a la vez.

Giulia y Carina ingresaron al Salón Mayor. Manolo se había ubicado cerca de la entrada y señaló los asientos libres a su lado. Había unas cincuenta personas formando un semicírculo alrededor de Donna, situada en el frente.

—¿Cómo es lo del intercambio con Milán? —preguntó uno de los estudiantes en medio de la agitación.

—No es un intercambio —dijo Donna—. Ustedes deben aplicar con un único trabajo original en este semestre y hacerlo llegar por sus propios medios a la galería de Milán.

— ¿A qué se refiere con «por sus propios medios»?

—A que ustedes —contestó Donna, cortante— deben llevar personalmente su obra el día señalado. —Al fin, el grupo hizo silencio—. La Galería de Milán incorpora, cada dos años, nuevas obras para la exhibición y un contrato fijo para el artista emergente.

Un nuevo murmullo se extendió por la sala.

—Un asunto más —agregó Donna, y repartió un folleto. En el

folleto se encontraba el nombre de la exhibición que se estrenaría ese año:

«La cara es el espejo del alma»

Cicerón.

—Son los ojos —susurró Giulia.

—¿Qué dices? —preguntó Carina.

—Los ojos son el espejo del alma —contestó Giulia.

—Pues no lo son para la exhibición —dijo Carina.

—La cara es el espejo del alma y los ojos sus delatores —dijo un chico con acento sardo detrás de ellas. Ambas se voltearon con curiosidad. El chico las miró con expresión despreocupada—. Es la frase completa de Cicerón —agregó con un guiño.

Carina le hizo una seña a Giulia que significaba: «¿Ves lo que te digo?».

—¡Atención! —Donna golpeó las manos—. Como pueden ver en el folleto, la obra debe ser un retrato. —Un nuevo murmullo se extendió por la sala. Donna aplaudió por segunda ocasión—. ¡Silencio! Los que quieran aplicar al programa de recomendación deben decidirse esta semana y firmar el contrato junto con un anticipo del pago. El costo del programa es de mil quinientos euros. La aplicación al programa no les garantiza la contratación ni la exhibición de la obra.

Giulia sintió vértigo. ¿Cómo iba a conseguir esa cantidad de dinero? Ya casi no le quedaban ahorros y desde que llegó a Florencia no había podido conseguir un trabajo.

—¿Mil quinientos euros por la recomendación? —Giulia no alcanzó a ver quién había preguntado.

—No es solo una recomendación —contestó Donna visiblemente molesta—. El instituto les presta el espacio físico para que puedan trabajar, además de la asesoría de los profesores en sus obras. Las galerías están saturadas y el director Muscatello se asegura personalmente de que sus trabajos no sean desechados sin pasar por el comité. En la muestra pasada un estudiante de este instituto

fue escogido por la galería, y espero que este año sus trabajos sean lo suficientemente buenos para que eso se repita.

Donna había subido su tono de voz y su cara estaba tan roja como su pelo. Los tres estudiantes vestidos de negro en la primera fila no disimularon su diversión frente a la irritabilidad de la expositora.

Giulia no pudo prestar atención a la siguiente hora. Su único pensamiento era el programa de la Galería de Milán: no tenía el dinero para pagar el programa, pero quizás podría inscribirse primero e ir poco a poco abonando hasta llegar al valor. Finalmente, las clases llegaron a su fin y decidió ir por Donna antes de salir del instituto. Dio vueltas en la Tienda de Cristal esperando que ella llegase. Se distrajo con los dibujos en los platos decorativos de cerámica. Tomó uno de ellos, lo ladeó, desentrañando sus colores. Las niñas que había visto un par de horas antes estaban revisando unos libros de pintar. La más pequeña miró a Giulia curioseando en el almacén y corrió hacia ella seguida de su hermana. Los vestidos de verano ondularon con sus pasitos cortos y rápidos.

—¿Cómo te llamas? –preguntó la niña.

—Me llamo Giulia —contestó un poco titubeante. Giulia dejó el plato y se acuclilló, hasta ponerse a la altura de ellas.

—¿Tienes hermana? —preguntó la menor de ellas.

—No, no tengo.

—¿Y tienes novio? —preguntó la niña mayor—. Tu pelo es muy bonito. —La niña lo tocó con suavidad como si fuera una muñeca.

—No —dijo Giulia riendo—. Pero, shh, no le cuenten a nadie —dijo susurrando.

El abuelo de las niñas se había acercado para evitar que incomodaran a Giulia, pero al escuchar su conversación entornó los ojos y sonrió divertido.

De repente se fue la luz y la tienda quedó totalmente a oscuras. En esos breves segundos también se fue el ruido y las pinturas no respiraron sus recuerdos. Fue un instante de pausa, de asombro, antes de que los murmullos corrieran y las preguntas se formularan. Envuelta en un halo de calma, la luz volvió tímidamente con la misma facilidad con la que se había ido, y también con la misma

facilidad regresaron las pisadas apresuradas y las risas de los estudiantes.

—Es un ángel que pasa —le explicó la menor de las niñas a Giulia.

—¿Un ángel que pasa? —preguntó Giulia.

—Sí, ¿no sabías? —preguntó la mayor, alzando las cejas en señal de sorpresa.

Giulia bajó los ojos, quiso contestar que claro que conocía aquel dicho popular.

—No, no sabía —se oyó contestando. Era difícil mentirles a los niños. Las niñas abrieron la boca al mismo tiempo.

—Dicen que cuando las luces se apagan y se vuelven a prender, es un ángel que pasa —explicó el abuelo colocando su mano, ya marcada por manchas de la edad, en la cabeza de la niña más pequeña.

6

El retrato

GIULIA CERRÓ EL LIBRO, FRUSTRADA. No le había ido bien en el ensayo y el profesor lo había evidenciado con irritación. Ciertamente la educación recibida en su pequeño colegio de Apalagos había dejado muchos vacíos y, a pesar del tiempo que ella le dedicaba a estudiar, poner al día su ignorancia parecía un camino de nunca acabar. Tampoco era un genio, los números se le perdían en cuanto trataba de visualizarlos, por lo que le costaba recordar las fechas. Se quedó sentada en la silla con el pupitre delante y no prestó atención a Manolo, quien, sentado junto a ella, la miró fijamente.

—¿Estás llorando? —le preguntó Manolo.

—No estoy llorando —contestó Giulia—, es una cicatriz. ¿Recién te das cuenta?

A Giulia no le gustaba su cicatriz, por lo que le incomodó que esta no hubiera pasado desapercibida.

Manolo se acercó a ella intrigado.

—Es verdad. No me había fijado. Está justo debajo del ojo. Además, ¿tienes los ojos de diferente color?

—¡No! Solo tiene diferentes motas en cada uno —contestó Giulia. Luego, los abrió desproporcionadamente y le clavó la mirada —. Casi nadie lo nota.

Manolo rio estrepitosamente.

—Bueno —dijo con una mano en el estómago—. Se puede decir que tienes pintura hasta en los ojos —dijo riéndose de su propia broma.

—Qué gracioso —contestó Giulia, seria.

—Supe que vas a aplicar al programa de la Galería de Milán.

—Si. ¿Tú también vas a aplicar al programa? —preguntó Giulia.

—No, yo no. Tengo suficiente con las clases. Además, lo mío es el arte libre, no los retratos —contestó desenfadadamente.

—Ya apliqué a Milán —dijo Giulia—, lo que no tengo resuelto es cómo pagarlo, necesito encontrar un trabajo.

—También necesitas un rostro —agregó Manolo.

—Pues eso sí tengo, de hecho, ya empecé el bosquejo inicial —contestó Giulia emocionada.

—¿A quién vas a dibujar?

—Bueno —Giulia titubeó.

—No me digas que no sabes —preguntó Manolo.

—¡Claro que lo sé!

—¿Tienes varios retratos?

—No, solo se puede enviar una obra a Milán. Aunque sería mejor hacer varias y escoger la mejor, nunca me alcanzaría el tiempo.

—Claro. ¿Y a quién vas a retratar? —insistió Manolo—. Titubeas tanto que voy a pensar que me dibujas a mí.

—¡No! Es sobre un fraile llamado Masseo. La verdad es que me vino la idea por las niñas que van a la tienda de Donna.

—¿El fraile vive aquí? ¿En Florencia? —preguntó Manolo.

—No, vivió en el siglo XIII; mi padre me contó la historia: fray Masseo estaba con sus compañeros en Umbría cuando un visitante tocó la puerta.

Manolo entrecerró los ojos, que se humedecieron, y apretó la mandíbula.

—¿Estás bostezando?

—Empecé a bostezar cuando dijiste siglo XIII.

—Pues el visitante era un ángel. Masseo fue quien le abrió la puerta.

—¡Ah! Bueno, eso está mejor.

—¡Imagínate! Cuando Masseo y sus compañeros supieron que era un ángel quedaron impresionados, y desde allí recibieron siempre y de la mejor forma posible a todos los que tocaban sus puertas.

—¿Por qué dibujas al fraile en lugar de pintar al ángel?

—No sabría cómo dibujar un ángel. Es un rostro perfecto. ¿Cómo consigo un modelo así? No parecería real. Además, lo que quiero

retratar es esa mirada de Masseo cuando abrió la puerta.

—¿Tienes un retrato?

—No exactamente, no he encontrado ningún retrato de él. Pero si consigo documentación o alguna descripción, podría llegar a un rostro parecido. Ya pensaré como resolverlo —contestó Giulia.

—¿Y qué pasó con el ángel?

—Nunca regresó. Debe de ser como haber tenido un billete de lotería y botarlo sin saber que era el premiado.

—Mi mamá, una vez, botó un billete premiado de lotería, también puedes pintarla a ella. —Manolo apretó los labios intentando hablar con seriedad.

—¿Te estás burlando? —preguntó Giulia, entrecerrando los párpados.

—No —miró al piso y se puso serio—. Si te soy honesto, no creo que la galería esté interesada en un retrato del siglo XIII, peor aún si no tienes una referencia de sus facciones reales. Tienes, sin lugar a dudas, un problema de *marketing*.

Giulia hizo silencio.

—Masseo abrió la puerta y se topó con algo extraordinario, es eso lo que voy a dibujar.

—¡Ah! ¿Como la sonrisa de Mona Lisa que hasta ahora entiendo de que sonreía? Está difícil tu retrato, pequeña aprendiz. La buena suerte es que seguimos abriendo puertas, así que siempre podremos toparnos con algo extraordinario.

—¡Tienes razón! Mejor es dibujar a Masseo en la actualidad.

—Déjame adivinar —Manolo puso los dedos sobre la frente y frunció el ceño—. Lo vas a dibujar abriendo una puerta.

—¡Exacto! —contestó Giulia.

—Si haces eso —contestó Manolo con cara de póker—, nadie sabrá quién es él.

—Pues yo lo sé, y seguirá siendo el mismo Masseo —contestó Giulia.

—Como digas. Toda esta conversación me ha dado hambre. Me marcho, creo que en casa me esperan impacientes unas patatas bravas. —Manolo se puso de pie—. ¿Vienes?

—No, es que me gustaría ir al salón de pinturas y quedarme

con… quedarme pintando.

—¿Con quién te gustaría quedarte?

—Con Masseo.

—Oh, entiendo —respondió serio Manolo.

—¿Entiendes?

—Sí, claro que sí. Tu amigo, Masseo. —Y se despidió con un guiño.

7

Lucca

GIULIA DECIDIÓ QUEDARSE UNAS HORAS extra en el instituto. No lo había comentado con sus amigos, pero tenía la intención de buscar a Hugo Muscatello, y creía tener más posibilidades de lograr su atención luego de la salida de clases. Carina le había comentado que Muscatello asesoró personalmente a Ingrid Canizzaro, la compañera de piso de Carina, y su trabajo estaba avanzando a un ritmo espectacular.

Entró al salón de pintura del segundo piso. Le gustaba dibujar a esa hora, estar a solas. Prendió las luces del salón: eran unas luces localizadas, adaptadas para los puestos de los artistas. Por la ventana llegaba el olor de la lluvia, la luz del farol y las notas del piano en el teatro Ornello tocando *Für Elise*. Las estanterías, ubicadas a un lado, exhibían torres maltrechas de *Il Coville*, la revista de cultura. Se detuvo ante el lienzo de Ingrid, donde ya habían empezado a aparecer las capas de color sobre la boca de la modelo. Luego se dirigió a las repisas que contenían los recipientes de plástico, pinceles y tubos de pintura. Tomó un lápiz de uno de los recipientes y se sentó cerca de la ventana del fondo del salón, frente a su futuro cuadro.

Había seleccionado el lienzo con mayor tamaño que el estándar. Pasó la mano por los vértices comprobando el tensado que ella había sujeto con grapas a una tela de lino de un tejido regular, de puntos e hilos casi invisibles.

En trazos largos y ligeros avanzó con la barba del boceto. No llevaba más de quince minutos en el taburete cuando las luces del techo perdieron intensidad, y la envolvió la penumbra. El foco de luz sobre el lienzo quedó quieto. Las sombras no bailaron en las

paredes. Se silenciaron los ruidos de la calle, el aroma de lluvia se detuvo en el aire. Las notas del piano hicieron una pausa entre dos respiraciones. El silencio fue calmo y absoluto. Al cabo de unos segundos y tal como había ocurrido unos días antes, la luz regresó delicadamente. El viento ululó en la ventana y las notas de *Für Elise* llegaron suaves.

Se sobresaltó al ver a un hombre joven y bien parecido, a dos pasos de ella bloqueando la entrada. La luz le daba de frente resplandeciendo en el pelo y sobre el abrigo claro.

El visitante caminó hacia el bosquejo de Giulia. Ella se bajó del taburete.

—Saludos, Ishsha —dijo con suavidad. Su voz de un suave tono grave, la dejó sin aliento.

—¿Por qué me llama Ishsha? —preguntó—. Quizás me ha confundido con alguien.

El joven se acercó al lienzo. La luz se abría sobre la melena clara y limpia que caía en abundantes mechones cortos y alborotados a los lados de la frente y en las orejas, enroscándose ligeramente al inicio del cuello. La nariz, recta y grande, cuadraba en el rostro. La boca era pequeña, y el labio inferior, más carnoso que el superior, permanecía inmóvil con una expresión de sonrisa que le recordó a los niños pequeños. Llevaba una leva de viaje y sus hombros simétricos caían a lo largo del cuerpo.

—Masseo siempre ha sido delgado, de contextura fuerte.

Giulia resopló. Solo le había contado a Manolo que dibujaba a Masseo y ya lo sabía todo el instituto.

—Estamos hablando de diferentes personas. —Giulia se mordió el labio conteniendo su frustración—. Estoy intentando dibujar a fray Masseo, que vivió en el siglo XIII.

—Hablamos del mismo —contestó, impasible.

—¿Cómo sabes que fue delgado? —preguntó Giulia.

—Siempre fue delgado y de buen porte. Incluso durante la construcción de la ermita, donde había más alimento.

Giulia ladeó la cabeza confundida. El joven acercó el banquillo.

Giulia dudo unos momentos, sin embargo, al ver la expresión calma y el aplomo del visitante, se sentó en el banquillo. El piano

seguía tocando, era una melodía hermosa que Giulia no había escuchado antes. Había dejado de llover.

—Su barba es corta y forma una hendidura en la barbilla, que la divide en dos —dijo.

—No parece correcto —Giulia se sintió nuevamente frustrada, pero luego se empezó a fijar en los detalles de su propio bosquejo, como si crecieran de tamaño. También se fijó en el lápiz que tenía en la mano: era un lápiz de carboncillo nuevo y de punta suave.

—Masseo tenía la frente amplia; un hombre agradable e inteligente. Tenía virtudes y sostuvo largas luchas interiores para agradar a Dios. —El joven se colocó a su izquierda. Tenía una voz pausada y, a medida que describía a Masseo, el lápiz de Giulia deslizaba sus palabras sobre el lienzo.

Cedió ante la extraña sensación de haber escuchado antes esa voz, la frustración pasó a un estado de alegría. Giulia realizó los trazos y su mano se deslizó sin trabas por el lienzo. Acortó la base del rostro, luego amplió la frente y se topó con el rostro triangular invertido de un hombre de rasgos angulosos. Los contornos se volvieron firmes y confiados. Dividió en dos la barba del dibujo.

—¿Conoces algún retrato de Masseo? Me gustaría poder verlo —dijo Giulia, concentrada en el dibujo.

—En Giganti encontrarás las cartas de Masseo —dijo.

—¿Giganti?

—Es un pueblo costero, a dos horas en tren.

Giulia dudó unos minutos y luego preguntó:

—¿En qué parte de Giganti?

—En el Museo In Situ —dijo.

—¿Qué más sabes de Masseo?

—Era un buen compañero de viaje. Además, como era de buen ver, solía recibir mejores limosnas.

—Al escucharte, pareciera que hubieras conocido a Masseo en persona —dijo Giulia.

—Lo conocí en persona. Tuve encargos que me tenían con prisa en esa época. —Un músculo tembló en su sonrisa de niño—. A pesar de ser ágil se demoraba en abrir la puerta.

—En el siglo XIII —dijo Giulia.

—Sí, Ishsha.

—Soy Giulia. —Dejó el lápiz—. ¿Quién eres?

—Soy Lucca —dijo.

Bajo las cejas espesas. Su iris calmo brillaba con la luz.

Giulia volvió al dibujo.

—¿Así que eres nuevo aquí? —Un silencio hueco le hizo levantar la vista.

Lucca ya no estaba en el salón. Había desaparecido tan abruptamente como había llegado.

Esa noche, ya en su departamento, Giulia repasaba una y otra vez lo que había ocurrido luego de que se fue la luz. Mordisqueó unas galletas y partió en trozos pequeños una manzana. Estaba intrigada sobre el encuentro con Lucca e inquieta sobre las cartas de Masseo que quizás encontraría en el Museo In Situ. Decidió que al día siguiente tomaría un tren y viajaría al pueblo de Giganti, y solo entonces pudo dormir.

8

Giganti

GIULIA HABÍA TOMADO UN TREN y luego un autobús para poder llegar a su destino. Se había adormecido en el asiento de la última fila del autobús cuando el chirriar de los frenos la despertó. Giganti era un pueblo pesquero escondido en los pliegues de la costa italiana, olía a tierra seca y sal, y hacía un inusual calor para la época del año. Giulia se quitó el abrigo, se levantó del asiento y caminó hasta el chófer.

El conductor del bus sacó un cigarro de su desgastado pantalón de pana. Tenía ojos almendrados y piel curtida por el sol. Giulia supuso que era lugareño y, aunque no supo decirle nada sobre Masseo, sí conocía el Museo In Situ.

—Es la siguiente parada —dijo.

La bota del chófer apretó el acelerador. El plástico del asiento le había raspado las piernas así que Giulia prefirió permanecer de pie en el vehículo que avanzaba en cámara lenta por aquel pueblo semiabandonado de calles terrosas. Sobre la avenida, un vendedor exhibía la pesca del día y, en la esquina, dos mujeres cargaban a sus pequeños en brazos.

El bus la dejó en la parte exterior del Museo In Situ: una construcción ovalada, erguida como cementerio en medio del pueblo. Caminó por el patio hacia la puerta principal; a los lados se podían apreciar las excavaciones que habían sido acordonadas con piola marina, tumbas huecas que a poca profundidad ya tenían el color rojo vivo de la tierra arcillosa. Giulia se sintió asombrada al encontrar un museo de esa magnitud en un pueblo de vías rurales, y al ver las tumbas comprendió que el Museo In Situ había sido erguido sobre los descubrimientos arqueológicos del lugar que

estaba pisando.

Golpeó los talones al llegar a la escalinata de entrada, soltando el polvo seco que se había pegado a la lona de sus zapatos. La estructura del museo se encontraba pulcramente mantenida, seguramente con fondos estatales. A excepción de las gaviotas que chillaban sobre las piolas marinas que acordonaban las excavaciones, no había un solo visitante. Encontró a un encargado, ataviado con un pantalón de pana y una insignia cubierta de plástico amarrada al cuello. Sus ojos almendrados eran vivarachos y su agilidad contrastaba con el lugar que parecía no moverse.

El guía había instalado una sencilla mesa de madera y mostró una hilera irregular de dientes cuando Giulia pagó la tasa de entrada.

Luego se adelantó hacia el museo, que también estaba desierto. Abrió las puertas y prendió las luces para que ella, la única visitante, ingresase al salón.

Hacía calor y un olor salino impregnaba el lugar. Giulia se alegró de haberse decido a viajar con zapatos deportivos y un vestido; se amarró el suéter a la cintura y luego anudó el cabello en una coleta. Por el sonido del motor y el frescor que le siguió, se percató de que habían encendido los ventiladores.

El museo era de menor tamaño de lo que aparentaba en su exterior: en las salas se exhibían, bañadas en luces fluorescentes, trozos de porcelanas y colecciones de huesos, cada uno con su panel explicativo. No parecía haber nada relacionado con Masseo en aquel lugar.

Encontró al encargado frente a un conjunto de cerámicas en forma de tinajas, con tapas en forma de cabeza de hombre.

—Son cerámicas villanoviences —recitó—. Están realizadas a mano, con arcilla no depurada, y empastada con minerales y vegetales que le dan el tono oscuro. —El guía parecía que disfrutaba de repetir aquellas frases aprendidas de memoria.

Tras las cerámicas estaba la última sala y, en el centro de esta, sobre una mesa de piedra, había un grueso hueso con forma de quijada. Era impresionante el tamaño del hueso. Giulia dio vueltas alrededor, nunca había visto algo tan grande.

—Era de un mamut —señaló con una venia—. Los colonos la utilizaron para ahuyentar a los conquistadores.

—¿Mamuts? —repitió asombrada. Giulia se imaginó un episodio donde los nativos, como Sansón con los filisteos, golpeaban con esa quijada a los conquistadores.

—¿Cómo la utilizaron? —preguntó.

—Los conquistadores habían invadido toda la región montañosa, matado a los hombres y esclavizado a las mujeres y niños. Lo que pasó aquí en la costa fue que los nativos fueron a su encuentro sin armas, con esta mandíbula de mamut, para prevenirles de que seres gigantes provenientes de otro mundo habitaban estas tierras, y que no debían llamar la atención o todos perecerían devorados.

Efectivamente, aquel hueso parecía la quijada de un gigante.

—Qué astutos —dijo Giulia—. ¿Y funcionó?

—Sí, así fue —contestó mostrando su hilera irregular de dientes —. Los conquistadores regresaron a las montañas y esta zona no fue invadida, como ocurrió con el norte y el oeste. Incluso dicen que esta región aún conserva los rasgos físicos de aquellos nativos, ya que nunca se mezclaron entre las tribus.

Giulia se fijó en los ojos almendrados del guía.

—Puede ser —contestó.

Recorrió al detalle todo el museo, pero no encontró información relacionada a Masseo de Marignano.

—¿Qué hay en el piso de arriba? —preguntó Giulia.

—La bodega de manuscritos —contestó el guía.

—¿Puedo ver?

El guía la llevó al primer piso alto. Era una sala oscura, un laberinto de estanterías con tragaluces sobre una larga mesa de madera.

—La mayoría son pergaminos; los envían acá por nuestro clima seco —dijo el guía—. La sala está diseñada para que la luz no dañe el papel —añadió con aquel tono de las frases aprendidas de memoria.

Giulia recorrió los modulares con Mauricio tras ella. Los libros eran de diferente tamaño y no tenían distinción en sus lomos. Tomó uno de ellos: un escrito sobre el pontificado de Inocencio III. La

tapa era de cuero. Ojeó con sumo cuidado las hojas escritas a mano, delgadas y amarillentas. Giulia devolvió el cuaderno luego de la tercera hoja. La bodega de escritos, como le decía Mauricio, no parecía seguir un sistema bibliotecario determinado.

—¿Cómo puedo encontrar aquí algo?

—Están en orden del alfabeto. ¿Qué buscas?

—Es sobre un hombre llamado Masseo.

—La M, entonces. —Le señaló el callejón que tenía una «M» pintada en negro sobre el pilar. Luego, con los ojos fijos en el piso, se retiró enseguida. Giulia hubiera preferido no perder su compañía en aquel laberinto, aunque supuso que el guía no quería quedarse con ella para realizar un trabajo que preveía infructuoso.

Decidió empezar por el principio, es decir por el primer libro de la repisa derecha superior. Lo atrajo con dificultad hacia ella, ya que solo alcanzaba a tocar con la punta de los dedos la cubierta de cuero. Finalmente se deslizó, grande y pesado, y lo equilibró con uno de sus brazos mientras que pasó las páginas con la otra mano. Estaba tratando de descifrar el título cuando un parpadeo apagó las luces, el sonido de los ventiladores se detuvo y las gaviotas dejaron de escucharse. Una acogedora media luz invadió la biblioteca y el silencio externo pareció no tener tiempo. Al regresar la luz, Giulia alzó la vista.

—¿Lucca? —El libro perdió el equilibrio y terminó en el piso.

—Saludos, Ishsha —Su voz de un suave tono grave llenó la estancia. Se acuclilló y recogió el libro. El pelo claro se enroscó a la altura de la oreja con el contacto de la tela del abrigo.

Giulia tomó el libro y para disimular su turbación revisó las costuras. No entendía cómo Lucca ahora aparecía súbitamente en aquel museo.

—Gracias —Giulia levantó la mirada. Lucca era una cabeza más alto.

Giulia regresó el libro a su lugar.

—No te vi entrar —susurró Giulia—. ¿Trabajas aquí?

—¿Encontraste las cartas de fray Masseo?

—No aún.

Lucca caminó hacia uno de los laberintos de libros y se detuvo

frente a unas repisas de madera, con rombos como los que se usan para guardar vinos. En cada compartimiento había planos y documentos enrollados. Tomó un pergamino de cuero, que se encontraba en la parte izquierda superior y lo extendió sobre la mesa.

Era un pergamino extremadamente antiguo. Con retazos desordenados dentro de él escritas a mano, en un tipo de letras góticas que parecían dibujadas. No reconoció el idioma. Giulia tocó uno de los retazos con las yemas de los dedos: el cuero era suave y las letras de color marrón no tenían textura.

Lucca, atrás de ella y de pie sobre la mesa, tomó el retazo que ella había tocado.

—No reconozco este idioma.

Lucca movió un músculo dándole forma a la sonrisa de niño.

—Traduciré las cartas y las entregaré a la ermita original.

—¿Dónde es esa ermita? —preguntó Giulia.

—La ermita es ahora una abadía dedicada a la hospedería. Haré llegar las traducciones a uno de sus frailes: el hermano Moreto.

—¿Puedes leerme una ahora?

—Claro que puedo.

9

Primer Pergamino

Rivotorto, primavera 1210.

Queridísima hermana:

Tengo presente que mis misivas no pueden alcanzarte en estos primeros años de tu noviciado. Aun así, he querido escribirte y compartir contigo la alegría que me inunda en estos momentos. Presiento que entiendes el impulso vital que guía mis decisiones, después de todo, fuiste tú la primera en abandonar la casa noble y rechazar a nuestro amigo, el marqués de Eustabio, quien, me gustaría creer, estaba sinceramente enamorado de ti.

Siempre he sentido como si de un palazo me hubieran desplazado de mi lugar de origen, como una planta arrancada que no acierta a encontrar su lugar, como si en algún momento mis raíces hubieran saboreado un poco de la tierra del Jardín del Edén, y no hay lugar, bien, ni persona, que pueda igualársele. Esa desolación ha sido cambiada hoy por alegría: he encontrado la ruta.

Hay un hombre santo entre nosotros, se llama Francisco. Vive en Rivolto construyendo templos, y el papa Inocencio le otorgó hace pocos meses la aprobación para formar la Orden de los Frailes Menores. Hice los votos de pobreza, castidad y obediencia junto con Ginepro, oriundo de Espoleto. Él tuvo la ocurrencia de cambiarse el nombre y ahora se hace llamar Junípero. Está aún más alegre que yo, si cabe, puesto que es un hombre sencillo; todas las incomodidades le parecen bien.

Sé que poco te importa la política, pero déjame contarte lo que pasó luego de que ingresaste al convento. El rey dispuso que las tierras de Umbría sean entregadas al papa. Nuestra vivienda en Marignano había sido dada a nuestra familia por el rey. Por lo tanto, no podía ser vendida, así que cedí mediante poder público el cuidado de la vivienda a nuestra nana y a don Eustabio. Hubieras

visto su felicidad, la nana empezó a llorar, pues sabes lo mal que le sentaba la humedad de la choza y don Eustabio se quedó sin habla. Todo lo demás, incluyendo vestidos y ganado, lo he donado a los pobres que abundan con mirada perdida por el valle. Solo recordarlo me llena de alegría. Ahora entiendo cómo estar pegado a los bienes materiales es una carga pesada además de infructuosa.

El sol se ha ocultado y yo me he quedado sin luz, señal de que esta carta ha llegado a su fin.

Tu desarraigado hermano,

Masseo de Marignano (a partir de hoy, fray Masseo).

10

La Abadía

A 232 KILÓMETROS DEL PUEBLO DE Giganti, el hermano Moreto daba por terminado el servicio de almuerzo de la abadía de Roble. Agarró la canastilla de pan, la sopa y el plato de raviolis. Tomó los cubiertos que se perdían en su palma de panadero. Prefería ingerir su comida luego de limpiar la cocina y cuando ya todos los frailes y huéspedes de la abadía se hubieran alimentado y retirado del comedor. Pastor, el perro ovejero, movió la cola contra el piso de la cocina y lo siguió a través del sembrío de tomates hasta las mesas exteriores, desde donde se distinguía la capilla y corazón de la abadía, construida en piedra hacía ya algunos siglos.

Colocó sobre la mesa pan y paté, sopa de cebolla gratinada con queso de cabra y ravioles en pasta de tomate y albahaca. Le gustaba preparar comidas sustanciosas y de buen sabor. Aunque ahora era fraile, seguía apegado a su oficio de panadero y se sentía a gusto en la cocina, entre las ollas y la estufa.

—No creas que vas a repetir la comida —le dijo seriamente el fraile—. Estás tan ancho como yo.

El perro se tumbó pacientemente al lado de la mesa exterior.

Fray Moreto recitó una oración de agradecimiento y bendijo los alimentos. Tomó el pan y troceó un pedazo para dejarlo caer en la sopa humeante cuando sonó el timbre de la puerta de la abadía.

—¡Ay, Señor! —dijo a grandes voces. Se levantó del asiento, se limpió la barba con la servilleta sin haber comido y lanzó el pan a Pastor, que lo atrapó en el aire.

La cocina de la abadía estaba situada casi al fondo, al lado del huerto, por lo que, en lugar de pasar por el comedor, la biblioteca y la recepción, decidió acortar camino por el patio central, rodeando la

capilla. No era propio de él apresurarse, así que escuchó sonar el timbre impaciente por segunda ocasión. Se preguntó quién sería. La abadía estaba a una caminata de cincuenta minutos desde el pueblo de Roble, y la única forma de llegar en automóvil era por la vía de los Apeninos Centrales, pasando la garita de control vehicular por el otro lado de la montaña, rodeando el bosque. Era una vuelta de casi dos horas. No, no era nada común que tocaran el timbre justo a esa hora.

La abadía estaba cercada por un muro de piedra que la convertía en una fortaleza de gran altura. El portón de madera asegurado con una tranca cerraba el paso.

Abrió el portón y se encontró con una chica fuertemente maquillada que vestía *jean* y tacones rojos. El segundo integrante, un moreno despeinado, sostenía una cámara fotográfica de lentes gruesos.

—¡Buenas tardes! Somos de Relaciones Públicas de la compañía El Pozzo Inc. Traemos una placa para la abadía —dijo la señorita con voz de propaganda de radio. Se disparó una fotografía y Moreto parpadeó con el *flash*.

—¡Sean bienvenidos! Esa placa debe ser entregada a fray Cristóforo. —Abrió la puerta en su totalidad—. Pueden dejar el vehículo afuera —agregó con una segunda ojeada a los zapatos altos de la joven.

—Gracias —contestó el fotógrafo.

Se dio la vuelta hacia el patio central y lanzó una mirada recriminadora a la capilla. «Buena me la hiciste», pensó en un gran suspiro.

—Cuéntenos sobre las labores de agroturismo que realiza la abadía —pidió la joven.

—Estas habitaciones —dijo, señalando la parte derecha de la construcción— son para los huéspedes. Elaboramos nuestro propio pan, aceite y vino. Parte del atractivo de los visitantes es degustar los bizcochos salados y los cruasanes rellenos de almendras y miel que producimos en el huerto —dijo, esperando no pecar de soberbia.

—Es por eso que la compañía El Pozzo Inc. va a invertir en el

canal de aguas en medio del bosque —dijo la joven con su voz de propaganda de radio.

—Y para canalizar el agua para el pueblo de Roble, que no está lejos de aquí.

—¡Por supuesto! El pozo sería de gran ayuda para el pueblo de Roble —repitió la voz de radio.

El hermano Moreto lanzó un segundo suspiro. El pueblo de Roble tenía varios años sufriendo por la escasez de agua.

—Es nuestra costumbre que los visitantes vayan en primer lugar a la capilla.

La señorita y su fotógrafo se apresuraron en seguirlo a través del patio. Ingresaron a la capilla. Moreto se inclinó con reverencia.

—Deben realizar una genuflexión al ingresar —les indicó Moreto —, es el saludo apropiado.

La chica y el fotógrafo se miraron el uno al otro. Ella se arrodilló primero, equilibrándose en las puntas de los zapatos. Tambaleó al incorporarse.

La capilla, sostenida por columnas de piedra igualmente talladas, con un altar de mármol en su interior y adornada por descoloridos frescos de la Edad Media, era sencilla y silenciosa.

—En este sótano —Moreto les dio paso por unas pequeñas escaleras— estamos justo debajo del altar. En esta bóveda, que está protegida por vidrio y hierro, guardamos la reliquia símbolo de nuestra fundación que perteneció a la puerta de entrada original de la abadía.

—Entonces —la joven entrecerró los ojos para enfocar—, ¿es eso un trozo de madera? Pensé que las reliquias eran huesos o cadáveres.

—Hay varios tipos de reliquias.

—¡Oh, sí! Antes creían en todo tipo de cosas. En el pueblo me explicaron que los que estaban ciegos tenían que golpearse con una madera para curarse. ¡Qué cábala! ¿No cree usted?

Moreto parpadeó confundido.

—Las reliquias alimentaban la fe de los fieles y también la codicia y los fraudes de los comerciantes —explicó—. Cuenta la leyenda de nuestra orden que un ángel habría golpeado la puerta de esta

abadía, y quien la tocaba quedaba curado de sus dolencias, por lo que poco a poco la puerta fue desapareciendo en astillas, robadas en la oscuridad de la noche. Finalmente, luego de un milagro en el que un terrateniente recuperó la vista, la puerta fue arrancada, troceada y dividida por los comerciantes. Nuestros antecesores lograron recuperar una parte de la puerta y este pedazo de madera fue escondido hasta el siglo XVIII, cuando la abadía de Roble declaró públicamente la posesión de la reliquia.

—Quizás eso originó la cábala —dijo la joven.

—El tiempo y la ubicación de la abadía hicieron nuevamente su trabajo y la leyenda perdió su popularidad en el tiempo. Nuestra congregación, sin embargo, no olvida la historia que data de los orígenes de la orden; cuidamos con esmero la reliquia y recibimos con hospitalidad a cualquier visitante que toque a la puerta.

La joven, por primera vez, lo miró con sinceridad. Ya no parecía esconderse en un manto de felicidad artificial. Al salir de la capilla, fray Moreto les indicó las habitaciones de la hospedería.

—¿Piensan hospedarse el día de hoy? —preguntó.

—No, regresaremos enseguida —indicó el fotógrafo.

—¿Por qué construyeron una hospedería en medio del bosque? —preguntó la joven.

—Bueno, originalmente fue una ermita. La hospedería es solo una consecuencia, ya que los visitantes suelen pernoctar en el lugar.

—¿Cuánto cuesta la noche?

—Los recibimos sin cobrar valor alguno —explicó fray Moreto—. La abadía se autoabastece con el huerto y las donaciones de los peregrinos. Pero solo pueden permanecer una noche, esa es la regla.

—¿Por qué no hay más caminos alrededor? —preguntó la joven periodista.

—No has realizado una muy buena investigación —le dijo fray Moreto.

—¡Sí, lo hice! —dijo—. Sesenta años atrás el Ministerio de Recursos Naturales declaró el Bosque de Roble como «recurso natural protegido». En el mismo año la abadía de Roble fue también declarada Patrimonio Cultural por el Ministerio de Cultura.

—¿Entonces?

—La abadía quedó suspendida en medio del bosque sin construcciones aledañas —contestó la chica, con voz de asombro.

—Cualquier asentamiento está prohibido y regulado por la Administración del Bosque Protector —agregó fray Moreto.

Finalmente, los tacones altos y la cámara fotográfica abandonaron la abadía.

Fray Moreto regresó a la cocina; se había hecho tarde y era hora de fermentar la masa para el pan de la noche. Se encontraba tamizando la maicena cuando llegó el abad Cristóforo y depositó la placa en el mesón. El ruido sobresaltó a Pastor, que dormitaba fuera de la cocina.

El abad Cristóforo, de contextura huesuda y mirada recelosa, era el fraile de mayor rango, por su edad y por ser el encargado de la administración de la abadía y de las comunicaciones con el vicario.

Fray Moreto apresuró el tamizado y la maicena subió espolvoreando su barba y el delantal que vestía encima de su hábito.

La placa, que la habían entregado los chicos de Relaciones Públicas, llevaba un sello de calidad en agroturismo otorgado por El Pozzo Inc.

—Parece importante. ¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó fray Moreto.

—Pues embodegarlo, como todos los anteriores —dijo el abad Cristóforo, alzando su dedo índice—. Este tipo de objetos confunden el alma, especialmente de nuestros novicios, que pueden buscar el reconocimiento humano en sus labores, en lugar de agradar a lo divino.

—Que así sea, entonces —contestó fray Moreto con la mirada en una de las masas que había previamente preparado.

—También ha llegado un sobre a tu nombre; no tiene remitente.

Fray Moreto abrió el sobre.

—Son cartas firmadas por fray Masseo de Marignano.

—¿Qué dices?

—Sí, son cartas.

Ambos frailes revisaron los escritos.

—¿Cómo sabremos si son reales? No tiene remitente.

—Supongo que no lo sabremos. Si no llega más información sobre el remitente, deberías quemar las cartas. No podemos malinformar a nuestros sucesores.

—¿Te angustian las cartas o el reconocimiento de la compañía de pozos?

—No es la placa lo que angustia mi alma —dijo el abad Cristóforo—. Van a construir un pozo. Dicen que es para que tengamos mejor agua para nuestra hospedería.

—Cada día tenemos más problemas con el pozo actual —contestó fray Moreto—, el agua está lodosa y los filtros se tapan.

—Pero nosotros no hemos solicitado que nos construyan otro pozo. Además, cada vez llega más gente del pueblo a sacar agua. Si hay un pozo, eso será peor. Pienso que hay gato encerrado.

Pastor, desde el dintel de la puerta levantó la cabeza y movió las orejas.

—Si tú así lo crees... —concedió fray Moreto—. ¿Dónde va a ser el nuevo pozo?

—Es que ese es el asunto, la construirán dentro de los terrenos de la abadía, hacia el pueblo, justo en el límite con el bosque. ¡Qué conveniente! —El abad Cristóforo levantó la placa con ambos brazos.

—Sí, claro, conveniente —contestó fray Moreto. La perspectiva de agua en abundancia le parecía una gran noticia, pero presentía que el hermano Cristóforo no iba a tardar en hacerle saber cuál era el embrollo con la compañía de pozos.

—El problema son las tasas, las auditorías. Es irritante.

El abad Cristóforo apretó nerviosamente sus huesudos nudillos, dio varias vueltas por la cocina y empezó a explicarle los asuntos fiscales por los que había pasado la abadía. Caminaba en círculos, con las manos apretadas tras la espalda en grandes zancadas. El perro siguió el movimiento con las orejas hasta que perdió el interés y se recostó sobre sus patas. Tampoco se movió cuando el abad Cristóforo se llevó la placa y abandonó la cocina.

Fray Moreto levantó una servilleta blanca y sonrió. Bajo la tela blanca, una masa redonda respiraba sobre el mesón. El olor del fermento se esparció en la cocina. Preparar el pan le proporcionaba tanto placer como los ejercicios espirituales. Ahora podía dejar

reposar la masa un par de horas, así que caminó hacia la mesa exterior en busca de su almuerzo. El perro se levantó al escucharlo. Lo siguió con el pelo sobre los ojos y el morro cubierto de harina. Moreto atravesó el huerto con Pastor tras él; el olor de la tierra le recordó el vino color rubí de la abadía, de apariencia clara y limpia con un aroma a jazmín y frutos dulces. Saludó a uno de los novicios que se encontraban en la jornada.

—¿Cómo van los tomates?

—Creciendo en honor a Dios y por amor al prójimo —contestó el novicio.

A pesar de las inconformidades del abad Cristóforo, el agua abundante era necesaria.

—Te prepararé una tina de agua limpia. —Fray Moreto limpió la harina del morro de Pastor con el dedo pulgar.

Cuando llegó a las mesas exteriores, el cuenco con la sopa estaba volteado. Los platos vacíos y tan limpios que parecían lavados con agua.

—¿Quién hizo esto?

El perro se sentó muy quieto en sus cuartos traseros y, sacando el pecho, extendió la lengua y golpeó su rabo contra el piso.

11

Segundo Pergamino

PORCIÚNCULA, CUARESMA 1210.

Queridísima hermana:

Somos pocos en la orden y, aunque no tenemos residencias fijas, me siento más plantado que nunca. Además, me encuentro rodeado de hombres admirables que gozan del agrado de nuestro Señor y trato de aprender de ellos. En ocasiones siento muchísima hambre y, en otras, no necesito alimento por días. Ayer, uno de los hermanos empezó a gritar que moría de hambre, y seguramente así hubiera sucedido. Nos levantamos y comimos juntos unos mendrugos de pan para que él no desfallezca. En consideración a esto, decidí establecer mi disciplina comiendo una sola vez al día, al atardecer. Suelo escribirte a esta hora, hasta que el sol se oculte y me indique el momento de un breve sueño. Me levanto a media noche y le ruego a nuestro Señor Jesús que me perdone y que me dé la gracia de enmendar mi vida según su voluntad. Rezo hasta el amanecer, cuando participo en la eucaristía, y luego, ¡estoy tan contento que no puedo parar de cantar en todo el día!

Hoy he acompañado al hermano Francisco a su predicación en la iglesia de San Jorge. Entre los oyentes estaba una joven noble de Asís: Clara de Favarone. ¿La recuerdas? Es prima hermana de fray Rufino. Haber nacido en una familia noble es un arma de doble filo, hermana; tuve la bendición de la educación con la que le he sido útil a la orden, pero temo no poder lograr la gracia de la humildad que tanto agrada a nuestro Dios.

Clara de Favarone me recuerda a ti, hermana; está por casarse con un duque y no me sorprendería que lo deje plantado en el altar, respondiendo al llamado de Jesucristo que arde en su corazón.

Luego de que terminó la predicación en la iglesia de San Jorge, el santo Francisco me indicó que tenía el don de la predicación y en la

siguiente parada, la catedral de San Rufino, el Espíritu colocó palabras en mi boca, de tal forma que un aliento a rosas quedó impregnado en mi aliento.

Tu jubiloso hermano,

Fray Masseo.

12

El restaurante

PARADA BAJO EL TECHO DEL restaurante donde la lluvia no la alcanzaba, Giulia esperó pacientemente, acariciando la ilusión de conseguir trabajo. Fue Ingrid quien le concertó la entrevista: «Mi tío Enzo está buscando ayuda con el restaurante», le había dicho. Ingrid era sinónimo de eficacia, por lo que a Giulia le desconcertó que Enzo no llegara a la hora acordada. Las gotas caían en picada, algunas tocaban las bancas y se deslizaban por las patas de las sillas metálicas creando riachuelos, otras chocaban contra los adoquines. Finalmente, cincuenta y cinco minutos después, llegó renqueando un hombre de mediana edad. Murmuró un «buenos días» y abrió la puerta del restaurante para darle paso.

El local era cuadriculado, sin ventanas, con las paredes pintadas de un amarillo estridente. Enzo colocó una alfombra en la entrada, resoplando al agacharse, y luego la invitó a sentarse en la primera mesa.

—Creí que llegarías tarde.

—¿Qué le hizo pensar eso?

Enzo se sentó en la silla de enfrente con una pierna extendida.

—La lluvia. ¿De dónde la conoces a Ingrid?

—Somos compañeras en el instituto —contestó Giulia.

—Le he pedido a Ingrid en varias ocasiones que me dé una mano con el restaurante. Me duele esta rodilla —colocó la mano sobre la pierna extendida—, y ya no me gusta moverme tanto entre las mesas.

—Ella me comentó que usted está interesado en contratar ayuda.

—Así es. Pensé que vendría ella, pero no se aparece ni los fines

de semana. Tuve hijos. ¿Te imaginas eso? Ellos ahora viven lejos.

Enzo miró las paredes con los ojos saltones abiertos.

—¿El restaurante necesita más personal el fin de semana? —preguntó Giulia.

Enzo pareció retornar al presente.

—El restaurante necesita más personal los siete días de la semana. Entramos a las once y cerramos a las once.

—Me gustaría poder trabajar —dijo Giulia— y empezar lo más pronto posible, pero tengo clases. ¿Podría ajustar ese horario?

—De ninguna manera —dijo Enzo—. ¿Acaso les puedo pedir a los clientes que ajusten sus horas de comida?

—Pero, ¿podría considerarlo?

—No. Quiero alguien de tiempo completo.

Giulia regresó al instituto con la mirada baja. En tres días vencería la fecha de la siguiente mensualidad del curso. Sin un trabajo de por medio no podría seguir en el programa, y la oportunidad de exponer en la Galería de Milán se le escapaba.

Regresó a su edificio mojada y angustiada. Se estaba quedando sin opciones.

Revisó el correo antes de subir los seis pisos. Entre las propagandas había un sobre a su nombre cuyo remitente era fray Moreto de la abadía de Roble. Dentro encontró varias hojas escritas a máquina: ¡eran las cartas de Masseo de Marignano!

13

Tercer Pergamino

RIVOTORTO, PRIMAVERA 1211.

Queridísima hermana:

Hemos abandonado el tugurio y llegado a Santa María de Porziuncola.

Junto a la Iglesia hay una casita, donde nos hemos alojado y en la parte posterior, con miras a la montaña, un tranquilo bosque de hayas y robles, con sus árboles altísimos y hojas casi tocándose entre sí, es tan majestuoso y sereno que pareciera que habitara el mismo Dios. Pienso que debe de ser así, pues el santo Francisco pasa muchas horas en el bosque. A mí me gusta sentarme a rezar bajo el árbol Grande. Le he puesto ese nombre por su gran altura y su tronco rojizo y vibrante.

Al ver nuestro singular ropaje, la capa marrón, algunos se acercan con curiosidad y otros evitan nuestras miradas, o permanecen mudos y retraídos, pero bien conocemos que cuando hace frío no hay abrigo malo. ¿Puedes creer que, al día siguiente de habernos instalado, el hermano Junípero llegó desnudo? Había encontrado un hombre sin vestidos en el camino y se deshizo de su ropa. Todos nos alimentamos y vestimos de la limosna del día y como ya era tarde, el hermano Junípero tenía que esperar hasta el siguiente día, en el que la providencia le permita volver a vestirse. Yo le di mi capucha, y otros se arrancaron las mangas. Él, por no hacernos un desplante, se cubrió como pudo y durmió profundo la noche fría. Tranquila, hermana, me esfuerzo en amar la pobreza, pero eso de andar desnudo no es un requerimiento y, como puedes imaginarte, aún me falta un largo camino en la humildad para estar desnudo y ser feliz al mismo tiempo.

Tu indigno hermano, fray Masseo

14

Hugo Muscatello

Los permisos para la sala de exposiciones de la galería se habían retrasado, y en un mes llegaría un verano atípico: lluvioso, caluroso y húmedo. Hugo Muscatello percibió que las malas noticias se juntaban: visualizó el mal olor, las camisas pegadas al cuerpo y el lodo en los zapatos que marcaran la estación. Y recordó también el calor infernal, la humedad y los mosquitos de São Paulo, donde vivía con su madre.

Su madre, la manicurista. Hugo apretó la mandíbula hasta que le dolió.

Vivían en el zaguán de servicio del Museo de Arte de São Paulo. Una habitación con un magullado colchón en el piso en que ambos dormían, una tabla de madera siempre llena de ropa. Canastos, cacerolas. Su madre traía todo tipo de trastos de la calle o de las peluquerías en bolsas plásticas que amarraba con un fuerte nudo; las envolturas se sobreponían una encima de otras hasta no dejar espacio en la habitación. Él tenía prohibido abrir las bolsas, pero su madre perdía fácilmente la cuenta de lo que traía, y Hugo era lo bastante hábil como para tomar mercadería e intercambiarla por algo de más utilidad, como la comida.

Su madre era la mujer más alta del vecindario, y sospechaba que quizás la más atractiva; de ella heredó una figura atlética y fibrosa, pero su voz tosca y sus maneras exageradas la despojaban de lo que Hugo podría considerar belleza en una mujer. Odiaba que lo tocara con esas manos con las que había cortado las uñas de los otros. Nunca la consideró inteligente, discutía hasta llegar a irse de golpes y no duraba en los empleos. Su falta de criterio la llevó varias veces a cometer verdaderas estupideces, y la mayor de ellas fue

obsesionarse con Edoardo Muscatello, su padre.

El primer recuerdo que tenía de él era su voz; una voz de trueno quebrado, que empezaba con un tono grave y se partía en la mitad de la oración terminando en un chillido agudo. Edoardo Muscatello vivía en el viejo continente, pero tenía negocios en São Paulo y se presentaba en el zaguán del museo donde él vivía con su madre hasta dos veces al año. Hugo odiaba esas visitas. Le ordenaban salir y quedarse en la calle. Varias noches durmió en el portal apoyado contra la puerta, y en el calor del día era peor. Aún se acordaba del puesto de golosinas de colores brillantes de la esquina, y de la tienda donde a veces conseguía, entre los transeúntes, monedas con las que se podría comprar una empanada, o hasta quizás un granizado. Cuando lo intentó con su padre este le golpeó la cabeza tan fuerte que le dolió el cuello durante días.

—Los Muscatello no piden —le gritó con voz quebrada. Fueron las únicas palabras que le dirigió en portugués.

No recordaba qué edad tenía, quizás unos ocho, el año en que el fenómeno climático llamado El Llanto inundó las calles hasta la rodilla. Los niños de su cuadra saltaron al agua oscura que se desbordaba de las alcantarillas o se paraban al pie de las aceras donde los vehículos levantaban el agua en olas como si fueran lanchas. Él huía del agua sucia como si fuera la peste. Fue en ese año, el de El Llanto, cuando una visita de su padre lo obligó a permanecer casi dos semanas fuera del zaguán. El cansancio, el calor y la necesidad de comer lo volvió loco y forzó la cerradura de su casa.

Su madre no estaba y el reguero de prendas señalaba al intruso. Revolvió la ropa y dentro de un pantalón asomó un gran fajo de billetes. El dinero se desparramó sobre el colchón. Agarró los billetes y se los guardó en los bolsillos cuando Edoardo Muscatello ingresó por la puerta del zaguán.

—¡Rata! —rugió. Le arranchó los billetes y lo golpeó una y otra vez.

Su madre llegó unos minutos después y se puso furiosa: «¡Lárgate! ¡Por tu culpa se va ir tu padre! ¡No quiero que regreses!». Y empezó a llorar desconsoladamente. Las palabras le ardieron más

que la paliza. Con el labio latiéndole se escabulló por primera vez dentro del museo. Aquella primera entrada en el Museo de Arte de São Paulo fue como si se corriera una cortina: el silencio de las pisadas sobre la alfombra, la maravilla que representó el aire acondicionado y la pulcritud de las exposiciones. Se recuerda a sí mismo, escondido detrás de los telares, y recuerda con nitidez a la pareja que visitaba el museo: la señora que vestía un extraño vestido, que se movía como si tuviera múltiples cordones, y el traje oscuro que vestía el señor que la acompañaba.

—Mi querido Richard —dijo la señora colgándose de su acompañante—. Este es un buen lugar donde estar, lejos de las favelas y la insípida violencia que azota la ciudad.

Hugo no sabía qué significaba la palabra insípida, pero estaba de acuerdo: era un buen lugar. Un lugar al que su madre no pertenecía. La imagen de elegancia y limpieza de la pareja fue como una impronta para él. Esa noche soñaría, a pesar del hambre y la palpitación en el ojo golpeado, con una camisa blanca impoluta y un traje oscuro sobre unos brillantes zapatos negros de cuero.

Las estadías de su padre siempre terminaban abruptamente y su madre se dividía entre estallidos de ira e interminables silencios luego de esas visitas. Pero, al menos, él podía regresar a lo que conocía como una casa.

Se convirtió en un joven de espalda ancha, atractivo y astuto en el trato con las personas. Estudió en una deficiente institución pública, pero era inteligente, y se dedicó a hacer mandados para los empleados del museo. A los doce años consiguió oficio de ayudante con Justino Berlusconi, compatriota de su padre y restaurador en el museo. Berlusconi era instruido y un maestro generoso. Hugo aprendió no solo el idioma, que alcanzó a pronunciar con el acento de la región, sino sus formas y sus gustos. Desarrolló un profundo desprecio para todo lo que consideraba «pueblerino». Nunca probó drogas, ni se emborrachó ni se mezcló con los chicos del barrio con los que había crecido. Las mujeres lo merodeaban insistentemente, pero él nunca les permitió acercarse. Le causaban repulsión sus gestos obscenos, el pelo tostado por los tintes, los vestidos de segunda mano. Su interés recaía en el círculo de señoras de zapatos

altos y perfumes intensos, que solían frecuentar a Berlusconi en busca de piezas de arte.

Hugo permaneció con Berlusconi hasta que un abogado lo contactó desde Italia. Su padre estaba enfermo y él debía viajar a Europa. Él, Hugo Muscatello, quien había crecido al lado de un museo, obligado a pedir limosna desde temprana edad y en la última escala social de Brasil, despreciaba sus orígenes humildes y vio en ese boleto la oportunidad de un renacido o, como dirían las matronas en su ciudad natal, de una nueva piel: se reencarnaría en un hombre culto y poderoso. Tomó el pasaporte, consiguió un traje de segunda mano e hizo la maleta que le cedió Berlusconi. Su madre se despidió de él como quien se despide de un desconocido.

Hugo encontró a su padre en un C.A.P.F. (Centro de Asistencia Pública de Firenze). Le costó identificarlo: el pelo tieso y blanco, profundas ojeras, dormía boca arriba. Al moverlo, el anciano lo insultó y Hugo reconoció la voz de trueno quebrado, que no parecía pertenecer a aquel cuerpo. Había sido internado con demencia. En el centro de asistencia le dieron el número de la única persona que lo visitaba: era el mismo abogado que lo había contactado y que le había enviado el pasaporte. Hugo lo contactó el mismo día. El abogado se veía aún mayor que su padre y se llenó de alegría al verlo.

—Eres igual que él —le dijo abrazándolo—, es como si viera a mi amigo.

Para Hugo no hubo peor insulto, pero sonrió afablemente. Pasó varias semanas con el amigo de su padre, desplegando todo lo que había aprendido de Berlusconi.

El abogado arregló todos los papeles, debía tomar el control de los negocios de su padre, quien era dueño de un valioso edificio de tres pisos en el centro histórico de Florencia y de una escuela de arte. Hugo se instaló y supo que el abogado murió poco tiempo después.

De eso hacía once años.

La lluvia no había parado en todo el día. Hugo decidió dar una vuelta por los salones y asegurarse de que todo estuviera en orden. Eso se dijo a sí mismo, sin aceptar que revisar a Giulia Febres

mientras pintaba se había convertido en una manía. Se sintió inquieto cuando no la encontró en la sala de talleres. Se fijó en los pinceles poco cuidados, en las bancas estropeadas, en los estudiantes corriendo en los pasillos.

Reclamó a Vicenzo por las puertas abiertas, se quejó del ruido, protestó por la falta de disposición, bromeó con los profesores y finalmente decidió regresar a su oficina.

Giulia Febres no estaba en el instituto. Desde que ella llegó y empezó a pintar ese cuadro, se sentía afiebrado y malhumorado. De hecho, todo lo que rodeaba a Giulia lo descolocaba.

Había conoció al padre de Giulia hacía algunos años, en la isla Apalagos. Le compró el lienzo *El jilguero en el túnel*. Bueno, fue mejor que comprarlo, ya que nunca le pagó el importe. Logró vender la obra rápidamente a excelente precio a la Galería de Nápoles, y luego el precio del lienzo subió poniendo a Febres en la mira.

Febres, metido en su isla, nunca fue bueno vendiendo sus cuadros, pero gracias a él su nombre empezó a sonar en el mercado de arte. Si no fuera por Hugo Muscatello, el viejo Febres seguiría siendo un desconocido en la isla perdida de Apalagos.

Trató de contactarlo varias veces después, pero Febres se rehusó a atender sus llamadas. Solo recordar aquel desprecio le produjo tal enojo que apretó los puños con fuerza.

Luego hubo ese derrumbe de los túneles, donde Febres perdió la vida. Su hija estaba en el colegio en el momento del derrumbe, tomó la motocicleta de uno de sus compañeros y se accidentó antes de llegar al sitio. Recordó la mancha rosada en la mejilla de Giulia, seguramente se la hizo aquel día.

Sonrió con satisfacción. ¡Qué diría el viejo Febres si supiera que su hija está estudiando en su Instituto Muscatello! Recordó a Giulia con el pincel recorriendo el lienzo, tan suave como aquel pelo lacio que parecía de seda. Sintió, como cualquier hombre ante un cuerpo que pudo haber sido su complemento, una indescriptible debilidad.

Giulia tenía la misma técnica que su padre. Un toque original que puliría con el tiempo. Lo que no toleraba era que ella quisiera ir a Milán. Eso no lo iba a permitir. Él, Hugo Muscatello, había creado la marca Febres. Ese cuadro le pertenecía, pronto estaría terminado y

no se le antojaba ceder a los engreídos de Milán ninguna obra. Irritado, se acercó al bonsái. Era un árbol robusto, retorcido en la maceta e hinchado de vigor. Cortó una hoja del árbol.

Sonó el teléfono.

—Diga —Hugo contestó la llamada.

—¿Hablo con Hugo Muscatello? —preguntó una voz con fuerte acento florentino.

—Así es, dígame —contestó Hugo.

—Le llamo del Centro de Asistencia —dijo con brusquedad la voz del teléfono—. Soy Diana, la nueva enfermera. Han trasladado a su padre y necesito que me traiga unos pijamas, medias y una medicina.

Hugo se separó del teléfono como si estuviera viendo a una persona. «Increíble que siga vivo», pensó.

—Los Muscatello no piden —contestó en portugués, saboreando el gusto amargo de las palabras. Tiró el teléfono, y por primera vez en el día, sonrió.

15

Dispensadora

A Giulia le pareció ver a Hugo Muscatello al otro lado de la escalera. Sin pensarlo, se abalanzó hacia la parte posterior del instituto. Sin un trabajo de por medio, su opción era pedir una extensión para el pago del programa.

—¡Eh, Giulia! —la detuvo Ingrid tras ella, alcanzándola en tres zancadas—. ¿Dónde vas?

La parte posterior de la planta baja del instituto era un callejón alargado y semioscuro, donde solo estaba el cuarto de pinturas al por mayor y la puerta lateral de salida hacia el parqueo. Giulia se preguntó si Hugo estaría en esa área.

—¡Giulia! —Ingrid la detuvo impaciente. El singular peinado corto de Ingrid hacía que las argollas de las orejas destacaran en su cuello largo y blanco.

—Ingrid, ¿cómo estás?

—Bien —Se alzó de hombros—. ¿Cómo te fue con mi tío?

—No sé aún —contestó Giulia—, es todo el día.

Lo que Giulia quería realmente decir era que Enzo no solamente le exigía estar todo el día, sino que además le pagaban por un trabajo de mesera de tres horas.

Ingrid taconeó sobre el piso.

—¿Y qué vas a hacer?

—No tengo muchas opciones —dijo Giulia—. He ido a restaurantes, hoteles y toda clase de tiendas y puestos comerciales. No hay trabajo disponible y menos aún alguno que no se cruce con los horarios del instituto. Supuse que con tu tío era un trabajo donde podría seguir estudiando.

—¿Y por qué pensaste eso?

A Giulia le dolió la pregunta. Cuando Ingrid le ofreció la entrevista de trabajo, asumió que lo hacía para que ella pudiera seguir en el programa.

—Supongo que aún no conozco bien la ciudad —contestó.

—¿Vas a seguir buscando trabajo? —insistió Ingrid—. Seguramente mi tío me va a hacer algún comentario por haberte enviado.

—Lo pensaré —dijo Giulia.

—Bueno, vamos, no demores. Dudo que encuentres algo.

Giulia pensó que ella tenía razón. Era difícil conseguir trabajo en Florencia. Cuando vio perderse la estilizada figura de Ingrid en la subida de las escaleras, aprovechó para escabullirse a la parte posterior del edificio.

Un viento agradable sopló por la salida lateral, moviendo los papeles sujetos con tachuelas del tablero de anuncios cercano a la salida. Giulia se acercó al tablero, ojeó los anuncios sin leerlos y luego salió por la puerta lateral, en dirección al parqueo. Atravesó el banco de fierro de los Novios, le hacía gracia el nombre que le habían puesto. Ingrid había dicho que le decían así ya que el banco estaba debajo de un árbol de avellano que creaba una ilusión de privacidad y las parejas solían terminar besándose en esa banca, cuando la realidad era que estaban a la vista de todo quien saliera hacia el parqueo.

Hugo no parecía estar cerca.

Giulia siguió la curva de arbustos de hojas amarillas hacia los estacionamientos que compartían el instituto y el teatro Ornello. Solo encontró unos cuantos vehículos. Retornó sobre sus pasos y al ingresar al instituto una ligera brisa sopló llevando su pelo a la cara. Giulia se lo acomodó detrás de cuello y esta vez leyó los papeles amarillentos escritos a mano que estaban en el tablón de anuncios: «Vendo bastidor», «Se busca compañero para alquilar piso». Había un escrito mecanografiado en el panel:

OPERADOR MÁQUINA DE TINTES

SE NECESITA OPERARIO DE LA MÁQUINA DISPENSADORA DE

tintes. Trabajo a medio tiempo. No es necesaria experiencia previa.

Comunicarse con Donna Vitale en la tienda de materiales.

Giulia leyó y luego lo volvió a leer. Tomó el anuncio y corrió los escasos metros que la separaban de la tienda de Donna. En la tienda de materiales, ajena a la turbulencia del instituto, Donna pasaba una brocha sobre los estantes y tarareaba una canción. «Buen momento», pensó Giulia y se quedó con el papel del anuncio en la mano, esperando a que terminara con el estante.

—Buenos días, Donna. Encontré este anuncio. ¿Aún está disponible el trabajo?

—Sí, querida, ¡qué bueno que estés interesada! —dijo Donna al verla. Dejó la brocha en el estante y fue a su escritorio—. El trabajo es muy fácil: te doy la lista diaria de pedidos y los ingresas a la máquina.

Sacó del escritorio una carpeta gruesa, con hojas perforadas.

—Estas son las órdenes ya impresas, hay que emitir una diaria, con el resumen de los pedidos.

—Entonces, ¿podría trabajar luego de clases?

—¡Tienes que trabajar después de clases! Hay que encender la mezcladora luego de la última clase pues el ruido de la máquina molesta en los salones. Ingresas los pedidos, les colocas las etiquetas y esperas a que estén listas las mezclas.

—No he trabajado antes con una dispensadora —advirtió Giulia.

—Es tan fácil como lavar la ropa en una lavadora —contestó despreocupadamente Donna.

A Giulia le parecía que lavar ropa en la lavadora era bastante fácil, así que se aventuró a contestar:

—El horario me es conveniente.

—¡Qué bueno! Es la primera vez que escucho eso, se me había hecho difícil encontrar alguien que quiera quedarse a esas horas de la noche en el instituto.

«Es por los murciélagos» pensó Giulia. Los animales salían en la

noche y se pegaban a las paredes, raspaban los techos y se colgaban de los árboles y faroles que rodeaban el instituto. Incluso había un acuerdo tácito entre estudiantes y alumnos: a ninguno le apetecía recibir ni dar clases nocturnas y el edificio solía estar deshabitado antes del anochecer.

—Me alegro de que estés interesada, porque no podemos dejar la máquina encendida hasta el día siguiente. Luego de ingresar las órdenes no tendrás mucho que hacer, solo hay que esperar a que la mezcladora haga su trabajo; según la cantidad de pedidos te tocará esperar entre tres y cuatro horas, luego imprimes el informe y cierras el día.

—¡Oh! ¡Eso no es ningún problema! Puedo trabajar en mi obra en esos momentos —dijo Giulia.

—¡Por supuesto! —contestó Donna—. En todo caso, perfecto, mi querida niña. Dame ese anuncio y déjame hacer una llamada.

Giulia le tendió el anuncio. Se preguntó si la llamada era para Hugo Muscatello. Hugo era un exigente crítico y participaba en las subastas. También era quien decidía qué obras se exponían en las casas comerciales, así que rara vez se lo veía en los salones de clases, y peor aún en algo como la dispensadora de pinturas al por mayor, pero a Giulia le daba la impresión de que todas las decisiones pasaban por él.

—Una pregunta adicional —dijo Giulia—. ¿Llegó el rojo 42, el de etiqueta café de tinte artesanal?

—No, *bella*, aún no llega. Pero tengo tres litros de un rojo cadmio que aparecieron en mi bodega ayer. ¡No sé de dónde salió esa pintura! No tienen código de venta, ni etiqueta, así que no la puedo vender. ¿Quisieras llevártelos?

—Por supuesto, Donna, te agradezco. Jamás rechazaría tres litros de pintura.

Luego de la salida de clases regresó a la tienda. Donna la acompañó a la parte posterior del instituto e ingresaron al cuarto de máquinas por una puerta de aluminio. Las canecas de pintura aguardaban para su recolección.

Donna encendió la máquina parecida a un armario gigante. Tenía incorporado un teclado donde ingresaba las órdenes. Luego había

que aplastar el llenado; el botón, de un plomo desteñido, era tan grande que se necesitaba toda la palma de la mano. A través de un vidrio se veían las inyecciones de tinta, y abajo, los botes de pintura. A un lado, conectado con cables gruesos, se encontraba una isla con la impresora. En el resto del cuarto había estanterías donde se archivaban las órdenes para el despacho.

Giulia estaba ingresando una orden de prueba cuando escuchó un sonido como de tambor.

—¿Ese sonido está bien? —preguntó Giulia—. Aún no he aplastado el botón.

—Tranquila —Donna se acercó—, ese sonido no es de la máquina. Estamos al lado del teatro, y en este salón se escucha con más claridad. Giulia y Donna hicieron silencio y pronto se escuchó un violín acompañar el tambor inicial.

Giulia se quedó sola con la máquina que, contagiada de las notas que salían del teatro, inició su propia orquesta: la impresora escupió las notas graves de las órdenes de compra; la *ticketera*, agudos códigos en el papel adhesivo; y los tambores de pintura sonaron como sandías llenas.

Luego de dejar la máquina en movimiento, Giulia pensó que había conseguido el mejor trabajo del mundo. Subió al taller del segundo piso, abrazando uno de los litros de rojo cadmio.

16

Cuarto Pergamino

Monte Alverna, invierno 1211

Mi queridísima hermana:

¿Recuerdas el estribillo de la canción con la que salíamos a buscar olivos? Creo que hoy puse a prueba la paciencia del hermano Elías. Después de haberme escuchado durante horas, me preguntó por qué no cambiaba de canción. El hambre, el frío y los continuos cambios de ubicación lo suelen poner malhumorado. Yo le contesté que todo se hallaba tan bien que no convenía cambiarlo. Esa es la verdad, hermana, no cambiaría estar en las manos de Dios por nada en este mundo.

Tu hermano cantor,

Fray Masseo.

17

Murciélagos

GIULIA DISPONÍA DE ALREDEDOR DE cuatro horas diarias mientras la máquina mezclaba las pinturas, lo que le había permitido avanzar a buen ritmo con el cuadro. El instituto estaba inusualmente silencioso. La puerta principal ya estaba cerrada. Donna le había explicado que Vicenzo, el conserje, echaba doble llave a la puerta principal y que ella debía salir por la puerta lateral del parqueo. Giulia también tenía cuidado de cerrar todo; hasta ahora había podido esquivar a los murciélagos que, aprovechando la oscuridad de la noche, se arrastraban ante el menor descuido dentro del edificio, clavándose en las telas y hundiéndose en los rincones.

Subió al primer piso y entró al taller. La noche era quieta. El aire templado entraba por la ventana y por encima de los edificios se habían dispersado las nubes dando paso a las estrellas que brillaban en una fuerte constelación. Armó el caballete cerca de la ventana y luego colocó un pequeño lienzo de tela para la prueba del color. Abrió el bote, era el último de aquellos preciosos litros: de un rojo oscuro, casi marrón. El color había sido la opción perfecta para la puerta de madera en el fondo del cuadro y recreaba el momento en que Masseo tuvo el encuentro con el visitante.

Hizo una prueba algo nerviosa, esperando que esa pintura sea igual a los dos litros anteriores. Con la espátula mezcló en la paleta el rojo cadmio con blanco titanio buscando suavizar el color. El rojo no bajó su intensidad. Repitió el procedimiento hasta casi vaciar la mitad del tubo del blanco.

Fue por un nuevo bote de blanco titanio y a la nueva toma de pintura blanca le agregó una sola gota del rojo: al igual que los dos litros anteriores, el color se transformó en rojo cadmio puro. Giulia

no había visto jamás una pintura como aquella.

Revisó el bote que le había dado Donna: era de un aluminio, sencillo, cubierto por un papel blanco donde no había marca ni nombre en la pintura. La parte posterior del bote tampoco registraba la fecha de caducidad ni el lugar de fabricación.

Colocó el lienzo de Masseo. Tomó un pincel de abanico y esparció la pintura sobre la tela. Observó cómo los pigmentos opacos se suavizaron formando líneas y curvas, transformando la textura del rojo cadmio en vetas maderadas. Recorrió los detalles de la puerta de madera. Aquella extraña pintura no había cesado de dar de sí misma y ella hacía lo mismo: trabajaron en conjunto rompiendo las barreras de la tradición, de la lógica, del sentido común. El material siguió sus propias reglas, y así fue como se transparentaron las capas húmedas sobre las secas.

Habían pasado más de cinco meses desde la última vez que vio a Lucca, y con cada pincelada recordaba la descripción que él le había dado de fray Masseo. Era tan nítida que casi sentía que lo tenía a su lado. El aire acogedor de la ciudad, los violines del teatro Ornello, las mareas de turistas que recorrían la calle del Ciompi, los colores tardíos en los puentes viejos y su río vital habían acompañado el ritmo de las pinceladas. La máquina dispensadora emitió la alarma de cierre. Giulia suspiró: frente al lienzo las horas se trasformaban en segundos.

Solía regresar a su departamento entrada la noche, cansada y satisfecha. A excepción de la zona de los ojos, cada hilo, cada botón, cada pelo de la barba habían sido cuidadosamente elaborados. Pero los ojos… era como si ella misma estuviera ciega y sorda. No podía ver la expresión en el cuadro y, por lo tanto, no podía dibujar las líneas de expresión ni poner pintura en la pupila de Masseo, o copiar unos ojos, de los miles que existían. Necesitaba la mirada de Masseo y no encontraba un modelo real que lo reflejase.

El tiempo transcurría y el espacio en blanco lo miraba acusador. Necesitaba un milagro. Esa tarde, el taller era libre y la mayoría de los alumnos trabajaban en sus obras para Milán. Giulia también acomodó la obra de Masseo en los caballetes.

Carina se acercó a ella. Vestía *jeans* y una camiseta amplia con

el dibujo de Scooby Doo.

—Quizás debería ir a buscar al director —dijo Giulia.

—Nadie sube al tercer piso —Carina se hizo a un lado su mechón ensortijado—, no es buena idea.

—Lo sé —contestó Giulia—, pero estoy en una encrucijada. Siento que podría ser importante su ayuda.

Giulia quería una excusa para acercarse a Muscatello, se sentía sola con la tarea y volcó toda la esperanza en encontrarse con él. Había descubierto que Muscatello solía esperar en la puerta del salón y la observaba pintar. Lo había visto algunas veces detenerse unos minutos y desmenuzarla con ojo crítico, a ella y al óleo, especialmente desde que Masseo había empezado a tener forma. A ella le costaba concentrarse en esos momentos, y solía terminar bajando el pincel.

—Siento que Muscatello no tiene alma de profesor —prosiguió Carina moviendo la cabeza—, yo prefiero evitarlo.

—Parece que alguien tiene un bloqueo creativo —dijo Ingrid a sus espaldas.

Ingrid también trabajaba en su retrato: una joven cuyos brazos desnudos se alzaban sobre la tina, con la boca carmín semiabierta y uno de los pezones casi rozando el agua. Había logrado un retrato sensual, difícil de pasar por alto. Contrario a lo que decía Carina, se murmuraba que la asesoró el mismísimo Hugo Muscatello.

—El centro del retrato es la expresión en la mirada —se defendió Giulia—. Todo el cuadro de Masseo depende de eso.

—¡Pero qué tonterías dices! —respondió Carina—. ¡Ya termínalo!

—Sí —cantó Ingrid—, termínalo.

A Giulia le pareció que Ingrid lo disfrutaba más de lo normal. Tomó su cuaderno de bosquejos y empezó a realizar trazos; no quería explicar ni a Carina ni a Ingrid su resistencia a colocar la pintura en los ojos de Masseo.

Estaban por terminar el taller cuando la figura distinguida de Hugo Muscatello se paró en el dintel de la puerta. Llevaba un conjunto color mostaza, con corbata café oscuro y botones del mismo color sobre una camisa blanca. Levantó la mano izquierda y con la derecha empujó ligeramente la tela, dejando ver un reloj de

cuero con detalles dorados.

—Vamos, Salermo —dijo Hugo.

Salermo vestía el uniforme de la policía: unas botas negras hasta la rodilla, pantalón y camisa azul oscuro ceñida al cuerpo. Había soltado el botón superior de la camisa. El cinturón negro de hebilla gruesa estaba corrido hacia la cadera. Llevaba la gorra azul con el emblema de la bandera italiana y las palabras «*Grupo Intervento Speciale*».

Salermo apresuró el paso y ambos entraron al taller. Hugo caminó directamente hacia el puesto de Giulia, mientras que el policía le dio un rápido vistazo y luego saludó a los demás estudiantes.

Giulia, quien había deseado la oportunidad de enseñar su obra a Muscatello, colocó su pelo largo y lacio a un lado y se paró recta al ver que se acercaba a ella.

—Buenas tardes, señor Muscatello —dijo Giulia.

—Hugo, llámame Hugo. ¿Cómo va con su obra? —preguntó, haciendo un rápido movimiento con las manos.

—¿La de Milán?

—¿Sigues pensando en aplicar a Milán? —Hugo frunció el ceño.

—Sí, ya estoy en el programa, esta es la pintura —contestó Giulia señalando el cuadro de Masseo, que estaba frente a ellos.

Hugo se acercó a los bordes y pasó sus dedos de uñas blancas y bien cuidadas sobre la textura de la pintura. Revisó el cuadro al detalle, agachándose y variando su posición mientras examinaba desde varios ángulos.

—Va bien.

Giulia soltó aire. «Dibujar no es fácil —le decía su padre—, hay que entrenarse como lo hace un deportista, hay que desarrollar el músculo, el pulso, la sensibilidad de entender la naturaleza de las personas, de los objetos, buscando su detalle, y sobre todo sin interferir, para que sean ellos los que hablen a través de la ilustración».

Su padre y ella se ejercitaban todos los días durante largas horas, siempre tratando de ganarle al día anterior. Podía ser tan frustrante algunos días, pero ¡cómo lo disfrutaban! Todo se acababa

en cuanto llegaban a casa. Su madre nunca había aceptado que su esposo le dedicara tantas horas a la pintura, y cuando ella empezó a pintar, la relación fue aún más hostil. En su ciudad natal, un puerto de mineros y comerciantes, su pasión por la pintura siempre fue mal vista: el colocar un lienzo y pintar sobre él era algo improductivo, reservado para los vagos.

La simple felicitación proveniente de los labios del director tuvo el efecto en ella como el de un calmante en una herida infectada. Giulia sintió la respiración de Hugo en el cuello, ahora parecían analizarla con el mismo detalle con el que había escrutado el cuadro.

—Buenas tardes, señorita —Salermo se acercó y besó su mano.

—Eh… gracias. —Giulia retiró la mano con rapidez.

Salermo luego fue al puesto de Ingrid. El retrato estaba casi terminado.

—Un deleite de obra —le dijo Salermo con una sonrisa torcida. Un fulgor de triunfo recorrió la mirada de Ingrid. Luego, el policía lanzó una broma sobre reclutar a un estudiante, e inmediatamente se vio rodeado por un grupo de ellos. Salermo empezó a describir cómo habían disuelto la huelga del mes anterior. Tenía una voz potente que se escuchaba en todo el salón y los chicos lo escuchaban hipnotizados. Giulia se había mantenido en el puesto, con Hugo a su lado.

—¿Cuándo trabajas en los ojos? —le preguntó Muscatello.

Un ruido seco la hizo saltar y se tapó la boca. Varios estudiantes gritaron. Miró horrorizada hacia la ventana. En el vidrio que ella había cerrado hacía pocas horas se había estrellado un murciélago. Sangraba por la nariz, y de la boca abierta y roja salían dos filas de dientes en punta. Botando espuma aleteaba una sola ala que chocaba a intervalos contra el vidrio. El murmullo se alzó por la habitación.

—Pensé que no volaban de día —le dijo uno de los chicos a su compañero.

—No sabía que había murciélagos en la ciudad —contestó otro.

—En mi ciudad no tenemos murciélagos en los pisos —dijo Manolo.

Carina viró los ojos. Salermo tomó una de las espátulas de punta

fina, abrió un lado de la ventana, y clavó la punta en el cuerpo del animal. Luego lo levantó contra el vidrio hasta quedar empalado. La sangre manchó la madera y el vidrio. El animal seguía batiendo su ala izquierda. Entró el bicho al taller, ante la mirada atónita de todos y lo sacudió hasta que resbaló a la basura. El animal volvió a golpear dentro del tacho.

—Llamen a Vicenzo, que se lleve eso —dijo Hugo.

Salermo botó la espátula en el mismo tacho y cerró la tapa satisfecho, lanzando otra broma sobre la rabia de los murciélagos. No fue hasta que Vicenzo llegó para llevarse el tacho que los chicos volvieron a sus trabajos.

—Deberías fumigar —dijo el policía en cuanto se acercó a Hugo —, puede haber problemas con sanidad.

18

Quinto Pergamino

Vía a Siena, invierno 2012.

Queridísima hermana:

Espero esta carta te encuentre bien y que Dios siga guiando tus pasos. Quiero compartir contigo una experiencia personal sobre la que tú podrás luego reflexionar; a mí me avergüenza y con más razón la confieso.

Estuvimos durante dos meses en el convento de Cibotola. Contábamos con un buen hombre que ponía un esfuerzo desinteresado en atender a todo lo que necesitaba el convento y los frailes: agua, piedras, buscar a un doctor. Estaba siempre presto y disponible, pero tenía una costumbre de mal gusto: era muy hablador, traía todo tipo de chismes de un convento a otro, y gustaba especialmente hablar con más cizaña de quienes tenían un cargo como los sacerdotes o los guardianes.

Esta murmuración traía desasosiego y desconfianza a Cibotola, además de ser muy incómoda. Yo hablé con él a solas: «Piensa siempre en las buenas obras que hacen todos los hombres: frailes, mujeres, sacerdotes, guardianes; así, de ser un mal hombre pasarás a ser uno bueno, y de ser un buen hombre estarás a un paso de ser excelente», le dije. «Si estás siempre fijándote en lo malo de los demás, y dejas que este pensamiento se apodere de ti, contándosela a otros, de ser un buen hombre pasarás a ser uno malo, y de malo a nefasto».

Un día, el hermano Francisco me pidió que lo acompañase y dejamos el convento. Yo iba un poco adelantado, hasta que llegamos al cruce triple, el que va hacia Florencia, Arezzo o Siena, entonces le pregunté: «Hermano, ¿qué camino debemos tomar?». «El que Dios disponga», respondió el santo Francisco. «¿Y cómo sabremos qué camino es ese?». «Exactamente donde están tus

pies, en el medio de los tres caminos, da vueltas hasta que yo te diga». Di vueltas hasta sentirme mareado. Por los lados alcancé a ver la gente mirado al pasar, puesto que parecía carente de razón al dar vueltas como los niños. Me caí una, dos veces, me levanté y seguí dando vueltas. «¡Alto! No te muevas». Yo me quedé en el sitio. «¿Hacia dónde estás mirando?». «Hacia Siena». «Allá iremos». Yo no entendía por qué el santo Francisco me había obligado a hacer semejante chiquillada, pero no me atreví a decirle nada y avanzamos en silencio hacia Siena.

Poco después de mediodía llegamos a las afueras de la ciudad. Estaban algunos hombres en medio de un encarnizado combate. Ya había varios heridos y ciertamente muchos hubieran muerto, pero el santo Francisco habló con ellos con tal aplomo en medio de la trifulca, que terminaron haciendo la paz. Luego entramos a la ciudad y los habitantes, al conocer que era el santo Francisco, nos levantaron en peso y nos llevaron ante el obispo, que nos recibió en su propia casa con gran alegría y nos colmó de atenciones.

Al día siguiente, antes del amanecer, el santo Francisco me despertó y abandonamos la casa sin avisar al obispo. Yo estaba nuevamente descolocado por sus acciones, puesto que primero me había hecho dar vueltas como un chiquillo y luego se va de la casa del obispo, que nos había tratado tan honorablemente, sin siquiera mostrar un mínimo de agradecimiento y sin despedirse apropiadamente. Pensé, pues, que el santo Francisco había obrado con poco criterio. Pero luego empecé a reñirme interiormente: ¿quién soy yo para andar juzgando las acciones del santo Francisco? Soy un soberbio, y esta falta de humildad merece el peor de los castigos. Si ayer el santo Francisco no hubiera llegado en el momento preciso a Siena, en medio del combate, muchos hubieran muerto acuchillados, y además el diablo se hubiera llevado también aquellas almas. Soy el mayor de los necios y un ciego de espíritu.

«Apégate a esos pensamientos, son buenos y te hacen provecho», me dijo el santo Francisco, quien caminaba unos pasos retrasados a los míos, «...pero lo que estabas pensando antes era una murmuración vana y orgullosa, y fue el mismísimo diablo que te lo puso». Yo inmediatamente le confesé lo que él ya conocía. Me quedó demostrado cómo el santo Francisco puede penetrar en los sentimientos que guarda el corazón, y que es el Espíritu de Dios que dirige todas sus acciones.

También caí en cuenta de que, a pesar de haber corregido al ayudante en el convento, había yo hecho exactamente lo mismo: juzgar y ver lo malo con los ojos de los hombres, en lugar confiar en la sabiduría divina.

Tu corregible hermano, fray Masseo.

19

El fumigador

Giorgio Bertoldo llegó a su oficina después de haber eliminado el nido de hormigas rojas de la granja de los Huerzini. Colgó en el perchero el overol azul desgastado que usaba sobre la ropa, sacó del bolsillo su vieja pipa, se quitó la gorra y se revolvió el pelo, por costumbre más que otra cosa, ya que, a pesar de llevarlo un poco largo, no había forma de disimular sus profundas entradas. El teléfono sobre el escritorio sonó tres veces antes de que él se sentara en la silla de madera y lo contestara.

—Fumigaciones Bertoldo.

Había eliminado plagas desde los quince años de edad, por lo que estaba acostumbrado a recibir todo tipo de llamados. En muchas ocasiones levantaba el teléfono y lo primero que escuchaba era «¡Ratones!», «¡Moscas!», «¡Polillas, cucarachas, hormigas, ratas...». Algunos clientes querían deshacerse de la plaga sin miramientos, mientras otros parecían tan resignados con su peste que dudaban en salir de ella.

—¡Buenos días! ¿Con Giorgio Bertoldo, por favor? —se escuchó una voz femenina al otro lado de la línea.

—Con él habla. ¿En qué le puedo ayudar? —contestó Giorgio mientras encendía su pipa.

—¡Murciélagos! ¡Tenemos murciélagos! ¿Podrá usted deshacerse de ellos? ¡Son horribles! Se mueven toda la noche, y el instituto huele a fermento. Prefiero el olor de las pinturas. Yo estoy hacia la calle, pero en el piso alto el olor es insoportable. Además, esos animales se mueven toda la noche como almas en pena. Chillan de una forma espantosa. El otro día, uno se estrelló contra el vidrio y…

—No hay problema —interrumpió Giorgio—. Necesito hacer

primero una inspección.

—¿Podría usted venir inmediatamente? —preguntó la señora—. Sería de gran ayuda si pudiera venir hoy mismo. Yo estoy hasta las cinco de la tarde.

—Sí, puedo. Deme la dirección —contestó Giorgio.

—Es el Instituto Muscatello, el 212 de la calle del Ciompi. ¿Lo conoce?

—¿Por el teatro Ornello? Conozco la calle.

—¡Maravilloso! Estamos al lado del teatro, pregunte por mí, soy Donna Vitale.

Giorgio terminó su tabaco, se colocó la gorra y abandonó su oficina. Era un día soleado y atravesó una Florencia alegre y bulliciosa. Parqueó su vieja camioneta en el estacionamiento hexagonal que compartían el teatro Ornello y el Instituto Muscatello, bajo la sombra de una encina de ramas largas cuyas raíces habían levantado el piso de adoquines grises. Recogió su pipa y la guardó en el bolsillo, luego tomó una pequeña caja de herramientas del balde. La camioneta crujió al cerrar la puerta trasera y él se dirigió a la entrada principal del instituto, que marcaba el número doscientos doce.

Dentro del instituto, se topó con una tienda de paredes de vidrio y lo primero que distinguió fue el pelo rojo de la dependienta, inclinada sobre un mostrador; señalaba una estatua miniatura a una turista de chaqueta de lana sin mangas.

—Buenas tardes —dijo él.

—Buenas tardes —contestó la señora alzando la cabeza.

Giorgio reconoció la voz femenina.

—Soy Giorgio Bertoldo, el fumigador. Recibí una llamada.

—¡Oh! Yo fui quien lo llamó, soy Donna Vitale. Qué rápido que ha llegado —le contestó sonriendo.

—Mucho gusto —dijo él.

—Acompáñeme, por favor, justo estaba cerrando —dijo Donna, al tiempo que ponía llave en la caja.

La turista meneó la cabeza en un gesto contrariado y se dirigió a la salida.

Donna cerró la puerta de vidrio del local y luego, en pasos cortos

y rápidos, se dirigió a la escalera del instituto con Giorgio tras ella.

—Llevamos mucho tiempo con murciélagos en el edificio —comentó Donna mientras subía las escaleras de piedra pulida. Giorgio tuvo que apretar el paso para seguirla—. Me imagino que viven en el techo. No entiendo por qué no hemos fumigado antes. Quizás el señor Muscatello teme que dañen alguna pintura. Pero hay que hacer algo, hacen unos sonidos espantosos. He escuchado que usted es muy bueno. Estaba pensando que quizás mañana podamos cerrar más temprano y tal vez usted pueda sacar esos animales luego de esa hora, usted sabe, para que los estudiantes no los vean.

Donna paró en seco su redondeada figura en cuanto llegó al segundo piso.

—Me parece que le conté que ayer un murciélago se estrelló contra la ventana.

—¿Se estrelló, dijo usted? —preguntó Giorgio.

—Sí —contestó ella—. ¿Quiere ver dónde? —Y sin esperar respuesta se lanzó hacia la puerta abierta de un salón, diagonal a las escaleras.

Entraron a una clase amplia y silenciosa. El salón estaba bien iluminado, y alrededor de catorce estudiantes se habían repartido con sus pinturas en el espacio. Un profesor menudo y con gafas daba indicaciones. Los estudiantes interrumpieron las labores a su llegada, excepto una joven de pelo lacio y cobrizo, en la esquina cerca de los ventanales, quien estaba tan absorta que no levantó la vista y siguió con su dibujo.

Varias maquetas y cuadros a medio hacer se habían acumulado en los alrededores de la sala.

—Discúlpeme, profesor Sicuret.

—Donna, ¿cómo está? —contestó Sicuret. Su voz aguda contrastaba con la de Donna.

—El señor Giorgio Bertoldo nos va a ayudar con la fumigación y necesita hacer una inspección.

Donna se acercó a la ventana, que se encontraba abierta, seguida por Giorgio. La joven del pelo lacio les hizo espacio. A Giorgio le pareció que había palidecido. Con el tiempo había aprendido que a muchos les costaba lidiar con las plagas.

—Aquí. Venga —llamó Donna.

Giorgio se acercó a la ventana y la observó desde todos los ángulos. Luego se encaramó en el alféizar, ante la sorpresa de todos, y revisó la parte superior con todo el cuerpo fuera del edificio. Giorgio, que era de brazos y piernas largas, se deslizó con facilidad en el filo de la ventana hasta regresar con un salto suave al interior.

—No debería hacer eso sin una cuerda —le regañó Donna.

Parecía molesta, lo cual, después de sus treinta y ocho años de subirse a los techos, a Giorgio le pareció divertido.

Luego de la pequeña inspección caminaron fuera del salón, pero al notar que Donna se dirigía a la planta baja Giorgio preguntó:

—¿Y el piso alto? Necesito verlo.

—El tercer piso es del dueño del instituto, Hugo Muscatello.

Giorgio esperó más explicaciones y, al percatarse de que Donna daba por zanjada la revisión del tercer piso, insistió:

—Debo inspeccionar el techo.

—Hoy tenía unas reuniones —contestó Donna evasiva—. Yo lo voy a llamar para ver si puede ingresar, pero sería mañana, ya que él deja su oficina con llave.

—¿Hay alguna otra forma de llegar al techo por dentro? —preguntó Giorgio.

—No que yo sepa —contestó Donna.

—También debo revisar el techo por fuera e inspeccionar si hay fugas en las tejas —le indicó Giorgio Bertolo—. ¿Estaría bien si utilizo la escalera de escape? Vi una en el parqueo.

—¿La de incendios? Sí, supongo que sí —contestó ella—. Voy a llamar al conserje para que le ayude con el acceso —Donna giró sobre sí misma en medio del escalón, antes de colocar las manos en forma de megáfono y gritar—: ¡Vicenzo!, ¡Vicenzo!

Casi inmediatamente apareció el conserje: un hombre de baja estatura, edad indefinida y párpados rasgados. Asintió con la cabeza a lo que Donna le decía. Giorgio siguió a Vicenzo por la parte posterior del instituto con los ojos fijos en el enorme llavero que le colgaba sobre la cadera y rebotaba a la par de los pasos irregulares. Salieron por la puerta lateral y se plantaron frente a la escalera de incendios, una estructura en forma vertical de acero galvanizado

cuyas bases se encontraban atornilladas a la pared. Parecía nunca haber sido usada. Giorgio se sostuvo de las barandas de protección que le daban un aspecto tubular a la escalera y la sacudió con fuerza. Al notar que la estructura era segura subió con agilidad hacia el techo e inspeccionó la cubierta: eran tejas romanas de alta calidad, atornilladas en perfecta alineación. La arcilla era brillante, sin rastros de moho o desperdicio de roedores. Las tapas exteriores, del mismo material, estaban selladas con mezcla.

Se detuvo y arrugó el ceño. «Qué extraño —pensó—, el techo está limpio. No hay nidos de murciélagos». Desde esa altura se fijó en las paredes del edificio: mostraban líneas oscuras, signos de excrementos y comida. Consternado, bajó por la escalera de incendios y dio por terminada la inspección al tiempo que los últimos estudiantes abandonaban el instituto.

20

Sexto Pergamino

GALICIA, VERANO 1212.

Queridísima hermana:

El santo Francisco me ha recomendado que te escriba, así que comparto estas líneas con el doble gozo de saludarte y responder con prontitud y obediencia a su indicación. Me reveló que no estás bien de salud y que pronto te recuperarás.

Hace pocas semanas organizamos nuestra peregrinación a la iglesia de Santiago de Compostela. Todos partimos con gran ilusión y en el camino nos encontramos con un pobre enfermo, estaba en muy mal estado y el santo Francisco, compadecido de él, le pidió al hermano Bernardo que se quedase a su cuidado, mientras que los demás seguimos nuestro viaje a Santiago.

Al retorno por el mismo camino, nos encontramos con el hermano Bernardo y, con él, al enfermo con el que lo habíamos dejado, en excelente estado de salud. Me apenó que el hermano Bernardo no pudiera acompañarnos, pues tenía mucha ilusión de ir a la iglesia de Santiago, pero el hermano Francisco le dijo que el próximo año iría y que contaría con una compañía extraordinaria.

Así que no te angusties por tu enfermedad, ya que como le ha revelado al hermano Francisco, pronto vas a estar perfectamente bien.

Tu siervo y hermano,

Fray Masseo.

21

El lienzo

ESA MISMA NOCHE, TRAS INGRESAR las órdenes en la máquina dispensadora, Giulia subió al salón en el segundo piso y colocó el óleo de Masseo entre dos caballetes. Revisó al detalle el lienzo rectangular que ella misma había construido en lino, empezando por el bastidor firme de dos metros de alto por uno cincuenta de ancho.

Revisó los detalles: habían brotado veladuras y restregaduras en el retrato de un hombre de pómulos angulosos, de unos treinta y cinco años, tal como lo había descrito Lucca. Le pareció adecuado el atuendo gris platinado, con el estilo de los uniformes que solían usar en los hoteles. No llevaba gorra sino un cabello corto y una barba grisácea que se dividía sutilmente en la mitad. La frente ancha denotaba inteligencia. La boca era discreta, como la antesala de una sonrisa.

A veces, tenía la impresión de que el óleo la invitaba a salir, como si fuera de paseo con un amigo, lleno de silencios y confidencias. La voz de Lucca y el recuerdo de la historia le enseñaron a hundirse en el óleo, hasta llegar al corazón mismo de Masseo y, desde allí, asombrarse con sus profundidades y texturas.

La pintura tenía vida propia, transmitía vida. Era hermosa. Después del exhaustivo examen, se rindió ante el hecho de que solo faltaba pintar los ojos de Masseo.

Dentro del salón se escuchaba lejano el tamborileo de la máquina dispensadora y el murmullo de la calle. Preparó el tono oscuro y se acercó al espacio en blanco, con los trazos a lápiz de los ojos.

Bajó el pincel. El espacio quedó en blanco. Había buscado la mirada, vaya que la había buscado. No era la mirada distraída de su

amigo Manolo, ni la de Ingrid, afilada como una espada. Pensó en Hugo Muscatello, quien tenía una mirada intensa e interesante de retratar, pero muy distante a lo que ella suponía de Masseo, un hombre que había abierto las puertas de su morada y de su alma. Ese pensamiento la entristeció. Se levantó del taburete y abrió la ventana. El farol de la vereda iluminaba la calle del Ciompi. El café de don Nuno estaba lleno y se escuchaba el murmullo alegre que acompañaba la comida. De pronto, se apagó el farol, el instituto quedó envuelto en una quieta oscuridad, el ruido de la calle se silenció, la máquina dispensadora dejó su tamborileo y el viento dejó de soplar. Giulia giró sobre sí misma y, al tiempo que las luces regresaban, vio a Lucca ingresar al salón. Llevaba una taza con una mano y la otra en puño sosteniendo un pocillo. Caminó hacia Giulia y le tendió la taza.

Lucca le dejó el pocillo que estaba lleno de avellanas en el marco de la ventana y se quedó a su lado. ¡Qué hambre tenía! Tomó un sorbo de la taza humeante, era un té. Estaba delicioso. Probó una de las avellanas, calientes y sabrosas. «¿Dónde habrá calentado esto?», se preguntó Giulia.

—Lucca, ¿dónde has estado todo este tiempo? Te he echado de menos.

Ambos estaban al pie de la ventana. La máquina dispensadora seguía a su ritmo y se escuchaba lejano el piano del teatro Ornello; Lucca parecía atento a la música. El pelo claro caía suave y limpio sobre la camisa suelta. Tomó una de las avellanas y la animó a seguir con el resto. Giulia se sintió reconfortada con aquella comida sencilla.

—Me alegro de que esta vez hayas entrado por la puerta —dijo Giulia—. Si sigues apareciendo y desapareciendo voy a pensar que eres un fantasma.

—*Ishsha*. Si supieras quién soy, jamás dirías que soy un fantasma. —Se paró firmemente en su sitio, con los brazos cruzados, como esperando que ella lo comprobase—. La naturaleza de un fantasma y la mía son distintas.

A Giulia le dio la impresión de que le había indignado el comentario.

—Entiendo —dijo Giulia, cruzando también los brazos—. Que no seas un fantasma es un asunto trascendente.

—Sí, lo es —contestó Lucca, marcando una arruga en el entrecejo.

—Entonces me alegro de que no seas un fantasma. —Giulia regresó despreocupada a su taburete, frente a Masseo.

Aunque Lucca mantuvo por un momento su actitud seria, pareció complacido con esa respuesta. Colocó el pocillo de porcelana y la taza vacía sobre las repisas de los materiales y caminó hacia el óleo. Giulia contuvo el aire esperando que le preguntase sobre los ojos, como habían hecho sus profesores y compañeros.

—Cuando Masseo tenía nueve años se subió a un árbol. Creía que desde la copa del árbol podría llegar al campanario de la iglesia —dijo Lucca.

—¿Y? ¿Llegó al campanario?

—De ninguna manera, —Lucca sonrió divertido—. Cayó del árbol y se cortó la ceja izquierda. Aquí. —Acercó la yema del dedo al lienzo.

Giulia tomó el pincel.

—¿Por qué siempre hablas como si lo conocieras? —Giulia preparó la mezcla. Era una pregunta retórica, porque Lucca ya le había asegurado que conocía a Masseo.

Lucca se acercó al óleo y señaló con el dedo índice.

—Aquí es el corte, casi al final de la ceja.

Lucca tenía cejas marrones oscuro sin cortes.

—¿Por qué no te he vuelto a ver por el instituto? —preguntó Giulia.

—*Ishsha.* —Lucca volvió a señalar el punto sobre el lienzo.

Giulia giró en el taburete, de espaldas a él, y se concentró en la forma de la ceja. Dibujó el corte de la ceja con un pincel fino, en líneas claras, cerca del bosquejo de la mirada en blanco de Masseo.

—Pienso que los ojos de Masseo eran marrones —dijo Giulia. Se viró al sentir el silencio. Lucca había desaparecido. Tampoco estaban la taza ni el pocillo de porcelana.

Se levantó del taburete y salió del salón de clase. Miró por el corredor. Las luces estaban prendidas y se escuchó la impresora de

la máquina dispensadora. Las clases y la escalera estaban vacías. Se mordió el labio, frustrada. ¿Dónde se había metido?

Regresó al salón y se sentó en el taburete. Ella era consciente de que cuando humedecía la punta del pincel de pintura se perdía de lo que estaba a su alrededor, pero Lucca tenía la habilidad para esfumarse en la nada. Por lo menos había tenido la delicadeza de avisarle de que no era un fantasma. Sonrió ante la idea y, con un poco de trementina, siguió aclarando el corte de la ceja.

22

Séptimo Pergamino

Porciúncula, invierno 1213.

Queridísima hermana:

La temperatura ha descendido, espero estés bien abrigada en el convento o, en su defecto, que hayas perdido la costumbre de resfriarte en cada invierno.

Hoy llamé tres veces al hermano Francisco, pero este no se movía de su posición, parecía no escucharme, de rodillas con los ojos fijos en el cielo. Creo que ha llegado a un grado de contemplación al que solo pueden llegar los santos. El hermano Rufino vino presuroso a indicarme que no lo interrumpiera, pues en estas oraciones Dios le comunica su voluntad. Yo procuro orar todo el día, o cantar agradeciéndole todo a nuestro señor, pero no lo puedo escuchar y ver como lo hace el hermano Francisco, o entrar tan humildemente en la contemplación de nuestro Dios como el hermano Rufino.

El santo Francisco me hizo conocer que mis compañeros tienen la gracia de la oración y de la contemplación y que yo tengo la gracia de la predicación y el don de agradar a la gente. Así que me ordenó que me encargase de atender la puerta, la limosna y la cocina. También me pidió que cuando los demás estuviesen comiendo, comiera yo en la puerta del convento. Dice que mi buena presencia, los modales finos que nuestra madre tanto se esmeró en inculcarnos y el carácter resuelto y sonriente que seguramente heredé de nuestro padre, será de gran provecho a los peregrinos, y así ningún otro hermano tendrá necesidad de venir a recibirlos. Me alegré de ser de utilidad en estos menesteres. En verdad todos los trabajos son de provecho y hay mayor ganancia donde somos más útiles, así que me quité la capucha y me entregué a estos oficios honrando mi voto de obediencia. Ciertamente la puerta es cada día más ajetreada, pues vienen

peregrinos de toda Umbría en busca de consuelo.

Estuve varios días realizando estos menesteres, la puerta, la limosna y la cocina. Luego supe que mis compañeros fueron a rogar al santo Francisco que distribuya entre ellos aquellos oficios, pues les había causado remordimiento que realizase yo solo estas tareas mientras ellos estaban libres. Yo respondí como lo hice la primera vez: que lo que él considere conveniente, yo lo tomo como venido de Dios. Ahora están distribuidos todos los oficios, pero yo procuro abrir la puerta cuando los peregrinos nos sorprenden en el eremitorio, para que mis hermanos no sean interrumpidos en sus oraciones.

Tu servidor y hermano,

Fray Masseo.

23

Masseo

Ocurrió un día viernes. No había asistencia a clases ese día, por lo que Giulia llegó alrededor de las siete de la noche al instituto. Encontró la puerta principal aún abierta y, en el cuarto de la dispensadora de pinturas al por mayor, las órdenes junto al teclado. Ingresó los datos: verde aguamarina, rubí oscuro, blanco pardo, dorado *retriever*. Acomodó las canecas y la máquina empezó su orquesta particular. Había conseguido un pincel corto, de cerdas más rígidas para el impasto, y subió las escaleras de dos en dos, ansiosa por probarlo en el óleo.

Al ingresar al taller de pintura del segundo piso encontró a Lucca de espaldas a la puerta, asomado a la ventana. El abrigo lo cubría hasta las pantorrillas y el pelo claro caía ocultándose en el cuello de la prenda.

Giulia tenía tantas preguntas que hacerle que ni siquiera sabía por dónde comenzar, así que, en silencio y con el pincel en mano, se arrimó al dintel. Lucca siempre mantenía la distancia y ella hacía lo mismo, los treinta centímetros que la separaban de él era lo más cerca que habían estado desde que lo conocía. Sintió que no tenía pesares ni prisas. Hacía un frío agradable esa noche callada y sin viento. El café de don Nuno ya había cerrado sus puertas y el farol de la vereda iluminaba la cabeza de un señor de barba corta, que barría la calle.

Giulia jugueteó con el pincel, aspirando el frío de la noche.

—¿Por qué estas dudando, Ishsha? —preguntó él en un suave tono grave.

—No encuentro la expresión de los ojos en el óleo. Sin la mirada, no puedo terminarlo —contestó Giulia.

Abajo, el hombre de barba corta sostenía la escoba con orgullo y sus movimientos eran concienzudos y medidos.

—¿Y cuál es la expresión que no encuentras? —preguntó Lucca.

—Cuando se me vino la idea de pintarlo supuse que era sorpresa —contestó—, pero ahora no lo sé.

En la calle, el hombre seguía barriendo en líneas ordenadas bajo el farol, y la luz rebotaba en el pelo oscuro. Barría como si estuviera a cargo de una misión de honor y aquel instrumento fuera su arma de batalla.

De pronto, Lucca retomó el encuentro de Masseo en la abadía, detallándolo como si lo conociera a la perfección. A medida que él hablaba, ella tenía la sensación de que una cortina se abría directamente a ese lugar del siglo XIII. La rodeó el aire fresco y húmedo del bosque en la primavera, escuchó a las golondrinas a medida que avanzaba por el sendero, que se abrió entre los árboles en dirección a la abadía. Una ardilla parda corrió veloz hacia lo alto del árbol. La voz de Lucca sonó como el arrastrar de una capa sobre el césped, vio una flor silvestre amarilla, tan cerca de ella que los pétalos parecían saludarla. Las paredes de la abadía eran de piedras gruesas y la chimenea despedía humo hacia el exterior. Tres golpes fuertes estremecieron una puerta maciza de madera. Se escuchó un pisar apresurado en el interior y el olor a pan recién horneado se coló por la hendidura de la puerta, que abrió con lentitud. Una alegría bullía en ella mientras las palabras de Lucca relataban el encuentro, y casi podía sentir la turbación, el asombro y la confianza de aquel religioso que había visto un ángel.

Giulia soltó el pincel que llevaba en la mano y este cayó a la calle. El hombre bajo el farol tomó el pincel del suelo y luego lo mostró, ofreciéndolo sobre la palma abierta de la mano.

—¡Enseguida voy! —Giulia bajó a toda velocidad las escaleras y abrió la puerta que daba a la calle. El señor la esperaba abajo. Giulia se quedó pasmada. La luz de la lámpara dio de lleno en su ceja con un corte al final, y la barba corta partida en dos ya no se ocultaba a contraluz. La frente ancha y los rasgos angulosos, no había duda: el óleo inconcluso era el retrato de aquel hombre de ojos marrones y expresión inteligente.

—¿Masseo?

Masseo sonrió discreto. Y sus ojos... Un brillo eterno en ellos. Depositó el pincel en la mano de Giulia y luego tomó la escoba y siguió barriendo. Giulia se quedó clavada frente a él, viéndolo barrer: era un hombre gallardo, de buen porte a pesar de la ropa sencilla que lo cubría, sus rasgos eran de buen ver y parecía estar sonriendo mientras barría.

Cerró la puerta del instituto y subió las escaleras. Lucca seguía de espaldas, apoyado en el dintel de la ventana. Giulia se asomó junto a él y miró la calle. El farol alumbraba los adoquines grises: Masseo ya no estaba.

—Ishsha —dijo Lucca—. Es hora.

Giulia, sin analizar lo que acababa de pasar, colocó el lienzo entre los dos caballetes. Lucca tomó una silla alta y se sentó a unos pocos metros de ella. Ella limpió el pincel. Los primeros colores se plasmaron en el espacio en blanco de los ojos sobre el lienzo.

Pasaron horas en las que Lucca permaneció impasible en la silla. Alrededor de la una de la madrugada la orquesta del teatro Ornello irrumpió con el sonido de un piano que acarició la noche. Lucca se paró frente a la ventana absorbiendo la melodía. La luz cruzó por sus mechones claros y marcó la mandíbula. Al terminar la música, volvió a la silla.

Ella sí debió levantarse varias veces del taburete: primero fue a cerrar la máquina dispensadora, luego a tomar el café de la sala de profesores, a estirar las piernas, incluso fue al cuarto de baño, y al regresar, Lucca seguía en la misma silla.

Le animó con pequeños comentarios y por primera vez le habló de pintura. Su conocimiento de los pigmentos era vasto, hablaba de ellos como si se movieran. En un lenguaje sencillo abrió la química del componente del óleo; al escucharlo, ella sentía esa misma emoción cálida que había visto en la mirada de Masseo cuando barría. Giulia entró a los detalles: creó múltiples transiciones y agregó más rojo y amarillo al color medio para darle calidez al lagrimal. Luego quiso agregar textura, y buscó en las repisas del salón una espátula. Había un cepillo tosco detrás de las revistas de arte. Lucca tomó el cepillo y sopló sobre él. El polvo quedó

suspendido en pequeñas partículas antes de caer. Giulia texturizó la pintura del ojo con el cepillo, suavizando las líneas entre los colores. Mezcló y repitió el proceso. Sentía el cuerpo entumecido por la falta de sueño, pero su mente estaba concentrada y ágil.

El proceso natural de la pintura incluye sus tiempos de secado, donde las horas permiten al color mostrar su verdadero rostro, pero esa noche, en la que el tiempo se había adecuado a su ritmo, las diferentes capas se agruparon de golpe con intensidad y perfección, hasta terminar aquella singular mirada. Retrocedió unos pasos para verlo de lejos. Los pájaros empezaron su canto bullicioso previo al amanecer y un rayo de luz iluminó la pupila negra de Masseo.

Giulia no cabía en sí. Sentía que le estallaba el pecho, pero su cuerpo, producto de las horas sin dormir, se negaba a responderle. Se colocó el pelo detrás de la oreja y observó a Lucca, que seguía sobre la silla alta. No parecía cansado.

—Gracias por acompañarme —dijo Giulia.

Lucca sonrió abiertamente. Sus ojos brillaron. No movió ningún otro músculo del cuerpo. Giulia pudo percibir, en medio de sus silencios, profundas emociones. Luego ella sintió los brazos y piernas pesados, como llenos de cemento, y los ojos se le cerraban. Dejó el lienzo sobre los caballetes, cuidando que el óleo no recibiera luz directa, y se despidió de Lucca, en dirección a su departamento.

24

Perdido

La mañana del lunes Giulia pasó por la ferretería y compró cartón de embalaje, tiras de madera, láminas de goma, espuma, cinta adhesiva y papel burbuja. Se sentía bien, había dormido prácticamente todo el fin de semana.

Cuando llegó al Instituto Muscatello se topó con Donna, quien hablaba sobre los murciélagos con el fumigador. Hacían un dúo extraño, Donna con su pelo rojo y su blusa de colores brillantes y el fumigador con la gorra y el overol desgastado. A Giulia le atemorizaban los murciélagos, especialmente a la hora de salida del instituto, donde volaban en picada y se colgaban de las ramas o se pegaban a las paredes. Decidió no escuchar detalles sobre la fumigación de los animales y se precipitó por las escaleras, donde casi tropezó con Manolo.

—¡Giulia! ¿Vas a envolvernos a todos con papel burbuja? —Su compañero extendió sus brazos largos de pulpo.

—Qué gracioso. —Enrolló el papel burbuja para evitar que se le cayera y Manolo se apresuró a ayudarla. Era buena gente este Manolo, pensó Giulia. Entre ambos colocaron las láminas de goma sobre el cartón rígido. Subieron las escaleras, Manolo tropezó y Giulia alcanzó a sostener el rollo antes de que tocara el piso.

—Veo que estás lista —le dijo.

—¡El óleo está terminado! —le contó Giulia conteniendo la voz, aunque lo que ella quería era gritar a los cuatro vientos «¡Estoy lista para llevar a Masseo a la exposición de Milán!»—. Voy a esperar unos días para que se seque la pintura y, mientras tanto, armaré la caja de empaque.

—Te felicito —Manolo soltó con torpeza los cartones en la

entrada del salón—. Estoy en el módulo de seminarios y debo entrar. ¡Luego me enseñas el óleo!

Giulia agarró los cartones y se dirigió al taller de pintura. Aún no empezaban las clases y era la única sala que permanecía abierta ya que los estudiantes dejaban reposar sus obras dentro del taller y se dedicaban a ellas en horarios indefinidos.

El taller olía a pintura fresca. Los pinceles y brochas aún dormían arrimados en las estanterías laterales. Con el fin de no tropezar con los puestos de sus compañeros, dejó los cartones del embalaje en la entrada y cruzó la estancia.

La ventana del salón había sido cerrada y el óleo no estaba en los caballetes. Giulia parpadeó dos veces. La obra de Masseo no estaba en los caballetes. Buscó entre los lienzos y bastidores apoyados en las paredes laterales. Repasó cada una de las pinturas de sus compañeros. El óleo medía metro y medio de alto, por lo que no tardó en entender que el lienzo no estaba en ningún rincón del taller.

La chica salió del salón. Todos entraron a clases menos ella; recorrió el edificio concienzudamente, como un ratón. Buscó en las paredes, en las esquinas, tanto del primero como del segundo piso. Preguntó a los estudiantes en los pasillos. Nadie parecía haber visto el óleo. El pulso se le aceleraba a cada paso. Buscó dentro del cuarto de la máquina dispensadora de pinturas, en la parte posterior del instituto, incluso recorrió el parqueo.

Eran más de las diez, habían pasado casi tres horas desde que llegó al instituto, cuando se encontró con Carina y Manolo, quienes terminaban la primera jornada de clases.

—No está mi lienzo —dijo Giulia.

—¿Cómo que no está tu lienzo? —preguntaron al unísono.

—Terminé el óleo en la noche del viernes, lo dejé en el salón de talleres.

—¿Totalmente? —Carina abrió los ojos en un gesto de asombro —. ¿Incluyendo los ojos?

—¡Sí, pero ahora no encuentro el lienzo! —Giulia se llevó la mano a la frente—. Estoy que pienso dónde podría estar.

—Nadie pierde un lienzo. ¿Se te ocurre quién lo pudo haber

tomado?

Giulia se apoyó en la pared.

—¿Saben dónde puedo encontrar a Lucca? —preguntó—. Lo dejé con él antes de regresar a mi departamento el día viernes.

—¿Dónde está quién? —preguntó Manolo.

—No sé quién es Lucca —dijo Carina.

—Quizás el conserje sepa algo, como está medio tocado, siempre anda con todas esas llaves, cerrando y guardando —dijo Manolo.

—¿Vicenzo? Es buena idea —contestó Giulia—. Además, van a fumigar. Quizás pudo haberlo reubicado.

—Tú siempre tan optimista —murmuró Carina.

Los tres estudiantes recorrieron los mismos pasos: los callejones del instituto y los cuartos vacíos. Se hizo una pausa en las clases y pudieron entrar en los salones del primer año. Nada. El material de embalaje quedó en la entrada del taller, expectante y olvidado. Lograron entrar a todas las estancias a excepción de las dos del fondo y el salón Pitti, que estaban bajo llave. La tienda de Donna estaba también cerrada y no se distinguía ningún lienzo a través del vidrio.

—El óleo tiene que estar en algún lugar del instituto —dijo Giulia. Carina y Manolo se miraron entre ellos.

—Es cierto, no tiene sentido que falte tu óleo, Giulia. Hay que pedirle a Vicenzo que te abra los últimos salones —contestó Carina.

—Es hora de almuerzo de cierre de seminario —dijo Manolo—. Vicenzo no va a regresar hasta dentro de un par de horas. Quizás deberíamos ir todos a almorzar.

—¡Es cierto! Todo esto me ha dado hambre. —El pelo ensortijado de Carina bailó con ímpetu.

—¿Viste el menú de cierre de seminarios? Queso fundido con tomate, espagueti a la carbonara, solomillo de ternera y alguna ensalada verde. La ensalada te la dejo a ti —dijo Manolo.

—¿Te parece que soy de las que se alimentan de ensaladas? —Carina golpeó el zapato de plataforma contra el piso.

—Aún falta esta clase —dijo Giulia señalando la puerta de una de las estancias cerradas—. Debe de estar por terminar. Yo prefiero

esperar.

En ese momento se abrió la puerta de la clase de seminarios; el primero en salir fue el profesor Federico Monti. Giulia se abalanzó dentro del salón, donde había un grupo de unos dieciséis jóvenes con ropas excesivamente abrigadas, pero ni rastro del lienzo. Manolo y Carina se quedaron en la entrada, esperándola. Uno de los jóvenes, de baja estatura y nariz ancha, invitó con su brazo a Giulia y dijo:

—¡Hora de comer!

A Manolo se le iluminó el rostro, mostró también su brazo a Carina, y repitió:

—¡Hora de comer! —Y, para asegurarse, la tomó de la mano, la puso sobre su brazo y la arrastró fuera del salón.

Giulia bajó el brazo del chico de nariz ancha y le explicó que iría luego de encontrar al conserje.

El conserje Vicenzo Gatti llegó poco después y con gran prisa tomó el llavero de su cadera y abrió la puerta de la sala nueve. Era un cuarto sin ventanas, había sido utilizada como bodega y un olor dulzón impregnaba el lugar. Vicenzo esperó afuera mientras ella removía los cartones, las pinturas y las sillas. Luego le abrió el salón Pitti. El óleo no estaba. Giulia se sentó en la escalera y esperó. Esperó a que algo pasara. Esperó porque no se le ocurrió más que hacer. Esperó porque eso hacían las pinturas, confiar en que un color se asiente. Hundió la cabeza entre las manos y pensó nuevamente en Lucca; la noche del viernes dejó la pintura con él, en la misma estancia. No sabía dónde encontrarlo.

Pasó una hora y Donna Vitale bajó por las escaleras del instituto con su pelo rojo recogido en una rosca. Giulia supuso que ella no había abierto ese día la tienda de materiales, por estar repartida entre los requerimientos del director y del fumigador.

—Donna —llamó Giulia.

—Giulia Febres —le contestó Donna—. ¿Tienes el pase para la comida de cierre de seminario?

—Sí, lo tengo. Gracias. Lo que pasa es, y perdone que la moleste —Se le quebró la voz—, no encuentro mi lienzo. ¿Usted cree que por algún motivo podría estar en su tienda?

—¿Cuál lienzo? Hay un montón de lienzos y pinturas en este lugar, querida. ¿Por qué estaría en mi tienda?

—El retrato que pinté para Milán. Es un óleo de un hombre, con una puerta de madera atrás.

—¿Buscaste en el taller de pinturas?

—Sí, allí lo dejé.

—Tranquila, veamos —dijo Donna mientras sacaba la llave de su cartera y abría la puerta de vidrio—. Vicenzo está un poco sordo y suele entender mal ciertas instrucciones, podría haber movido tu pintura sin mala intención.

Giulia dejó escapar un suspiro de alivio ante la comprensión de Donna, pero pronto se desalentó. El óleo no estaba en la tienda de materiales. Sencillamente era muy grande para pasar desapercibido.

—¿Y sabe dónde podría localizar a Lucca? —preguntó Giulia—. Fue el último que vio el lienzo.

—¿A quién? —Donna la miró extrañada—. Nunca he oído ese nombre.

— Está aquí en el instituto. Me he topado algunas veces con él.

—No sé de quién hablas, querida —contestó Donna frunciendo la frente—. ¿Seguro le entendiste bien? ¿Cuál es su nombre completo?

—No… no lo sé. Es alto, bien parecido, rizos claros —Giulia prefirió no seguir.

—Parece enamorado tuyo, seguro él sabe dónde está tu cuadro. —Donna alzó las cejas rojizas.

—No, no eso. —Giulia se sintió totalmente avergonzada y el pensar que Lucca se había llevado su óleo le produjo un escozor en los ojos—. Gracias, Donna. Voy a seguir buscando.

Se despidió con la mano y abandonó la tienda de materiales.

25

La inspección

Fuera del instituto, el fumigador Giorgio Bertoldo subió por segunda ocasión la escalera de incendios. Subió con facilidad a la parte exterior del edificio y caminó por el perímetro del tejado. El edificio del Instituto Muscatello era más alto que el del teatro Ornello y con una pendiente de techo mayor a la usual. Revisó los alerones. Estaban limpios y despejados. Tampoco encontró ninguna entrada o hendidura entre las tejas que pudieran albergar murciélagos. No había restos de insectos o excrementos de roedores. Se secó el sudor del cuello y decidió terminar con la inspección externa. Bajó por la misma escalera y se topó con el conserje Vicenzo Gatti, quien lo había estado esperando desde el parqueo.

—Necesito ir al tercer piso —ordenó Giorgio en cuanto llegó al suelo.

Vicenzo Gatti se llevó la mano al llavero que colgaba de su cadera y lo apretó, como confirmando que se encontrase en su lugar.

—¿Tiene usted cita con el maestro Muscatello?

Giorgio lo pensó un poco.

—Claro, me está esperando.

El conserje lo condujo por dentro del instituto. Giorgio contó mentalmente los pasos del recibidor y el pasillo del tercer piso. Se fijó en el yeso del tumbado antes de golpear la puerta de la oficina del director del instituto.

—Pase —dijo Hugo.

Tras el escritorio situado delante de la ventana Hugo Muscatello cortaba las hojas de un soberbio bonsái. Un hedor ácido flotaba en el ambiente. A excepción de unos trofeos apilados sobre la arquilla

del fondo, la oficina era excesivamente simétrica: las sillas rectas alineadas con las baldosas, la papelera vacía, las plumas ordenadas por tamaños. En la mesa baja de la sala lateral, resaltaba la maqueta del próximo Museo Muscatello. Giorgio había escuchado en las noticias que se levantaría en el edificio antiguo de la Piazza Migdani. Al igual que todo el salón, Hugo lucía impecable, con el pelo negro peinado hacia atrás y una chaqueta gris claro. Tenía la presencia de un hombre escrupuloso y a Giorgio no le sorprendió que exigiera un perfecto mantenimiento en el instituto. Se fijó en el tumbado: el yeso mostraba manchas amarillentas y, sobre la sala, perpendicular a la pared, se distinguía una trampilla de acceso.

—Buenas tardes, soy Giorgio Bertoldo, el fumigador. —Limpió disimuladamente su mano derecha en el overol hasta tocar la pipa que estaba en el bolsillo.

—Escuché pisadas en el techo. ¿Era usted, o viene con alguien más? —preguntó Hugo mientras podaba una hoja del bonsái.

—Solo yo —contestó Giorgio.

—¿Rompió las tejas? —preguntó, alzando la pequeña tijera de podar—. Supongo que se dio cuenta de que no resisten su peso.

—No —contestó Giorgio incómodo. Y luego añadió—: La plaga se acumula entre el espacio que hay entre las tejas y el techo. No es necesario destruir las tejas.

La puerta había quedado abierta y Hugo desvió la mirada. La chica del pelo cobrizo estaba en la entrada.

—Hola, Giulia. ¿Todo bien? —preguntó Hugo alzando la voz. A Giorgio le pareció que su tono era bastante más dulce que cuando le habló a él.

—Pasa —la invitó Muscatello.

Giulia avanzó hacia el escritorio, casi a su lado. Olía a jazmín, lo cual fue un respiro para Giorgio que, a pesar de su experiencia con los olores desagradables, no era inmune al tufo amoniacal que inundaba la oficina.

—Gracias, Hugo.

Giulia miró de reojo a Giorgio e hizo un movimiento con la cabeza, en forma de saludo. Hugo alzó la ceja.

—No encuentro mi lienzo, el que va a Milán. —Miró a Muscatello

con expectativa—. Quería saber si sabías dónde estaba.

—Lo siento, no sé de qué me hablas ni dónde puede estar tu cuadro.

La chica titubeaba. Giorgio se sintió mal por ella.

—¿Lucca viene al instituto hoy?

—¿Quién? —Muscatello adelantó el cuello, como si no hubiera escuchado bien.

—Lucca —repitió Giulia.

—¿Quién es Lucca? —Golpeó en un gesto impaciente la mano contra el escritorio.

—Quizás lo conoce con otro nombre. Es alto, de pelo claro, es el especialista en los pigmentos —aseguró Giulia.

—No conozco a ningún especialista en pigmentos con ese nombre. —Hugo juntó las manos y apretó la boca en un gesto de impaciencia.

—Perdone, me he confundido. No he querido interrumpirle. —Giulia se despidió de ambos con un movimiento de cabeza y cerró la puerta al salir de la oficina.

Hugo, quien parecía haberse perdido en sus pensamientos luego de la intervención de Giulia, regresó su atención a la hoja del bonsái. Giorgio se aclaró la garganta.

—La situación es: he revisado el techo al detalle y no encuentro ni un solo murciélago. Ni siquiera sus excrementos o un nido abandonado.

Hugo tiró la tijera de podar, que rebotó sobre la mesa.

—¡Cómo que no encuentra nada! ¿Para qué sirve entonces? Es un inepto. Lleva dos horas escarbando mi techo. Seguramente ha roto las tejas. ¡Se las voy a cobrar! —Se levantó apoyando los nudillos sobre el escritorio.

Giorgio, estupefacto por la súbita reacción de Muscatello, pasó de la sorpresa a la furia. Sintió sus orejas calientes, pero no se movió.

—Hay un lugar en el techo al que no tengo acceso —dijo en un tono excesivamente controlado—, necesito autorización para perforar.

—¿Perforar? ¡De ninguna manera!

Unos chillidos agudos en el techo se unieron a la conversación.

—Así que no encontró nada. Malditos murciélagos. ¿Los escucha? —prosiguió Hugo. El rostro se le había oscurecido y aún apoyaba los nudillos sobre el escritorio.

Giorgio no contestó, el sol empezaba a caer, era la hora en la que los murciélagos salían de sus escondites y los había escuchado perfectamente.

—La mejor opción es entrar por dentro —avisó Giorgio mirando el techo de la oficina—. Esto es yeso, es fácil de cortar y de sellar. El espacio al que no puedo llegar está justo encima de su oficina.

Giorgio siguió con la mirada la unión entre el tumbado y la pared, desde el bonsái hacia la elegante sala con el sofá de tres puestos. Señaló el punto donde había distinguido la trampilla de acceso.

—Aquí tiene una entrada —dijo dando un par de pasos hacia la sala—; al subir podré determinar si está allí el problema.

Hugo rápidamente le cortó el paso.

—Está cerrada, la hice sellar. —Su voz había cambiado de tono a un estado casi conciliador.

Giorgio paró en seco, sin saber cómo anticiparse a las reacciones de aquel hombre. Claramente la trampilla no estaba sellada, y aunque lo estuviera, era punto ciego ideal.

—No quiero que haga ningún tipo de perforación ni en mi oficina ni en el techo. ¿Está claro? —recalcó Muscatello.

Giorgio pensó que era allí donde seguramente estaba el nido de los murciélagos, pero se abstuvo de insistir.

—En lugar de perforar puedo esparcir químicos, pero sin ir directamente al nido no le aseguro terminar con la plaga. Solo los espantará por unos meses —dijo Giorgio.

—¿Qué clase de químicos? —preguntó Hugo.

—Naftalina; la disperso por dentro del tumbado. Los murciélagos salen casi inmediatamente. Al día siguiente procedo a una limpieza y luego sello los respiraderos.

—¿Y cómo entra a la parte interna del techo?

—Yo no entro, solo echo el químico por los respiraderos.

Muscatello regresó a su escritorio y clavó la mirada en una

marca sobre la madera. Seguramente la que la tijera de podar había hecho hacía pocos minutos. Presionó con el dedo índice la marca.

—No creo que vaya a servir de nada lo que usted hace —dijo despectivo Hugo.

—No puedo hacer un buen trabajo si no me da acceso —replicó Giorgio en tono neutro, pero lo que de verdad tenía ganas era de pegarle un puñetazo a ese Muscatello—. Otra opción es que el nido no esté en su edificio sino el teatro Ornello, ya que están en la misma cuadra —Giorgio había fumigado el teatro el año pasado, pero omitió el detalle.

Hugo se acomodó el pelo y luego se enderezó.

—¿En el tejado del teatro?

—Puedo hacer una segunda inspección, en el lado oeste, que colinda con el teatro.

—¿Por el techo del teatro? ¿Cuándo? —preguntó Hugo.

Giorgio soltó un resoplido antes de contestar:

—Mañana.

—Coordine con Donna. —Hugo lo despidió con un movimiento de la mano. Giorgio no lo pensó dos veces y abandonó la oficina.

A Giorgio no le gustaba que le dijeran qué hacer y no le gustaba para nada ese Muscatello. Pero, después de todo, él era un fumigador y se trataba de un trabajo con buena paga que no iba a abandonar por ninguna clase de imbécil.

Se topó con Donna en las escaleras. Estaba de pie con la estudiante que había entrado unos minutos antes a la oficina de Hugo. La visión de ambas lo tranquilizó en el acto.

—Aquí nunca se ha perdido nada. ¿Cómo es posible que desaparezca un cuadro de ese tamaño?

—Es un retrato —dijo Giulia—. Quizás lo movieron por la fumigación.

—Soy Giorgio Bertoldo, el fumigador —extendió su mano a Giulia, presentándose. Ella la tomó con ambas manos. Era una tontería, pero estaba poco acostumbrado a que lo saluden. Las personas lo relacionaban con la plaga y muchas veces rehuían su contacto.

—Usted ya sabe que me llamo Giulia —contestó amigable.

Giorgio se aclaró la garganta.

—Usted me recuerda a mi hermana pequeña. —Le soltó la mano —. No hemos movido lienzos ni mobiliario para efectuar la fumigación, y no creo que sea necesario hacerlo en el futuro.

Luego Giulia dijo algo que Giorgio no entendió del todo:

—El retrato debe llegar a Milán —susurró.

Giorgio Bertoldo no durmió bien esa noche. Le pareció de mala suerte que la joven Giulia no encontrara su cuadro y que él no encontrara los murciélagos. Recorrió en sueños el techo del instituto, vacío de excrementos, de nidos, de insectos. Respiraba el aire vacío de la sala estéril de operaciones en la que había tenido que entrar hacía muchos años, cuando perdió a su hermana pequeña. Una sala de hospital de luces violetas, sin bacterias, sin virus. Sin vida. Despertó con escalofríos, como si ese aire inerte se le hubiera metido en el cuerpo. Su esposa se cubrió el hombro con la sábana en un movimiento brusco: quizás un mal sueño la perseguía también a ella. Miró al techo con los ojos abiertos. Le guste o no, Muscatello tenía razón: ¿cómo había sido posible que no encontrara la plaga? Pues los murciélagos eran reales: él había escuchado sus chillidos y, además, uno de ellos se había estrellado contra el vidrio de la ventana. Se viró de un lado, luego del otro, hasta terminar otra vez con la mirada en el techo. La plaga no presentaba un comportamiento normal. Los murciélagos se instalan en los tejados y las tuberías como si no fuera gran cosa: uno, dos animalejos que pasan primero desapercibidos, pero luego su número crece rápidamente, desbordándose e inundando los alerones. El yeso de los techos termina colapsando, podrido por las heces. Donna y los estudiantes hablaban de animales grandes y en gran número, pero en el edificio no había rastros del paso de la plaga en el tiempo. No tenía sentido. Pero él presentía dónde estaba el problema, su instinto no le fallaba. Se las ingeniaría para acceder a la trampilla que quedaba en la oficina de Muscatello.

26

El desván

Llovió desde la madrugada. La visibilidad tras el parabrisas era casi nula y el sonido de las gotas dentro de la cabina se incrementó con furia en cuanto Giorgio detuvo su camioneta dentro del parqueo del Instituto Muscatello. Acomodó el reloj con correa de cuero que marcaba las siete y treinta de la mañana dentro de la manga de la camisa, protegió su mochila bajo el chaleco y salió en medio del aguacero. De la cajuela de la camioneta sacó la escalera de aluminio y caminó hacia la puerta de entrada del instituto con la capucha baja y la lluvia cegándole la vista. La puerta principal estaba abierta y el edificio lucía adormecido.

En la entrada se topó con Vicenzo Gatti, el conserje, quien llevaba el pantalón remangado y con un escobillón en mano luchaba por empujar el agua fuera del instituto. Dos gruesos paños grises, colocados para evitar que el agua entrara por la ranura de la puerta de vidrio a la tienda de materiales de Donna, formaban una segunda barricada.

Giorgio entró con la escalera apoyada en su hombro. Con un parco «buenos días», sin darle tiempo al conserje para que este le contestase o, peor aún, lo detuviese, siguió en línea recta. Se retiró el impermeable y lo dobló con presteza, colocándolo en las bancas laterales. Secó sus botas en uno de los paños, sacudió el agua de la escalera de aluminio y, sin mirar atrás, subió de dos en dos los escalones de piedra hasta la cerámica italiana del tercer piso. Pasó por el espejo y la consola de metal del recibidor en dirección a la oficina. Recostó la escalera en el piso y movió la perilla de la puerta sin soltar la mochila.

La oficina de Hugo Muscatello estaba con llave. Giorgio lo pensó

un poco, luego abrió la mochila, regó el agua de su termo al pie de la puerta y bajó los escalones de piedra hasta la entrada del instituto.

—Está saliendo agua de la oficina del director —soltó a Vicenzo.

El eco de la tormenta se extendía por todo el instituto. El conserje lo miró sin moverse.

—Hay agua en la oficina de Muscatello —gritó Giorgio.

Vicenzo Gatti, que empuñaba uno de los trapos, abrió los ojos y, sin contestar, subió los tres pisos con la vista baja. Entró a la oficina de Muscatello utilizando una de las llaves que colgaban de su cadera. Limpió el charco al pie de la entrada y luego caminó hacia la ventana para asegurarse de que estuviera bien cerrada. Giorgio Bertoldo aprovechó la distracción y trabó el seguro de la puerta.

El conserje cerró la oficina y salió con la cabeza hundida entre los hombros en dirección a la planta baja, sin reparar en Giorgio, quien se había alejado por el pasillo.

Una vez que se encontró solo, con la mochila al hombro y la escalera en la mano, el fumigador ingresó a la oficina de Muscatello y aseguró la puerta por dentro. La lluvia repiqueteaba furiosamente contra la ventana y el techo. La luz exterior iluminaba escasamente los muebles de la sala, que olía a humedad y amoniaco rancio. Giorgio apoyó la escalera sobre la pared de la salita, debajo del corte rectangular que se visualizaba en el tumbado; le bastó subir a la mitad para poder empujar la trampilla. Subió con agilidad por el boquete. Se acuclilló por unos segundos en lo que parecía un desván. Estaba oscuro y la pestilencia era fuerte. Tanteó con las manos, percibiendo un polvo fino entre las juntas de madera. Escarbó primero superficialmente, después al detalle, hasta toparse con un interruptor pegado en el piso. Giorgio lo accionó. El interruptor estaba conectado a una boquilla negra que colgaba del techo y un foco desnudo emitió una luz fría que iluminó el amplio espacio de almacenaje. Giorgio se incorporó. Había una escultura moderna de mármol y dos marcos vacíos, cubiertos de pan de oro. El hedor amoniacal era potente. Una caja alta y angosta de madera, de poco menos de dos metros de largo, estaba recostada contra la pared. Avanzó hacia la caja y las planchas de madera que hacían de

piso en el desván crujieron bajo su peso.

Movido por la curiosidad, examinó el contenido de la caja: era una pintura sobre un bastidor. Haló el cuadro con la intención de dejarlo a la vista cuando se percató de unas manchas oscuras que mostraban signos de humedad en una de las paredes. Devolvió el cuadro a su lugar y luego golpeó la pared falsa, que le devolvió un sonido hueco y un aleteo, seguido por el arrastrar de unas pisadas.

—¡Los tengo! —dijo en voz alta.

Dio un par de golpes adicionales para establecer el espacio vacío, y la pared, carcomida por los excrementos, goteó una pasta líquida. Giorgio, satisfecho, abrió su mochila y sacó un destornillador plano. Golpeó en las uniones hasta aflojar la plaqueta de yeso. Haciendo palanca, logró abrirla apenas unos centímetros, los suficientes para ver el nido.

Los murciélagos, de aproximadamente quince centímetros de largo, con los cuerpos apretados, cubrían toda la pared. Giorgio hizo fuerza para abrir un poco más el boquete, pero cedió el punto de apoyo. Giorgio apenas tuvo tiempo de soltar la plancha que crujió sellando nuevamente el acceso al nido.

—¡Mierda! —dijo en voz alta—. ¡Es demasiado!

El volumen de animales era dantesco. Cogió el destornillador y, haciendo palanca, volvió a abrir el boquete.

—¡Qué carajo!

Las paredes estaban manchadas y sobre una de ellas aún burbujeaban restos del yeso. La plancha no cedía e introdujo el brazo para abrir más el boquete. Soltó dos paquetes enteros con bolas de naftalina. No se distinguía ninguna entrada de luz del exterior, aun así, rellenó todas las juntas con poliuretano.

—Veamos —murmuró.

Guardó sus cosas y bajó sin prisa por la trampilla. Colocó con cuidado el techo falso de la bodega del desván y ya en el piso cargó con la escalera. Estaba por salir de la oficina cuando escuchó la voz de Muscatello y de un segundo interlocutor al otro lado de la puerta.

Regresó con rapidez sobre sus pasos y ocultó la escalera bajo el sofá. Con la mochila en el hombro salió por la ventana casi al mismo tiempo que escuchó que la puerta de la oficina se abría. Caminó por

el alero exterior respirando aire de lluvia y con un pequeño impulso llegó hasta la escalinata de incendios. Se acordó de Donna: no le hubiera gustado la maniobra, pensó divertido. El aguacero le cubría la visión y aun así bajó con agilidad hasta el parqueo del instituto.

En cuanto tocó tierra cubrió su mochila, por costumbre más que otra cosa, ya que su bolso estaba tan mojado como él. Luego se dirigió a la puerta principal y limpió en los paños de la entrada sus botas. Repitió el movimiento mecánicamente, dividido entre dos ideas, la primera: si la naftalina sería suficiente para ahogar el nido; y la segunda: había dejado la escalera dentro de la oficina del director y debía sacarla de allí antes de que Muscatello la encontrase.

—Arriba tenemos unas camisetas que usamos para pintar. Son bastante abrigadas.

Giorgio dejó de limpiar sus botas, alzó la cabeza y se topó con Giulia. Había algo en su expresión que lo atrapaba, una amalgama de sueños y determinación. A excepción de las puntas del pelo de un cobre brillante estaba totalmente seca y vestía unas mallas oscuras.

—Gracias, no es necesario —dijo Giorgio. Tenía la camiseta mojada pegada al cuerpo. Se acomodó la gorra hacia atrás de la cabeza cuidando que no se notara su calvicie—. Tengo un asunto que terminar. —Dio un paso a la salida y su bota sonó como llanta de vehículo. Retrocedió casi de inmediato al distinguir que el director, acompañado de un policía, bajaba por las escaleras. Se quedó en el umbral de la puerta, sobre el paño de limpieza, mientras Muscatello y su acompañante salían del instituto.

Giulia permaneció quieta a su lado. El viento que acompañaba a la lluvia le movió ligero el pelo lacio y empujó aquel aroma a jazmín. Giorgio se preguntó qué carajos le pasaba cuando se escuchó a sí mismo hablando atropelladamente como un adolescente.

—Pensé que no había encontrado nada allá arriba, pero la verdad encontré algo muy interesante.

—¿Qué cosa? —preguntó Giulia sin desviar la mirada. A Giorgio no se le escapó la forma en que Giulia siguió a Muscatello y cómo lo observaba embelesada cruzar la calle hasta que ingresó junto con el policía al café de don Nuno.

—Hay un desván escondido en la oficina de Muscatello. Lo usan como bodega y guardan unas cuantas cosas, incluyendo una pintura.

Giulia lo miró estupefacta, abriendo los ojos. Giorgio contempló complacido el efecto que su hallazgo había producido.

—¿Qué clase de pintura?

Giorgio, haciendo gala de su experimentado poder de observación, le contó cómo había dado con el techo falso.

—La pintura… ¿era un hombre con barba? —preguntó Giulia.

—No te podría decir. Estaba dentro de una caja. Lo abrí un poco, aún olía a pintura fresca.

—Puede ser mi lienzo, lo he buscado por todas partes. Tengo que subir y ver si es mi cuadro.

—Bueno, si así lo quieres. —Giorgio se alzó de hombros. Giulia asintió mordiéndose el labio.

—¿Quiénes están en el instituto?

—No he visto ningún profesor aún, solo unos cuantos estudiantes y el conserje. Muscatello, como tú mismo lo viste, se acaba de ir con un policía.

—El policía se llama Salermo, es amigo de Hugo —explicó Giulia.

—Como sea. Salió sin su abrigo, así que seguramente no tarda en regresar. —Introdujo la mano en el bolsillo izquierdo y sacó una pipa—. Tengo que advertirte: si alguien te ve en su oficina, no puedes mencionarme. ¿Estamos de acuerdo?

—Yo no lo delataría —contestó Giulia.

Su respuesta lo removió por dentro.

—Espera en el segundo piso —dijo con voz ronca—. Luego subes a su oficina.

Giorgio hizo una pausa mientras encendía la pipa. Aspiró el aire que le calentó placenteramente.

—La entrada a la bodega está en la sala de la oficina, cerca de la pared. Es fácil distinguir el corte en yeso del techo. Debajo del sofá encontrarás una escalera y podrás subir a la trampilla.

—Sí —contestó Giulia. Su voz tembló.

—La bóveda es un poco oscura.

—¿Hay… hay murciélagos dentro de la bodega? —Giulia se

detuvo con una mueca.

—No, ni un solo murciélago —contestó contrariado—. ¿Estás segura de querer subir?

—Sí. Sí quiero. —Su voz tembló una vez más.

—El conserje está en el segundo piso —indicó Giorgio—. Voy a hacerlo bajar y así cubrir la entrada del instituto en el caso de que llegue Muscatello. —Subió, un poco vacilante, los escalones. Las botas sonaban como hule, pero esta vez no las escuchó, inmerso en sus propias cavilaciones: pensó que quizás había sido precipitado incluir en sus asuntos a alguien tan joven—. Escúchame con atención —Giorgio subió la voz por encima del ruido de la lluvia que penetraba por los corredores y se acercó a su oído—. Deja la escalera fuera de la oficina, en el recibidor. ¿Está claro?

Giulia se detuvo. Su mirada se oscureció. Por primera vez se fijó que la chica tenía una cicatriz debajo del ojo.

—¿Por qué me está ayudando? —Apretó los labios rojos—. ¿Me está usando para hacer algo indebido? Si Hugo me descubre en la supuesta bodega podría pensar que le estoy robando.

—No, Giulia. —Bajó la pipa—. Solo intento hacer mi trabajo.

Giulia relajó los labios.

—Yo también, quiero ver si es mi cuadro —contestó.

Giorgio retuvo una mueca de satisfacción.

—Estamos de acuerdo, entonces. No olvides dejar fuera la escalera. Tienes diez minutos. Si Muscatello llega, no podré demorarlo por mucho tiempo.

Giulia hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y ambos subieron por los escalones de piedra.

27

Octavo Pergamino

Espoleto, invierno 1214.

Queridísima hermana:

Con el ánimo de acompañarte en tu voto de silencio he suspendido mis relatos durante un año. Pero ahora que tu voto de silencio ha llegado a su fin y ha producido sus frutos, me permito relatarte un hecho asombroso.

Era una hora somnolienta de la tarde. El frío nos había guardado en la ermita cuando tocaron fuertemente a la puerta. Los golpes fueron tan profundos que hasta las mismísimas piedras temblaron. Me apresuré a ir a la puerta temiendo alguna emergencia y encontré un joven de buena presencia, que vestía una capa de viaje, que lucía seca a pesar de la llovizna. Se encontraba solo y la prisa al llamar contrastaba con su semblante calmado. Quedé tan desconcertado al verlo que no acerté más que a colmarlo de preguntas. Le pregunté de dónde venía, pues no parecía de Perusa ni de Asís, tampoco de Francia. Le pregunté por qué llamaba de esa forma, previniendo que tuviera alguna angustia, pero él solo contestó a mis inquietudes con otra pregunta. ¡Me preguntó cuál era la forma correcta de llamar! Yo supongo que percibió que me había alarmado su forma de tocar a la puerta. Le aconsejé que golpease dejando el tiempo de un padrenuestro para llegar. Creo que yo no pensaba muy bien en esos momentos, solo te puedo decir que me sentía tan a gusto que quería extender la conversación.

Me informó que estaba en un viaje largo y que tenía que hablar con el hermano Francisco. Pero este se hallaba en contemplación en el bosque y, por lo tanto, para no interrumpirlo, me dijo que llamase al hermano Elías para darle indicaciones.

Esta orden me dejó más desconcertado aún. Primero, porque yo no

sabía que el hermano Francisco se encontraba en ese momento en el bosque y, además, porque utilizó la palabra contemplación. Y es que, cuando el hermano Francisco se desliza en el bosque o en lugares solitarios para rezar, entra en tal estado de silencio con sus ojos abiertos, como si estuviera contemplando o estuviera en conversación sin mover sus labios. Así que la palabra contemplación era muy adecuada. Pocos de nosotros lo hemos visto en ese estado, y estamos advertidos de no interrumpirlo.

También me asombró que tuviese una indicación para el hermano Elías, quien es el encargado de organizar la orden y nos guía en cuanto a las normas. Me alegré de que el hermano Elías se encontrase en la ermita en esos momentos; seguramente él tendría la explicación de la visita del joven. Pero cuando le dije que lo llamaban a la puerta se molestó y no quiso salir.

Créeme, hermana, que no sabía qué hacer: si le decía al peregrino que el hermano Elías no podía ir, estaría mintiendo; pero ¿cómo decirle que no quería ir? Debí de haberme demorado un poco en estos pensamientos ya que el joven volvió a llamar a la puerta. ¡Qué llamado! Tembló hasta el polvo bajo mis pies. Me apresuré a la puerta y lo único que se me ocurrió decirle es que no había llamado como le enseñé.

El joven, conociendo sin que yo se lo dijese la negativa del hermano Elías, me ordenó que buscase al hermano Francisco y le informara que había venido a hablar con él, pero que no debía interrumpirlo y que enviase al hermano Elías.

Bueno, así lo hice. Me dirigí al bosque que queda tras la ermita, un ejército de ramas desnudas apenas revestidas de musgo y líquenes. El suelo cubierto de hojas secas tampoco me ofrecía ninguna huella. Caminé algunos pasos al azar y encontré al hermano Francisco en medio de grandes robles que lo ocultaban. Le comuniqué las palabras del joven. Este, sin mover la cabeza ni cambiar su posición, me pidió que le indicase al hermano Elías que fuera a ver al peregrino a la puerta. Regresé entonces donde el hermano Elías a quien no le quedó más remedio que dejar los asuntos que se encontraba atendiendo e ir donde el joven.

Lo acompañé un poco rezagado en su caminata brusca y acelerada pues seguía contrariado, y su enojo creció aún más cuando el peregrino le advirtió que se calmara, pues iba a tener un error de juicio. Impaciente, el hermano Elías le preguntó que quería y el

peregrino le hizo una pregunta sobre una de las reglas que había redactado para la orden. Era sobre si debíamos comer carne. El joven aseguró que conocía la respuesta mejor que él. Indignado, el hermano Elías contestó que eso no era su asunto y cerró la puerta. Creo que el hermano Elías lo reconsidero después de dar unos pasos de retirada, pues volvió a abrir la puerta, pero el joven había desaparecido.

Yo me quedé apenado e inquieto. En la ermita estábamos casi todos los hermanos, menos los que habían salido a pedir limosna. Tampoco estaba el hermano Bernardo, quien había partido a Santiago de Galicia. ¿Recuerdas que el año pasado te conté que no había podido terminar su peregrinación por cuidar a un enfermo? Entre los que estábamos, ninguno se explicaba las palabras que habían intercambiado el hermano Elías y el peregrino.

En eso regresó el hermano Francisco del bosque y le llamó la atención frente a todos: «Hermano Elías. Has obrado mal —le dijo — has echado al santo ángel que viene a enseñarnos».

Horas más tarde llegó el hermano Bernardo, a quien no esperábamos por la peligrosa crecida del río. El hermano Bernardo nos contó que estaba esperando al otro lado del río cuando un joven de buena presencia que vestía una capa de viaje lo trasladó de orilla con solo el contacto de su mano. Comprobamos que las facciones del joven y la hora coincidían con la visita a la ermita y entonces no pudimos reprimir nuestro júbilo.

Ahora, cada vez que suena la puerta, corro presuroso. Quién sabe: quizá es el Ángel de Dios.

Tu hermano, el fiel portero.

Fray Masseo

28

La escalera

GIULIA LLEGÓ AL SEGUNDO PISO donde unos pocos alumnos esperaban el inicio de clases. Dio media vuelta al ver a Manolo acercarse en pasos largos, pero él la alcanzó sosteniéndola de la manga del suéter.

—¡Giulia! —dijo Manolo.

—Hicimos algo para ti —Carina se apareció por detrás de Manolo, ladeando la melena en un gesto infantil. Le entregó una impresión en blanco y negro con el bosquejo de Masseo en la mitad. Giulia sonrió.

—¿Ustedes hicieron esto? —preguntó sosteniendo la hoja—. Parece el cartel de «Se busca» del oeste americano.

—Sí. Los hemos pegado en todos los postes de la calle del Ciompi —dijo con mucho orgullo Manolo—. Ten unas cuantas, no todas. —Le entregó un fajo—. Aún las estamos repartiendo por el instituto.

—Tiene los ojos demasiado juntos y la boca grande —dijo Giulia alejando el papel.

—¡Vaya, lo que faltaba! Que te pongas exigente —dijo Carina.

Giulia sonrió.

—Los repartiremos por toda la ciudad —agregó Manolo—. También ya pegamos unos en los postes de luz de la estación de trenes.

Giulia sonrió con ganas.

—¡Gracias! —dijo Giulia, y los abrazó a los dos—. En serio les agradezco.

Su mirada se cruzó con la del fumigador, quien en ese momento parecía intentar entablar una conversación con Vicenzo Gatti, el

conserje. Giulia nunca había visto al conserje entablar ningún tipo de conversación, ni siquiera con Donna.

Giorgio extendió sus dedos mirando a Giulia en un signo que significaba «diez minutos».

—¿Vienes? —preguntó Manolo.

—Los alcanzo más tarde —contestó Giulia.

Cuando el fumigador y Vicenzo Gatti pasaron frente a ella, Giulia dejó el fajo de impresiones sobre una de las bancas y caminó hacia la escalera en dirección al tercer piso. Miró por última vez por encima del hombro y se cercioró de que no la vieran subir. Avanzó ligera los primeros tramos, hasta perder la visión del piso anterior. Su respiración golpeteaba como el sonido de la lluvia, en un eco cada vez más fuerte a medida que se acercaba al piso superior. Decidió intentar tranquilizarse y disminuir la velocidad. Agudizó los oídos, avanzó con torpeza, subió un par de escalones más y le pareció que el aguacero era más fuerte. Asomó la nariz a la oscuridad del recibidor en el tercer piso. Le sobresaltó el movimiento de su propia imagen sobre el espejo de la mesa solitaria de metal, único mobiliario del corredor. Miró una vez más hacia atrás, cerciorándose de que nadie la hubiese seguido, y luego caminó de costado hacia la puerta de la oficina de Muscatello. Colocó su mano en la perilla y, luego de un clic seco, esta se abrió.

Dentro del instituto, la lluvia arreciaba convertida en tormenta y golpeaba el techo de la oficina de Hugo Muscatello soltando un viejo olor a amoniaco. Giulia encontró la escalera de aluminio debajo del sofá, tal como Giorgio le había dicho. Era ligera y tenía una buena base. Cuadró torpemente la escalera contra la pared y subió apoyándose a cada paso. Luego empujó con algo de dificultad la entrada del techo y se trepó dentro de la bodega de rodillas; sintió que una astilla se enredó en sus medias y se rasgaron. Tanteó por el piso y sus ojos poco a poco se habituaron a la oscuridad hasta que distinguió en el piso el interruptor que Giorgio le había indicado, lo accionó e inmediatamente respondió llenando de una luz fría la bodega. La luz del foco no era fuerte, pero la cegó. Se atrevió a incorporarse. La caja de madera estaba frente a ella. Movió casi con desesperación los extremos, solo necesitaba un poco de presión para

abrirla, y estaba por lograrlo cuando le pareció escuchar la voz familiar de Lucca.

—Vete ahora —La voz era una certeza, un suave tono grave. Miró para todos lados. Se asomó por el boquete. La oficina estaba vacía. «Debe de haber sido mi imaginación», pensó.

Regresó a la caja y logró empujar la tapa que cayó con un estruendo. Giulia se estremeció con violencia ante el sonido. La caja de madera corrugada era una jaula para mantener los lienzos en posición vertical ajustándolos a la madera del bastidor. Solo había un lienzo, en posición vertical y atornillado a la jaula de madera. Lo empujó hacia fuera.

Era Masseo.

Lo había encontrado.

Lo revisó al detalle, temiendo que fuese probable que la pintura fresca hubiese sufrido algún percance. Se olvidó del tiempo y del fumigador.

—Ahora. ¡Sal!

Esa voz no era su imaginación, era la voz de Lucca. Se asomó por el boquete, sólo para corroborar que ninguna persona había entrado a la oficina. No podía bajar el cuadro sin ayuda ni destornillarlo sin una herramienta, así que regresó el marco a su lugar y cerró la caja. Apagó la luz de la bodega. La sensación de apremio la había agotado. Descendió por el boquete, empujó la tapa de la bodega hasta cerrarla y, con cuidado de no perder el equilibrio sobre la escalera, bajó hasta el piso.

Giulia recorrió con la mirada el espacio y los muebles que ya no le parecieron tan elegantes como el primer día. Haciendo un esfuerzo, más mental que físico, cargó la escalera y la dejó fuera de la oficina.

Se sentía confundida y luchaba contra el sentimiento de lealtad hacia su director. ¿Qué hacía su cuadro en la bodega de Hugo? Y, sobre todo, ¿por qué no le dijo que él la tenía? En las pocas ocasiones en que había estado a solas con él, siempre había sido amable con ella. Se diría que hasta cariñoso. No le encontraba explicación a lo de su óleo. Empezó a bajar los escalones cuando escuchó las pisadas y la voz de Hugo:

—¿Qué te he dicho de abrir las puertas? No puedes abrir ninguna sala sin mi autorización. ¡Peor a un estudiante! ¡No tienes cabeza!

Giulia retrocedió precipitadamente. Ya no había forma de llegar a los salones del segundo piso sin toparse con Hugo en la escalera. Recordó cómo el fumigador le dijo que había salido por la ventana y sin pensarlo dos veces hizo lo mismo: regresó a la oficina, salió por la ventana, trepó en el barandal y se pegó contra el muro. Giulia no era lo suficientemente alta para llegar a la escalera de incendios, así que se quedó aplastada contra la pared, sin poder avanzar ni retroceder, procurando no mirar hacia abajo. Los autos en el parqueo parecían pequeños y la tormenta lastimaba los arbustos. Escuchó a Hugo dentro de la oficina, quien le reclamaba a Vicenzo por haber dejado las puertas abiertas. Ella nunca había oído a Hugo comportarse en una forma tan violenta. La discusión la puso aún más nerviosa y empezó a temblar. La lluvia la cegaba, el agua fría le atravesaba las piernas. Estaba muy alto, miró hacia abajo, al piso de adoquines pelados. Se arrepintió de haber llegado hasta allí, de haber subido a la oficina de Hugo. Empezó a sollozar. La cabeza le pesaba como si la halara un imán hacia el piso, veinticinco metros abajo. Nunca había entendido el vértigo hasta ese momento donde empezó a perder el control de sus movimientos. Intentó con desesperación impulsar el cuerpo hacia atrás, contra la pared, pero había perdido el sentido del equilibrio. La visión se le nubló. Alcanzó a ver cómo una luz de la calle parpadeaba cuando dejó de sentir las piernas y su cabeza se precipitó hacia adelante. Se sintió alzada en el aire. Sin explicarse cómo había llegado hasta allí, tenía ambos pies sobre el descanso de la escalera de incendios que recorría en forma de caracola la pared externa del edificio. La lluvia caía incesante. La escalera de incendios era igual de alta y una vez más se intimidó.

—Un escalón a la vez. —Otra vez, la voz grave de Lucca en su cabeza. Giulia descendió uno a uno por la escalinata. Encontró a Giorgio esperándola en la lluvia.

—Tuve que salir por la ventana y me quedé atrapada en el barandal. Hugo no sabe que yo entré a su oficina. Encontré mi cuadro en su bodega. —La lluvia golpeaba con fuerza, por lo que

Giulia alzó la voz para que el fumigador la escuchara.

—¿La escalera?

—Está en el tercer piso, fuera de la oficina de Hugo.

Giorgio Bertoldo la cubrió con su encauchado, y con la tormenta golpeándoles los ojos, corrieron al instituto.

29

El pozo

EL OJO DE LA TEMPESTAD golpeó la región central de Italia causando deslaves en el pueblo de Roble y en la madrugada alcanzó la región montañosa de la abadía. Se perdieron los servicios de luz eléctrica y agua potable.

Dentro de la abadía de Roble, fray Moreto cerró la puerta evitando que el viento lluvioso ingresara a la cocina. La lluvia azotaba los cristales y retumbaba en las piedras mientras los árboles se apaleaban entre sí, en un lamento ininterrumpido.

La abadía había rebosado en su capacidad y él había dormido pocas horas. La noche anterior, unos sesenta peregrinos y sus familias llegaron de imprevisto y se acomodaron alrededor de la chimenea en el salón principal. Los pequeños lloraron con los truenos y Pastor dejó sus huellas perrunas por los salones hasta que finalmente se refugió bajo su cama.

Había regresado la luz, pero no circulaba agua en la abadía. A fray Moreto la cocina sin agua circulante le pareció una sombra de sí misma: la tempestad había llenado la estancia de un sopor que las luces artificiales no alcanzaban a despertar. Se habían quedado sin agua y las tuberías, aquellas que cantaban su preciada carga, esperaban silenciosas. No podía preparar sopa de nabos, ni pasta, ni amasar el pan. Sirvió jarras de vino, aceitunas y quesos fríos con la esperanza de confortar a los peregrinos. Dejó los mesones dormidos, la harina empacada, el menú del día archivado, y decidió buscar al fraile Cristóforo.

Lo encontró en su oficina, encorvado tras el teléfono del escritorio. Lo acompañaban fray Massimo, al que le decían «fray Ingeniero» por su habilidad con las herramientas y con el novicio

«Nocalla», el flaco que se había ganado su apodo por no saber callar.

—¡Inaudito que con tanta lluvia sea la falta de agua lo que interrumpe nuestras labores! —exclamó Nocalla.

—Me he comunicado con El Pozzo Inc. Tiene los problemas que se dan en las estructuras grandes: no hay con quién hablar —explicó apesadumbrado fray Cristóforo—. Lo poco que me supieron decir es que los técnicos ya habían conectado el flujo de electricidad que alimentaba la bomba de agua. El problema debe de estar en la bomba del nuevo pozo.

—La tormenta ya pasó. Podemos ir al sitio de la excavación del nuevo pozo donde están instaladas las bombas de agua —sugirió fray Ingeniero.

—Es buena idea —dijo Nocalla.

—Estoy de acuerdo. —Fray Cristóforo se enderezó en la silla—. Por favor, llévense al perro, que ladró toda la noche.

Fray Moreto se calzó unas viejas botas impermeables y salió junto con Pastor, fray Ingeniero y el aprendiz Nocalla.

La tormenta había menguado, pero aún la lluvia espaciada resbalaba como lágrimas por las hojas de los árboles.

El grupo iba lento, rezando el rosario, las letanías, y alzando la voz del canto «Alabado seas mi Señor» en medio de la llovizna y del golpeteo de la caja de herramientas. A Moreto le costaba avanzar, se enterraba en el lodo y las botas parecían zafarse con cada paso. El faldón de la sotana cargada de humedad y arcilla, dificultaba los pasos. El aprendiz Nocalla y fray Ingeniero eran más jóvenes y delgados, y entre dos avemarías, se preguntó si les estaba costando avanzar tanto como a él. Al contrario de Moreto, Pastor la estaba pasando en grande: se movía ligero olisqueando las ramas, corría mordiendo la lluvia y se restregaba contra el lodo, para luego aparecer a un lado o por delante del grupo y sacudirse con desenfado.

Finalmente llegaron al asentamiento. La compañía de construcción había cortado árboles, desbrozado la maleza, y la tierra pelada lucía húmeda y jabonosa. La ladera de la montaña mostraba un derrumbe, una mancha café que había arrancado el verdor y

arrastrado piedras por entre los troncos de los árboles. El agua enlodada había cubierto toda la excavación y casi llegaba hasta los terrenos rocosos, donde habían asentado unos contenedores en forma de oficinas.

La cerca metálica de seguridad que habían construido alrededor del pozo se había desplomado. El perro ovejero se les adelantó y ladró al acercarse al agujero.

—¡Uf! —dijo el aprendiz Nocalla—. Esto sí que está hecho un lío. —Se acuclilló, visiblemente abatido—. ¿Cómo vamos a conseguir de aquí agua?

Había cintas plásticas esparcidas por los árboles y ladrillos de cemento desplomados. Un enorme farol pendía sobre el agujero, y otro más arriba sobre el taladro giratorio. Ambos estaban apagados. Pastor ladraba desesperadamente cerca de la perforación.

—Un generador —indicó fray Massimo, el ingeniero, señalando un motor que quedaba por los contenedores—. Esperemos que sea de diésel.

Se perdió detrás de la estructura y pronto el generador prendió con un gran ruido. Fray Moreto logró distinguir cómo emitía una luz débil el taladro y las oficinas dentro de los contenedores. Fray Ingeniero regresó donde ellos.

—¡Eres un genio, hermano! Dios te bendiga. —Nocalla saltó de alegría.

—Bien, hermano —dijo Moreto con dos palmadas en la espalda del Ingeniero.

Solo el perro no pareció compartir su alegría, daba vueltas inquieto y ladraba sin parar cerca del orificio.

—Con este generador deberíamos poder prender la bomba de agua —dijo fray Ingeniero—, pero el agua no está circulando.

—Silencio, Pastor —le ordenó el fraile Moreto—. ¿Qué pasa, amigo? —preguntó, agachándose a su altura.

El perro se sentó, visiblemente inquieto, sobre sus cuartos traseros.

El Ingeniero y fray Moreto se acercaron a revisar la segunda bomba. Moreto tenía la sotana pesada por el lodo y patinó al llegar. Bajaron los circuitos y la máquina, aspirando aire, empezó a

funcionar. Fray Moreto y el aprendiz Nocalla celebraron con un grito de alegría, pero el Ingeniero dijo:

—Algo está tapando el flujo.

El perro ladró nuevamente, desesperado, dando vueltas alrededor de la perforación.

—Silencio —le ordenó al perro.

Fray Moreto se rascó la cabeza. Se acercaron al orificio y esto pareció calmar los ladridos de Pastor. Fray Ingeniero se acercó con cautela al pozo.

—Sostenme, hermano Nocalla —pidió. Se acercó gateando al orificio mientras se acostaba en el piso, embarrando la sotana de lodo. El aprendiz Nocalla lo sostuvo por el tobillo. El terreno alrededor del pozo se desprendió y cedió con el peso.

El perro se inquietó nuevamente. Ladraba sin parar, en círculos alrededor de la perforación. Fray Moreto ya no intentó hacerlo callar.

—No alcanzo a distinguir —dijo el Ingeniero—, parece una tela trabando la salida.

Fray Moreto se acercó a uno de los árboles de roble, quebró una rama, la limpió y se la pasó al novicio. Luego retrocedió hasta el torno de acero del taladro, donde el piso era más fiable y le permitía tener un poco de altura para ver el orificio.

El novicio Nocalla le pasó la rama a fray Massimo, el Ingeniero, que seguía tumbado cerca del agujero. El Ingeniero se agachó sobre el orificio y casi perdió las gafas. Se acomodó e introdujo la rama, tratando de agarrar la tela cubierta en lodo.

—Está pesado —gritó.

No flotaba. Hundió la rama y la curvó tratando de desatorarla. Retrocedió como picado por una abeja.

—Es una masa suave —dijo asustado. Fray Ingeniero volvió a introducir la rama—. Sostenme fuerte —gritó.

—Eso hago —dijo el novicio Nocalla, halándolo de los tobillos.

Introdujo la rama a un lado golpeando la tierra y aflojando las piedras. En el agua flotó una pequeña cabeza cubierta de lodo. Era un cervatillo. Ahogado.

30

La tarea

Giulia tomó una de las toallas que usaban en el taller de pintura y se secó el pelo lo mejor que pudo. Temblorosa, se colocó el abrigo sobre la ropa mojada. No hacía frío, pero las emociones la habían superado. Buscó su cuaderno que estaba en la clase de… No lo recordaba.

Salió al corredor y vio a la bulliciosa Carina ingresar al salón Pitti: «¡Ah! El Taller de Técnicas de Investigación. Qué ironía». Anhelando compañía, avanzó al fondo de la clase, agarró su cuaderno y se hundió en la silla, detrás de Carina e Ingrid que conversaban animadamente: A pesar de tener personalidades opuestas, ambas chicas compartían departamento y se llevaban bien. El tamborileo de la lluvia se escuchaba dentro del salón y la voz aguda del profesor Sicuret, quien dictaba el taller, le llegaba lejana.

Todavía no lograba recuperarse del susto, sentía que había sido una locura entrar a la oficina de Hugo, y peor salir por la ventana, había tenido mucha suerte de no terminar estampada contra el piso. Además, la tenía descompuesta haber encontrado el óleo en la oficina de Muscatello. Se rindió ante la evidencia de que el director había tenido su cuadro todo este tiempo. También llegó a la conclusión de que Muscatello habría necesitado una segunda persona para manipular el lienzo hasta esa altura. «Pudo haberlo subido con cualquiera del instituto», pensó. Recordó a Lucca, la voz cuando estuvo en la bodega. Nadie parecía conocerlo, incluso ella misma lo había visto en muy pocas ocasiones. Se preguntó si Muscatello también le había mentido sobre él. Lucca había evadido sistemáticamente las preguntas personales, así que no tenía ninguna pista. Lamentó no haber sido más insistente, suspiró frustrada y

dolida. Quería recuperar su óleo, pero si no era cuidadosa, lo podría perder para siempre. Le gustaría preguntarle a Hugo qué hacía el óleo en su bodega, pero esto significaría aceptar que se metió a su oficina. Y si él lo negaba, ¿qué podría hacer ella?

El profesor Sicuret empezó a escribir en la pizarra. Se escuchó el ruido de las carpetas y cuadernos contra las maderas, pero Giulia no intentó tomar apuntes. Consideró el pedirle a Giorgio Bertoldo que la acompañe a la oficina de Hugo como testigo, pero desechó la idea rápidamente: «El fumigador me pidió expresamente que no lo involucre y ya me ha ayudado lo suficiente. Además, cuando termine el trabajo de fumigación no volverá al instituto. No le puedo pedir que intervenga», decidió.

—¿Quedaste con Muscatello? —preguntó Carina a Ingrid. Al escuchar el nombre, Giulia se enderezó en el acto detrás de ellas.

—Sí —contestó Ingrid en un susurro.

—¡En serio! —respondió Carina en un tono más alto de lo debido —. El profesor Sicuret paró la clase, se acomodó el bigote y le dirigió una mirada severa.

—Carina, Ingrid y Giulia: mañana nos hacen una presentación sobre la reducción del problema a nivel empírico —sentenció el profesor Sicuret.

Carina dejó escapar un «¡Ups!», Ingrid hizo una mueca de desdén. «No puede ser —pensó Giulia—, justo ahora».

—En el trabajo —chilló el profesor Sicuret— quiero un buen ejemplo, un problema y una solución. ¿De acuerdo?

Cuando terminó la clase, Carina le pidió a Giulia reunirse para preparar la presentación.

—Vivo cerca de aquí —dijo Giulia—. En el edificio del notario Mancini.

—¿El de la línea rosa? —preguntó Ingrid, uniéndose a la conversación.

—¡Sí! El edificio tiene una línea rosa en la fachada —Giulia pensó en su pequeño ático, con el colchón en el piso y el sofá que ocupaba casi toda la estancia—. Mi piso es el sexto, no tengo mucho espacio, pero nos podemos acomodar; los baños están en el piso inferior.

—Mejor vamos a nuestro departamento —dijo Ingrid.

Giulia se alegró. Hablar con alguien como Ingrid, quien era florentina y se desenvolvía con soltura en un mundo que ella sentía que no alcanzaba a entender, era justo lo que quería hacer. Carina no dejó de criticar a Sicuret en todo el camino y su plática trivial la entretuvo mientras seguía el paso de las chicas entre los adoquines y las calles lluviosas hasta que llegaron a un edificio con ventanas de madera, no muy lejos del instituto. Carina sacudió su camiseta de Mickey Mouse luego de cerrar el paraguas e Ingrid la miró impaciente. Su pulcra chaqueta de cuero no había sufrido ningún percance.

El departamento olía a ropa recién lavada. Fueron directamente a la cocina, un área rectangular con una mesa de madera y cuatro sillas. La refrigeradora de formas antiguas emitía sonidos guturales. Podría haber sido acogedor, pero las repisas y la misma mesa estaban atiborradas de latas, botellas vacías y pacas de fideos.

Ingrid se retiró la chaqueta, hizo espacio en la mesa y colocó láminas de cartulina con varios lápices.

—Ingrid —preguntó Giulia—, ¿conoces a Lucca?

—¿A quién?

—Olvídalo —contestó Giulia—. Empecemos con el trabajo de Sicuret.

—Vamos primero con la definición. ¿Qué *cazzo* significa la reducción del problema a nivel empírico? —preguntó Ingrid.

—Aquí tengo algo —contestó Carina, revisando sus notas del cuaderno de espiral—. Dice: «Llevar problemas y determinar cómo afecta».

Ingrid escribió: «Se trata de presentar el problema en lo cotidiano y determinar cómo influye positiva o negativamente al individuo y la sociedad».

Giulia no podía concentrarse y sus aportaciones fueron escasas. Carina, en cambio, sacó de sus notas una gran cantidad de información sin filtrar su relevancia.

Ingrid, seca en expresiones y con el oído atento, desarrollaba el tema con agilidad. Parecía despreocupada con lo que escribía, pero lo hacía tan bien, que Giulia sospechó que le importaba el resultado del trabajo más de lo que ella quería admitir.

Luego de unos cuarenta y cinco minutos la presentación sobre «La reducción del problema a nivel empírico» estaba lista.

Carina fue al refrigerador y sacó un envase. La pasta hidratada se distinguía en la transparencia del plástico.

—¿Quieres espagueti al *pomodoro*? —se dirigió a Giulia. Era claro que Ingrid no iba a comer. Carina vació los fideos cocinados sobre un plato plano y estos no perdieron la forma cuadriculada del envase original. Giulia tenía hambre, pero al ver los fideos sobre el plato, de un color amarillento pálido como el pelo ensortijado de Carina, se preguntó cuánto tiempo llevaban cocinados en el refrigerador.

—No, muchas gracias —contestó.

Carina se alzó de hombros y sacó una salsa enlatada de la refrigeradora que parecía tener más tiempo aún que los fideos, luego metió todo al horno microondas.

—Ingrid, ¿tú sabes qué pasa con las pinturas que hacemos en el instituto?

—Yo reutilizo los lienzos, pero la mayoría reutiliza solo los bastidores.

—¿Y las venden? —preguntó Giulia.

—No, quizás a algún turista. Debe ser de un tamaño fácil de empacar y sobre lugares emblemáticos como el Ponte Vecchio o la Fuente de Neptuno. Hay miles por las calles, no sabría decir si te permite pagar las cuentas. Pensé que ya habías conseguido un trabajo.

—Sí, conseguí en el instituto, en el turno de la mezcla de pinturas. ¿A Hugo le podrían interesar nuestros óleos?

—No, que va. Para nada.

Ingrid se acercó al refrigerador y sacó tres cervezas. Las puso sobre la mesa, una en cada puesto. Luego se sentó y en un movimiento rápido contra el filo de la mesa sacó la tapa de la cerveza.

Giulia, frente a ella tomó también su cerveza, acomodó la botella contra el filo de la mesa como lo había hecho Ingrid, y luego de varios intentos logró abrirla.

—Ahora sí —dijo Ingrid—. ¿Qué son todas estas preguntas?

Giulia la miró asombrada.

—Siempre he sido intuitiva, Giulia.

—Es que… —Giulia tomó la cerveza, estaba fría y le llegó al estómago—, es sobre mi cuadro. —Giulia escuchó una voz de alarma en su cabeza, pero poder hablar directamente sobre el óleo le representó tal alivio que decidió no prestarle atención.

—¡Bah! —dijo Carina desde la cocina—. Pensé que ya habíamos dado por terminado el asunto y que ya estabas pintando otro.

Ingrid se mojó los labios con la cerveza.

—¿Qué pasa con tu cuadro? —preguntó Ingrid con la mirada fija en el líquido de la botella.

Carina abrió la puerta del horno.

—Lo encontré en la oficina de Hugo —soltó Giulia.

—¿En el desván? ¿Estás segura de que era tu óleo? —Ingrid tomó un trago de la cerveza—. ¿Cómo entraste?

Giulia se percató inmediatamente de que Ingrid conocía sobre la bodega. Ella no había mencionado el acceso del techo, diseñado para que nadie supiera de su existencia.

—Te digo que estaba allí.

—Qué tonterías hablas. Solo que el bruto del conserje lo haya colocado por error allí. —Ingrid sacudió la mano como quien espanta una mosca.

—¿Qué bodega? —preguntó Carina.

—¿Quizás quería enviar mi cuadro a Milán o algo así? —insistió Giulia.

—Giulia —Ingrid sorbió un poco de la cerveza—: en serio te pasas de ingenua. Quítate de la cabeza que te quiere ayudar solo porque alabó tu cuadro. —Abrió la cerveza que Carina no había tocado y se la extendió a Giulia—. ¿Cómo entraste a su oficina?

—Fue sin querer —titubeó Giulia—, estaba buscando a Masseo, y no lo encontraba, y…

—¿Masseo? —Carina sacó el plato caliente del microondas y se sentó al lado de Giulia.

—Mi obra —le aclaró Giulia.

—Si ya encontraste tu cuadro no veo cuál es el problema. —Carina sostuvo el tenedor en alto.

—Está en un lugar de difícil acceso. Mi problema es quién lo puso allí. El cuadro no caminó solo.

—¡Ah! —Carina enterró el tenedor en los fideos removiendo la salsa—. ¿A ti te contó algo, Ingrid, cuando saliste con Hugo la otra noche?

Giulia no pudo ocultar su cara de asombro.

Ingrid se removió incómoda en la silla y contestó con rapidez.

—El año pasado Hugo negoció con un *broker* que le hizo ganar mucho dinero en el mercado estadounidense. Tiene un envío esta semana, un vuelo directo a Nueva York.

—¡Yo vi ese reportaje! En la revista del Corso —dijo Carina—. Hugo Muscatello es el mejor director que pudimos encontrar. Todos los que han pasado por el instituto siempre comentan cómo él encuentra espacio para exhibir las obras y venderlas.

—Vender obras de arte es muy complicado y él lo logra —contestó Ingrid con un destello en la mirada—. Créanme, no está interesado en cuadros de estudiantes, y quien esté husmeando en su oficina se va a meter en problemas. He visto cómo lo miras. —Ingrid titubeó, jugando con la botella—. ¿Él te enseñó su bodega?

Giulia bajó la mirada, se sintió avergonzada frente a la insinuación. Es cierto que Muscatello le parecía atractivo, ¿cómo lo supo Ingrid? ¿Tan obvia era ella?

—No, de ninguna manera. Él no sabe que estuve allí.

—Si de intereses se trata —dijo Carina mientras enredaba en el tenedor el espagueti—, en quien deberías fijarte es en Manolo. ¿Has visto cómo se le forma el brazo cuando dibuja?

—¿Manolo? Lo quiero como un hermano —exclamó Giulia, y al ver la expresión tensa de Carina entendió que su pregunta no era casual. Ingrid puso los ojos en blanco.

—Se va a calentar tu cerveza.

A Giulia no le gustaba la cerveza, pero no quería hacerle un desaire a Ingrid, y se tomó la segunda rápidamente, antes de que se calentase. Tenía el estómago vacío y el alcohol la volvió más elocuente.

—No tengo nada personal con Hugo Muscatello y voy a volver a entrar —dijo—. No le voy a dejar mi cuadro. ¿Sabes que perdería la

oportunidad de aplicar a Milán si no presento la obra?

—Una entrada furtiva —dijo Carina—. Nos vestimos de negro y nos metemos en la oficina de Muscatello.

—Estás confundida, es imposible que tu cuadro esté allí. Te recomiendo que lo dejes ir —contestó Ingrid. Algo en medio de toda la conversación le había molestado, y a pesar de la cerveza, Giulia lo notó.

—Creo que mejor me voy —dijo. Mientras se paraba, se sintió un poco mareada—. Les agradezco.

Ingrid se quedó sentada en la silla del comedor, con las tres cervezas vacías sobre la mesa. Giulia vio con preocupación cómo endurecía su mirada clavada en el diagrama de flujo que acababa de elaborar.

Carina la acompañó a la puerta.

—O sea, ¿nada con Manolo? —preguntó.

—No —le contestó Giulia, sin poder evitar que las burbujas de la cerveza le arrancaran una risa—, pero Manolo suele preguntar por ti, Carina.

—¿En serio? Entonces, ¿por qué siempre me hace rabiar? —Golpeó el zapato contra el piso y se cruzó de brazos.

31

Ingrid

Hugo soltó la taza de porcelana blanca de su cuarto café de la mañana y se quedó inmóvil por segundos observando el fondo manchado. La lluvia lo irritaba tremendamente. También el calor. «Este año el verano será húmedo y bochornoso», había escuchado en las noticias. Se levantó de su silla con brusquedad, la taza cayó al suelo y se rompió en pedazos.

—¡Diablos! —Pasó por encima de los trozos de cerámica y cerró la oficina de un portazo.

Regresó a su silla, pero los pedazos de la taza en el piso le molestaban. Finalmente se levantó y los envió a la papelera. Luego, tomó las tijeras de podar y se concentró en el bonsái. Eso lo calmó.

Tocaron a la puerta.

—¡Adelante! —contestó Hugo con voz hastiada.

Era Ingrid, quien lo había llamado ayer y ahora se había escabullido en su oficina. Avanzó en un movimiento de caderas hasta apoyarse en el escritorio.

—Hola, Hugo. ¿Está mala la hoja del árbol? —preguntó al observar que Hugo no soltaba una de ellas.

Hugo partió la hoja y la estrujó con la mano. Se acercó a la papelera, a los pies de Ingrid, y dejó caer la hoja amarillenta. Solo después de eso la miró: la camiseta sin mangas pegada a su cuerpo de leopardo. El cuello largo, el rojo oscuro de la boca que resaltaba el cutis blanco y el pelo corto y negro. El *piercing* plata tenía un tono frío como su mirada.

—Ingrid—le dijo en tono inflexible—, no es buen momento.

—Es verdad, aquí apesta —contestó, desenfadadamente.

—No te has quejado de mis oficinas antes —dijo Hugo.

—No es la oficina —dijo alzando los hombros en un gesto que le restaba importancia—; todo el instituto huele a insecticida, no hay mucha diferencia.

—Como quieras.

—Mi óleo está terminado —dijo Ingrid alargando la mano y jugando con la corbata de Hugo—. ¿Hubo algún interesado?

—No aún. Mándalo a Milán. Sigue con el concurso.

Ingrid soltó la corbata de Hugo y palideció.

—Tengo que decirte algo. Te preguntarás cuál es la urgencia.

—Así es —contestó Hugo tamborileando con fuerza sobre el escritorio—. Tengo una agenda ocupada y no me gusta que me impongan citas.

—¿Tienes el óleo de Giulia Febres?

—¿Y por qué lo tendría? —contestó Hugo —. Además, no es de tu incumbencia y no me interesan los óleos de Febres ni de ningún otro.

—Solo te aviso, ella lo sabe.

Hugo la miró fijamente y se acercó a ella. Le costaba creer que la inocentona de Giulia supiera algo. Sin embargo, Ingrid era otro asunto.

—¿Qué hiciste?

—Yo, nada —contestó Ingrid sin mirarlo.

—Habla ya. No pierdo el tiempo y no me gusta que otros me lo hagan perder.

—Vine por ti. ¿No te das cuenta? Estoy de tu lado —contestó Ingrid.

—¿Entonces? Vienes con el cuento sobre la pintura de tu amiga.

—¡No es mi amiga y no es ningún cuento! Ella me contó que tú tienes el óleo.

—¿Estás segura de que fue ella quien te lo contó? —Hugo se colocó delante de ella. Eran casi de la misma estatura, pero Ingrid estaba apoyada en la mesa y él la miró hacia abajo.

—¿Quizás eres tú la que está jugando? —preguntó Hugo con voz ronca. Acarició la muñeca de Ingrid y la empuñó apretándola contra el mueble. Luego, con la misma calma, recorrió el cuello, acercándose al *piercing* de la oreja.

—¿Qué te contó? —insistió Hugo, jugando con el arete de argolla de Ingrid.

—Me contó cómo subió a tu bodega —contestó Ingrid. Su tono cortante le hizo saber que había logrado fastidiarla con la inmovilidad que le suponía el juego del *piercing*.

—Ingrid, ¿cómo ella podría saber que existe una bodega en mi oficina?

Hugo soltó el *piercing* y le apretó con fuerza la muñeca, sosteniéndola de frente. No le había gustado que Ingrid descubriera lo de la bodega. Era demasiado observadora.

—¿Qué más dices que sabe?

Ingrid abrió la boca en una mueca de dolor.

—Planea llevarse el óleo.

—Fuera de aquí —rugió Hugo.

Ingrid se soltó agitando la muñeca y salió de la oficina.

Hugo la vio partir: para él, esa actuación era llevada por celos. ¡Bien que conocía él a las mujeres! Pero le inquietó que le diera tantos detalles.

—No hagas ninguna tontería —dijo en voz alta.

Irritado, abrió con brusquedad el resto de las solicitudes de intercambio de plazas hacia Milán, que aún estaban en su escritorio. Eran dieciséis solicitudes, incluyendo la de Ingrid y Giulia. Hugo abrió el sobre. Se fijó en la foto carnet de la chica, el pelo cobrizo, los ojos confiados.

Tomó la solicitud de Giulia y la rompió despacio y en perfectos cuadrados.

32

El óleo

Giorgio Bertoldo dejó la escalera de aluminio en el recibidor y decidió esperar por Hugo Muscatello en la tienda de materiales de Donna. La tormenta había cesado desde el día anterior y se respiraba un aire nuevo, con olor a insecticida y humedad. A través del vidrio de la tienda observó al conserje, Vicenzo Gatti, recoger con los paños los últimos vestigios de la lluvia y a un par de alumnas tropezar descuidadamente en el recibidor. Lo cierto es que el instituto lucía ajetreado. Luego de la pausa por la fumigación, tanto profesores como estudiantes parecían recargados.

En la tienda, Donna, extasiada, movía sus uñas fucsias y sus manos parecían desbaratar un telar: no podía creer que, al fin después de tantos años, no existían los apestosos murciélagos. Giorgio, complacido con la buena acogida de Donna, la escuchaba distante, pues sus pensamientos estaban más atentos al pago pendiente por el trabajo de la fumigación.

Eran cerca de las diez de la mañana cuando Hugo Muscatello entró a la tienda de materiales. Vestía un traje gris y una corbata, y zapatos negros de cuero. Saludó alegremente a ambos y le puso la mano en la espalda, en un gesto de complicidad.

A Giorgio le incomodó el contacto. Muscatello lo envolvió en la conversación y Giorgio, inicialmente desconcertado ante el derroche de carisma y simpatía de Hugo, se encontró sorpresivamente a gusto en compañía de ambos.

—Donna, ya le indicaste sobre el descuento —dijo Hugo, aún con la mano en la espalda de Giorgio.

—No hemos tenido tiempo —se adelantó Giorgio, liberándose del contacto—; tampoco le había avisado del cargo extra.

—¿Y por qué un cargo extra? —contestó Muscatello frunciendo el ceño.

—¡Por el kilo de murciélagos! —contestó Giorgio.

Hugo lo observó sopesando la situación y finalmente soltó una estruendosa carcajada.

—¡Donna, has contratado al fumigador con los servicios más caros de todo Firenze!

—¡Pero, Hugo! —protestó Donna— ¡Es el mejor! No hay ni un solo murciélago.

—Este instituto también es lo mejor que hay en todo Firenze —dijo Giorgio con la mano en el gorro—, así que quedamos a mano.

Giorgio no había olvidado el comportamiento hostil que había tenido Muscatello con él días atrás, así que explicó con cautela el mantenimiento y la garantía del trabajo. Fue entonces cuando vio llegar a Giulia a través del vidrio. Vestía una camiseta blanca enguantada al cuerpo juvenil y un pañuelo rojo entrenzado en el cabello. Tropezó con la escalera que él había dejado en el recibidor y cruzaron miradas a través del vidrio.

Giorgio hizo un movimiento mudo con los labios que significaba «Ahora».

Giulia abrió desproporcionadamente los ojos. Hugo y Donna estaban de espaldas a la puerta, solo Giorgio la vio tomar su escalera de aluminio y subir con ella por las escalinatas de piedra.

—Solo advierto —dijo Muscatello, entregándole la paga—: si veo un solo murciélago, te tocará ir al techo de espantapájaros.

Donna lanzó una alegre carcajada y Giorgio lo miró receloso. Luego, Giorgio se dio su tiempo y contó uno a uno los billetes y los depositó sobre el escritorio.

—Otra forma de eliminar algún murciélago faltante es el tiro al blanco. Me han comentado que usted es muy bueno con las armas.

—Así es —contestó Hugo—, soy campeón nacional de tiro al blanco. Soy bueno en lo que hago.

Giorgio recordó los trofeos de la oficina de Hugo.

—Nuestro Hugo es un campeón. ¡Pero no podemos disparar a los murciélagos! —contestó Donna, horrorizada.

—Tranquila —la calmó Giorgio—, por ahora no hay murciélagos

en el instituto. Son animales inteligentes y migrarán al bosque. El teatro Ornello va a estrenar una nueva obra en estos días y me han contratado para asegurarse de que los murciélagos sigan su camino y no se instalen en el teatro. Me podrán encontrar esta semana allí si requieren algún servicio —dijo Giorgio.

El hombre extendió la conversación hasta que vio bajar a Giulia, que cargaba la escalera de aluminio con su brazo derecho y se tropezaba con ella al avanzar. Bajaba los escalones de uno en uno, a buen ritmo, sin que nadie le prestara atención. Con la mano izquierda sujetaba un tubo largo y grueso de cartón. Cruzaron miradas y Giulia señaló el tubo con una sonrisa tensa.

Giorgio se despidió dejando a Hugo y Donna en la tienda de materiales. Ya en el recibidor, una pareja de estudiantes se cruzó con ellos y luego Giorgio le ayudó con la escalera. Salió detrás de ella del instituto, determinado a cubrirle la espalda de la mirada de Muscatello, de Donna, de cualquier estudiante.

En silencio dieron la vuelta en Piazza de la Signoria, giraron por la Fuente de Neptuno y solo bajaron la velocidad al llegar a un edificio con una línea rosa pintada en su fachada. Giulia ingresó al amplio vestíbulo del edificio y al fin se detuvo.

—Supongo que recuperaste tu pintura de la bodega de Muscatello y la llevas bajo el brazo.

—Supones bien —contestó Giulia con voz temblorosa.

—No pensé que te atreverías a entrar a la oficina de Muscatello nuevamente —soltó Giorgio.

—¡Yo tampoco! Pero heme aquí. —Giulia abrazó el tubo.

—¿Alguien más lo sabe?

—¿Que tomé el óleo? No exactamente —contestó Giulia, desviando la mirada.

Giorgio la tomó del brazo con suavidad, obligándola a mirarlo.

—Tienes que regresar al instituto y seguir con normalidad las clases.

—Sí, lo había pensado —contestó Giulia—. Llamaría la atención que empiece a faltar a clases.

Giorgio asintió y la soltó del brazo.

—Solo tengo una curiosidad.

—¿Cuál? —preguntó Giulia.

—Me gustaría ver tu cuadro.

—¡Claro! ¿Me podrías ayudar? —Giulia sacó la tapa y le mostró la primera parte del lienzo a Giorgio.

—Te ayudo con cualquier cosa que necesites. —Giorgio desvió su gorra hacia atrás sorprendido de su atropellada respuesta.

Extendieron el óleo que ocupó todo el espacio del vestíbulo. Era un retrato impresionante. Parecía una fotografía. Giulia también observó el óleo al detalle, y de repente se puso pálida. Se agachó sobre el lienzo y pasó la mano sobre una marca. Al principio Giorgio pensó que era parte de la pintura: al lado de la oreja derecha del retrato, la puerta rojiza que hacía de fondo tenía una gran hendidura vertical con vetas que parecían astillas.

—Es un riesgo transportar el óleo enrollado ya que la pintura demora semanas en secar y podía haberse arruinado cualquiera de sus partes, sin embargo, esta pintura está totalmente seca hoy. —Giulia se incorporó—. El arañazo tiene textura. Debe de haberse formado hace unos días, cuando subieron el cuadro a la oficina de Hugo.

—Parece parte de la puerta. —Giorgio no sabía muy bien qué decir, solo conocía sobre pinturas de caucho.

—Debo arreglarlo, es la puerta de un hotel. No puede estar astillada —dijo con preocupación.

Giorgio ayudó a Giulia a enrollar el óleo. Giulia lo miró a los ojos e hizo una leve reverencia con la cabeza en señal de agradecimiento. Aunque el movimiento externo fue casi imperceptible, aquel gesto le caló en el alma como ningún otro que él recordara. Giorgio sonrió y acompañó su breve reverencia. Así se despidieron. El color rojo del pañuelo de la chica le recordó la Navidad. La observó abrazada de aquel tubo que contenía su preciado lienzo. Como solía ocurrir en las limpiezas, tuvo la sensación de que había fumigado algo más que murciélagos. Giorgio agarró su escalera y se marchó del edificio silbando una canción de triunfo.

33

En el parqueo

EL TALLER DE ARTE ABSTRACTO había sido intenso. Giulia tomó por enésima vez el compás, parpadeó varias veces evitando la sequedad en los ojos y trazó círculos entre líneas geométricas. El compás tenía la punta ligeramente doblada e hizo un movimiento irregular con el trazo. Finalmente dejó el lápiz a un lado y se irguió frente a la lámina. No podía concentrarse. Estaba nuevamente pensando en el calendario: un día menos. Pensaba en la reacción de Hugo Muscatello cuando cayera en cuenta que faltaba el óleo; pensaba en Milán; pensaba que ya no tenía ahorros para pagar el ático si salía del trabajo de la máquina dispensadora. Pensaba que tendría que regresar a la isla de Apalagos, donde su tía, y trabajar en las minas.

Sintió ganas de llorar cuando un dedo sobre su cara la hizo saltar hacia atrás.

—¡No te asustes! —anunció Manolo—. ¿Tan feo soy?

—Solo me tomaste desprevenida —Giulia se enderezó con la nariz en alto.

—Está bien —contestó él, quien parecía divertido después de casi haberle producido un paro cardíaco—. ¿Quisieras ir al teatro? Hoy estrenan *Anatomia di un omicidio*.

—¡Oh, no! Créeme, eso del homicidio es lo último que quiero ver.

—Tengo hambre… ¿Quisieras ir a comer? —preguntó Manolo.

—Recién son las cuatro. ¿En serio ya tienes hambre? —preguntó Giulia.

—Un poco —contestó, llevando la mano al estómago—. Seguro que ya han abierto la pizzería.

—Yo los acompaño —gritó Carina, moviendo alegremente su

melena revuelta.

—¡Al fin! —contestó Manolo, tomando a Carina por la mano—. Alguien que sabe comer en este lugar.

—¡Vamos ahora! —dijo Giulia —. Tengo una última clase con Monti en una hora.

Se despidió de Carina y Manolo en la pizzería, luego regresó al instituto para tomar su última clase y completar los pedidos de la máquina dispensadora.

Eran más de las diez de la noche cuando salió por la puerta lateral del instituto. Llevaba en su bolso de tela el último litro de rojo cadmio. El bote estaba casi vacío, pero ella esperaba que la cantidad fuera suficiente para reparar la pintura raspada en el óleo.

Tuvo cuidado de revisar las paredes y el piso, puesto que habían encontrado un par de murciélagos muertos en el parqueo y no quería pisar o que le cayera encima alguno.

Era una noche fría, el farol alumbraba débilmente el pavimento y los capós de los coches. Giulia pensó que parecían tumbas dormidas. El aparcamiento que compartían el instituto y el teatro estaba lleno debido al estreno de la obra. Reconoció el auto negro de Hugo, de bordes y formas cuadriculadas. Sus dimensiones eran superiores a los pequeños automóviles que se usaban en Florencia. Sintió una tensión en el cuello y, antes de decidirse a atravesar el aparcamiento, abrazó el bolso de tela que tenía el pomo con la preciada pintura roja, manteniéndolo firme contra el cuerpo. En el fondo del parqueadero estaba el arco hacia la calle. Avanzó unos cuantos pasos y distinguió debajo del árbol de avellano una sombra sentada en el banco de fierro de los Novios. Era Hugo. Ligeramente encorvado hacia delante, llevaba el saco abierto y se distinguía el chaleco interior del traje.

—Giulia. Ven. Siéntate —dijo Hugo. La palma de la mano golpeó sobre la banca y el sonido vibró en eco.

Giulia caminó despacio, una ramita seca crujió bajo sus pies. La salida hacia la calle estaba a tan solo unos pasos, que en ese momento parecían infranqueables.

—¿Qué haces a esta hora en el instituto? —preguntó Hugo—. Las clases terminaron hace algún tiempo y ya no queda nadie, ni

siquiera Vicenzo.

—¿La hora? —repitió confusa—. Se me hizo tarde por los pedidos de la máquina dispensadora.

—Siéntate —dijo secamente Hugo. La palabra se condensó en un humo visible en el frío.

Giulia se sentó y sintió el fierro frío de la banca en las piernas. No apoyó la espalda. Después de un silencio incómodo, observó de reojo el cuerpo rígido del director: una mirada perdida surcaba su rostro blanquinoso, partido por un mechón de pelo oscuro, en una expresión que ella interpretó como iracunda.

Se quedaron sentados mirando el parqueo y la solitaria luz del farol. Giulia sintió su garganta seca y tragó con dificultad. Anheló que el director, como en algunas ocasiones le había visto hacer, diera una explicación sobre los matices del negro, iluminados por el farol o sobre el material que usaría para reproducir el metálico brillo del auto. Hugo permanecía con la mirada perdida y oscura. Esa noche no era la del hombre zalamero que ella conocía, al que le brillaban los ojos con sus pinturas. No soportó el silencio y las palabras le salieron atropelladas. Empezó a hablar sobre los tonos que ella usaría para el color metálico del auto. El director permaneció callado y no la interrumpió con correcciones como solía hacerlo cuando escuchaba a alguien hablar de arte.

—¿Sabes, Giulia, por qué nadie se mete conmigo?

Hugo le hablaba con un tono autoritario, y ella comprendió que había cometido un error al sentarse allí. Apretó el bote de pintura entre sus manos.

—No —acertó a decir con voz trémula, y luego, como reflexionando, añadió: —Usted es el director.

Hugo creció en el asiento, sus brazos se encorvaron como tomando fuerza, y el abrigo formó ángulos rectos sobre los hombros.

—Nadie se mete conmigo porque yo no los dejo. —Su tono era agarrado, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo—. ¿Crees que puedes entrar a mi oficina y a mi bodega? ¿Abrir mi puerta y husmear en mis cosas?

—¡Era mi cuadro! —gritó ella en un repentino impulso—. ¿Por qué lo había tomado?

Ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar cuando sintió el golpe en la cara. Fue tan violento que su cuerpo siguió la inercia y rebotó contra la banca de hierro, haciéndole perder el equilibrio. La banca sonó estrepitosamente debido a la sacudida del metal contra el bote de pintura que ella llevaba entre las manos. Se sostuvo con la mirada en el piso mientras sentía el latir en la cara y el sabor a sangre en la boca.

La bolsa y el bote cayeron debajo de la banca. La tapa de la pintura se abrió, esparciendo el líquido oscuro. La pintura rodó en cámara lenta hasta que se detuvo en la tierra blanda, que la absorbió con la misma carencia, justo al lado del zapato recién lustrado de Hugo.

El hombre se agachó, le cogió con fuerza la mano y la retorció. Giulia escuchó un sonido, como el de una caña seca al romperse y luego un dolor intenso. Se retorció mientras mil agujas le cortaron la respiración y él habla.

—No creo que te aceptaran en Milán con la mano rota —le dijo al oído.

Las puertas del teatro se abrieron de golpe y los zapatos taconearon sobre el pavimento, una mujer joven buscó abrigo bajo el hombro de su acompañante. El público, aún exaltado por la obra, se dispersó en grupos hacia la calle y hacia la zona de parqueos.

Hugo haló a Giulia para que se levantara del piso. La sostuvo del brazo y ella, paralizada por el dolor, permaneció quieta a su lado. Un señor de pelo blanco y leva que salía del teatro se acercó a Hugo y le extendió la mano.

—¡Hugo! Un placer encontrarte aquí. —Su voz era alta y se sumó al ruido de la multitud—. ¡Exquisita la representación!

Muscatello respondió con un apretón de mano, sosteniendo a Giulia con la otra.

—¡Qué voz del tenor! —insistió el hombre de pelo blanco.

—No he tenido el placer de asistir a la pieza aún —explicó Hugo —. Tengo una invitación privada para mañana.

—Ah… Me enteré sobre una invitación privada para las autoridades de Firenze. —El hombre de pelo blanco puso su mano en la frente—. Pero qué mal que los hayan invitado luego del

estreno. ¿No cree?

Giulia aprovechó para soltarse en un movimiento brusco y firme. Corrió con la cabeza baja entre la multitud de personas que salían del teatro mientas sentía la mirada de Hugo clavada en la espalda.

Caminó sin rumbo sosteniendo su mano y temiendo que la siguiera. Le latía la cara, pero el dolor de la mano la tenía sin aliento. Dobló varias veces por las calles. Estaba oscuro. Llegó a un callejón sin salida. Reconoció que se había perdido entre las callejuelas, pero no quería regresar al instituto para ubicar el camino así que siguió avanzando precipitadamente en busca de una calle principal. Entre el laberinto de edificaciones, caminó sin rumbo por más de una hora, hasta que se topó con el símbolo blanco con la cruz roja que simbolizaba emergencias: era la entrada lateral de un hospital. Pidió ayuda con la mano apretada contra el cuerpo. La sentaron en una silla hasta que apareció un doctor en una bata verde y con la nariz caída que le recordó a una tortuga. Sentía la piel de la mano estirada por la hinchazón y el dolor parecía partirla en dos.

—¿Qué te pasó?

Lo que pasó es que le había atacado Muscatello. Recordó el golpe en la cara, la última porción de rojo cadmio avanzando con dificultad entre los arbustos antes de ser absorbida por la tierra. Y luego… No quiso gritar cuando le torció la mano, pero lo había hecho.

Giulia cerró los ojos y se negó a contestar.

—Pasarás aquí la noche. ¿Quieres que llamemos a alguien?

—¿Me puede dar algo para el dolor?

A pesar del esfuerzo que hizo, las lágrimas se le desbordaron como si una gran explosión hubiera partido en dos una presa de agua.

—Tienes una contusión. —El doctor tomó con una mano la cabeza de Giulia y le abrió el párpado—. Y marcas de un accidente anterior en la cabeza. ¿Sufres de alguna enfermedad mental como alucinaciones? —preguntó.

—¿Alucinaciones? —repitió Giulia.

—Necesito tu historial.

Recordó a Lucca y una nueva idea se abrió en su mente, una

idea que la descalabró con más fuerza que el golpe de Hugo: ¿habrá sido una alucinación la noche que pintó a Masseo, después de verlo barriendo bajo el farol? Quizás no exista Lucca. La frente y el cuello se le empaparon y sintió ganas de vomitar.

Recordó al «Loquito», que siempre estaba frente a su escuela en Apalagos. Loquito era un hombre que dirigía el tráfico. Era delgado, de piel callosa y sucia. Cuando ella llegaba al colegio él ya estaba en la calle, y cuando se iba del colegio, en medio del sol o de la lluvia, seguía haciendo señas. Dirigía el tráfico en una calle donde no pasaban vehículos. Solo él podía ver los vehículos que dirigía. Siempre le temió a ese hombre y a sus fantasmas. Después de todo, pensó, pareciera que solo ella había visto a Lucca. Quizás tenía alguna enfermedad mental. La voz del doctor se le hizo lejana y se negó a contestar sus preguntas. Se apretó en un ovillo temblando de frío sobre la delgada tela que cubría el colchón de caucho. Le tomaron una radiografía y la vendaron, luego se desplomó sobre la camilla.

34

El hospital

DESPERTÓ SOBRE LA MISMA CAMILLA metálica en un oscuro cubículo individual. La mano, apretada en una venda elástica, se negaba a responderle. Una luz tenue se filtraba por la puerta entreabierta y un murmullo ocasional llegaba desde el pasillo. Tenía un sabor a hierro en la boca. La cabeza le daba vueltas y se sentía vulnerable y confusa; a pesar del frío, empezó a sudar. Le raspaba la espalda el colchón plástico y el dolor de la muñeca le pinchaba por el antebrazo hasta el hombro. Cerró los ojos y se colocó boca arriba, buscando descansar la extremidad.

—Tengo frío —murmuró en voz baja.

Sintió una colcha gruesa sobre el cuerpo. Abrió los ojos. La luz era escasa y solo alcanzó a distinguir una figura.

—¿Es el doctor? —preguntó Giulia.

—No —contestó una voz masculina.

Su tamaño y formas pausadas la inquietaron.

—¿Quién es usted? ¿Viene de parte de Hugo?

—Definitivamente no.

Entonces lo reconoció. Se incorporó de un golpe de adrenalina en la cama, olvidándose de cualquier dolor.

—Lucca, ¿en serio eres tú? ¿Cómo me encontraste? Ni siquiera yo sé dónde queda este hospital. Ah, ya lo descubrí. Eres una alucinación. El doctor cree que tengo una enfermedad mental.

—El doctor está en un error. —Lucca permaneció al lado de la camilla. En la penumbra no podía distinguir sus facciones.

—Espero que tengas razón.

—La tengo.

—Quisiera preguntarte algo —Giulia titubeo—: ¿conocías la

bodega donde Hugo escondía el lienzo de Masseo?

Silencio.

—¿Sabías que él había tomado el óleo? —Otra vez silencio. Parecía una montaña impenetrable—. ¿Hubieras podido impedir que Hugo me lastime? —Giulia casi lo gritó.

—Ishsha —murmuró Lucca.

Giulia se ablandó al notar su tono dolido; por primera vez desde que lo conocía su voz sonaba triste. Dio un suspiro.

—¿Por qué pasó esto?

—Para qué, Ishsha. Eso es lo que debes preguntar.

—¿Para qué? —repitió Giulia sin comprender. Trató de acomodarse en la camilla, pero el dolor de la mano le cortó el aire—. Pues ya no importa. El lienzo se raspó, no lo puedo reparar sin la pintura original.

Recordó cómo había perdido el último litro de rojo cadmio, absorbido por la tierra hasta desaparecer frente al zapato de Hugo. Una vez que la pintura termine de secarse, no sería posible igualar el tono. Pero había mentido, sí le importaba el lienzo. Y el óleo, en su departamento, era fácil de encontrar para Hugo.

—¿Las traducciones de los escritos de Masseo están en la abadía de Roble?

—Todas ellas.

—¿Es lejos? —preguntó Giulia.

—Queda en el bosque de Roble —contestó Lucca—. Hacen buen pan allí.

—¿Pan? —preguntó, desconcertada.

—Son dos horas al este. —Lucca, en la penumbra, parecía muy alto.

—¿Puedes leer mi mente, saber lo que pienso? —preguntó Giulia.

—No, no puedo.

—El óleo estaría más seguro en la abadía, pero mi mano está rota, o doblada, o algo parecido.

—Ishsha, ¿quieres ir a la abadía?

—Aunque quisiera no creo que pueda, cargando el óleo dos horas al este.

Estaba cansada, quería recostarse.

—Me gustaría que se cure la mano —y expresó su mayor temor —, quizás no pueda dibujar.

Con una suavidad que ella nunca había experimentado sintió cómo le retiraba la venda pausadamente; la piel le picaba. Le rodeó la muñeca, dejándola que descansara con la palma hacia arriba. Giulia sintió un calor en la mano, que se extendió hasta sus dedos, muñeca y antebrazo. Sintió todo el cuerpo caliente, como afiebrado. Luego se sintió ligera, como si ella fuera agua que hervía hasta alzarse como vapor.

—Ahora puedes dibujar. —Su voz grave atravesó la oscuridad, en lo que parecía una afirmación más que una pregunta.

—Sí, estoy mejor. —Si Lucca era un personaje de su imaginación, pensó, ¡qué bien que sentía tenerlo cerca! Le hubiera gustado tener un poco más de luz poder distinguirlo con claridad. Se le cerraban los ojos del sueño, acomodó la almohada y se recostó.

—¿Eres una alucinación?

—No, Ishsha.

Despertó con el ruido del turno de enfermería. Lucca seguía a su lado. Una enfermera de labios fruncidos había prendido la luz y estaba parada frente a ellos.

—¿Quisiera algo de tomar?

Giulia iba a contestar cuando cayó en cuenta que no se dirigía a ella. Lucca negó con la cabeza.

—Hay café en el pasillo —insistió con una sonrisa—. Yo estaré afuera.

La enfermera salió por la puerta.

—¿Todos pueden verte? —preguntó Giulia, aliviada de no tener una de esas enfermedades mentales—. Y ¿por qué te ofrece café?

Lucca la miró sin responder, pareció divertido con el repentino malhumor de Giulia.

—Ishsha, ¿por qué no me ofrecerían café?

Giulia se puso la almohada en la cara y entró de nuevo en un profundo sueño.

—Levántese.

La orden pronunciada con aspereza levantó a Giulia desde un

sueño tan profundo que sintió que viajaba en espiral hacia la realidad. Se incorporó sobre la cama metálica, que chirrió protestando, abrió los ojos con dificultad y se topó con el doctor cara de tortuga. La enfermera de labios fruncidos y zapatos blancos sostenía una bandeja metálica con instrumentos.

—¿Me recuerda? —El doctor sujetó la cabeza de Giulia y abrió el párpado golpeado.

—Sí, claro. —Enojada por la brusquedad del movimiento, se apartó del hombre.

El médico tomó su muñeca y la movió de un lado al otro. Luego pidió las radiografías a la enfermera que estaba a su lado y las alzó contra la luz.

—Parece que cometieron un error en el departamento de imágenes —dijo, enojado—. Esta radiografía muestra la articulación dislocada y su muñeca está tan sana y fuerte como la de un boxeador.

La enfermera puso a un lado la bandeja y revisó la documentación. Giulia movió los dedos de la mano.

—Se siente bien. —Recordó la extraordinaria suavidad con la que Lucca le había acomodado la muñeca—. Y no se equivocaron en el departamento de imágenes —afirmó Giulia.

El doctor la miró con una expresión cansina. Fue con esa misma mano con la que Giulia firmó el papel verdoso que decía «Alta voluntaria» en tres copias.

—Entregue el documento en la salida —le dijo la enfermera mientras le cortaba la banda plástica de la muñeca.

—¿Tomaron café? —preguntó Giulia, refiriéndose a Lucca.

—Sí, tomamos café ayer en la noche. —Su rostro se ablandó y los labios parecieron perder su forma fruncida—. Luego se fue. No ha regresado hoy.

—¿Me dejó algún mensaje?

—No, lo siento.

Giulia salió del hospital. Era casi mediodía, el ambiente estaba cargado de humedad. Tenía el pelo revuelto, el pómulo hinchado y lodo seco en las rodillas de su pantalón. Al fin llegó al edificio de la línea rosa y entró rápido, hasta llegar al tercer piso donde perdió

fuerza. Dejó el bolso y el abrigo sobre la escalera un buen rato; luego tomó sus pertenencias y reanudó su marcha hasta su ático en el sexto piso.

Al llegar, se dirigió directamente al óleo de Masseo: la pintura era demasiado reciente para guardarla enrollada, así que seguía extendida sobre su colchón. Revisó los bordes de la tela, que se había visto obligada a cortar para separar el marco y poder enrollarlo. Suspiró complacida: los bordes no se habían corrido; si no fuera por aquella imborrable marca en la puerta del fondo, el óleo estaba impecable. Le inquietaba terriblemente que Muscatello encontrase su piso y se lleve el lienzo. También le asustaba que la encontrase a ella. Abrió el refrigerador y tomó de corrido tres vasos de agua.

Se detuvo frente a la vista del Ponte Vecchio revestido en colores claros esa mañana. El río Arno brillaba resuelto bajo su sombra. Una camioneta blanca y tres pescadores se distinguían en su orilla.

La agresión de Hugo le dolía más allá de lo físico. Había guardado la esperanza de una explicación razonable sobre el óleo escondido en la oficina del director. Hugo siempre había sido más amable con ella que con el resto de los estudiantes, y en el fondo ella pensó que existía una tácita complicidad con él. Ahora, estaba claro que esa confianza no había sido mutua. No podía regresar al trabajo ni al instituto. Se alejó de la ventana y bajó al piso inferior, donde estaban los baños, y dejó que una larga ducha se llevara el lodo, el olor del hospital, y suavizara el recuerdo de Hugo. Cerró el agua de la ducha. Dentro de dos semanas, la Galería de Milán aceptaría los trabajos que competirían en la nueva exposición. Era un concurso abierto y ella estaba en derecho de entregar el óleo. Decidió que llevaría el lienzo sin el aval del Instituto Muscatello. Lo que no sabía era cómo reparar el cuadro sin el rojo cadmio. Sacudió el pelo mojado y el crujido en su estómago le recordó que necesitaba comer. ¡Qué hambre que tenía! Llamaría a Manolo y a Carina, ellos siempre estaban disponibles cuando de comida se trataba, podría ir con ellos a esa abadía, donde escondería el óleo, por lo menos por ahora.

35

Noveno Pergamino

Espoleto, invierno 1220.

Queridísima hermana:

Sé que tu salud está muy deteriorada (sigues enfermándote en cada invierno), y que tu estado te impide caminar. ¡Ánimo! Encontrarás junto a este pergamino un pedazo de madera: es parte de la puerta de nuestra ermita golpeada por el mismísimo ángel del Señor. Por ahora, es el único pedazo de madera del que puedo dar fe de su autenticidad. El resto de la puerta ha desaparecido. Al hermano Francisco no le quitan la paz este tipo de asuntos, pero te soy sincero, yo me apené bastante. Permíteme contarte la historia:

El mismo día y hora en que el ángel del Señor nos había visitado años atrás, tocaron a la puerta. Yo tenía muy presente la fecha y me apresuré en abrir. Aunque este era un llamado tímido, sentí una emoción indescriptible y cuando abrí encontré a un ciego arrodillado, pidiendo a gritos a Dios y la Virgen que lo curen. Una venda gris le cubría los ojos, parte de la ropa caía en jirones, estaba descalzo y con heridas en el rostro y las manos. Se levantó y desenvolvió la venda que le cubría los ojos con lentitud. Luego empezó a llorar. «Puedo ver», los ojos agradecidos me traspasaron, «veo perfectamente».

Era un terrateniente del norte, fue el único heredero de una gran tierra, y brindaba protección a varias familias de Perusa. Rezaba fervorosamente, pues cada vez iba perdiendo más la visión. La enfermedad empezó en su adolescencia, veía sombras y además no podía controlar el enfoque de la visión, el movimiento ocular le producía terribles dolores de cabeza, y aquellos ojos bailando en sus córneas llenaban de espanto a quienes le acompañaban. Su situación empeoró hasta tal punto que prefirió usar una venda y descansar la vista, ya que solo le llegaban imágenes difusas. Rezaba incansable pidiéndole a nuestra Madre recuperar la vista.

Con la primera nevada sintió la inspiración de venir a nuestra ermita. Al principio pensó que eran imaginaciones suyas causadas por la desesperación de no ver. Pero decidió confiar y realizar el peregrinaje. Sus allegados trataron de que desistiera, pues era un viaje peligroso, más aún para un ciego.

Pero no lo hizo; caminó por meses hasta dar con nosotros. Dijo que al tocar la puerta se sintió caliente, como afiebrado, y que ese calor le descansó los músculos hasta llegar a la vista. Luego, muy ligero. Los dos, maravillados, nos arrodillamos allí mismo y agradecimos a nuestro Dios.

Pasó con nosotros esa noche, en la que no descansó de alabar a Dios, y regresó al día siguiente a Perusa, sin la venda en los ojos.

Debe de haber sido un terrateniente muy conocido, pues muchos se sorprendieron de verlo con la vista buena, y nos preguntaban por él. Nosotros les narrábamos los hechos tal cual te los estoy narrando a ti, querida hermana. Pocas semanas después nos dimos cuenta de que la puerta de la ermita estaba siendo astillada, hasta que una noche un grupo de mercenarios arrancó la puerta, la trocearon y repartieron sus partes en los morrales de sus caballos.

Yo me sentí apenado luego del suceso, y recorrí el sitio buscando, aunque sea, una astilla. Encontré este trozo que había quedado atrapado en el herraje. Entrega esta última astilla a tu convento, que es el mejor sitio para este humilde pedazo de madera tocado por el ángel. Pediré fervientemente para que te mejores con tanta rapidez, que nadie dude de que ha sido voluntad de Dios.

Tu maravillado hermano,

Fray Masseo.

36

Precauciones

Un viento helado bajaba desde los Pirineos hasta la abadía de Roble. Las corrientes de aire frío podrían secar la masa de pan o ralentizar el proceso de fermentación, así que fray Moreto cerró cuidadosamente las ventanas y la puerta de la cocina. Levantó el trapo de lino que cubría las porciones y aspiró el cálido olor a levadura. Las piezas blancas y elásticas espolvoreadas con harina, pronto llegarían al momento justo de su generosa fermentación.

Abrió la portezuela del horno de piedra que previamente había encendido. Las llamas dentro del hornillo se alzaban con altura y danzaban calladas, desprendidas de los troncos de madera.

Fue cuando llamaron a la puerta. Fue como un temblor, el viento abrió las ventanas y el fuego dejó de respirar hasta casi desaparecer. El llamado potente retumbó en cada centímetro de la cocina.

Moreto cerró la escotilla del horno, trabó las ventanas y salió de allí. En el patio central se topó con el grupo de novicios de la abadía, quienes habían abandonado sus estudios debido al inusitado llamar de la puerta.

—¿Quién llama así? —escuchó que se preguntaban.

Moreto siguió su camino dejando al grupo de novicios, en dirección a la puerta de entrada. Un segundo llamar de la puerta, tan poderoso que pareció recorrer hasta las raíces de los árboles de la abadía, se escuchó frente a él. Fray Moreto abrió la cerradura con mano temblorosa.

Era un joven bien parecido, vestido en una leva de viaje, el pelo claro le cubría ligeramente las orejas, llegando hasta la mitad del cuello.

Moreto buscó con la mirada el objeto contundente con el que

había golpeado la puerta. Pero el peregrino no cargaba ningún bolso. Sus manos caían relajadamente sobre la leva de viaje.

—¿Por qué has tocado así la puerta, peregrino? —preguntó fray Moreto intrigado.

—Tengo asuntos urgentes que me llevan con prisa, fray Moreto —contestó con voz enérgica, sin acento.

Un rayo de luz atravesó los árboles, cegando a Moreto, quien alzó la mano para cubrirse. No reconoció al peregrino que lo había llamado por su nombre. Estaba cada vez más consternado.

—El Señor te dé la paz —contestó Moreto, haciéndole paso hacia el patio interior. Recibe el saludo de nuestra comunidad, los Frailes del Bosque de Roble, que desde hace ocho siglos custodiamos la riqueza espiritual que alberga esta morada.

El peregrino ingresó a la abadía. Fray Moreto señaló el lateral izquierdo y empezó la explicación acostumbrada: «Aquí tenemos la biblioteca y el comedor; por este patio nos dirigimos directamente a la capilla». Caminaron un tramo hacia el patio central.

—Si necesitas descanso, en el lateral derecho, detrás de los árboles, podrás distinguir la estructura de dos pisos compuesta por veinticuatro habitaciones, doce de las cuales están destinadas a los peregrinos. En la parte posterior se encuentra la cocina, los viveros y el huerto, donde elaboramos nuestro propio vino y aceite.

—Conozco cada piedra de la abadía —contestó el joven con el mismo aplomo con el que sonaron las puertas.

—¿A qué te refieres, peregrino?

Caminaron por las estaciones del Vía Crucis, los jardines, la cocina, la huerta. Moreto había recorrido innumerables veces aquellos caminos, pero esta vez tuvo la sensación de que el tiempo se detenía, que los pinos y las flores silvestres soltaban un dulce aroma y que la luz del atardecer los acompañaba en sus pasos. Cuando finalmente llegaron a la antigua capilla, sintió el corazón agitado y alegre.

El joven, que entró primero, hizo una genuflexión sobre la rodilla izquierda e inclinó el pecho extendiéndolo hacia delante hasta casi tocar el piso.

—Llévame al subterráneo —pidió el peregrino. Sus ojos brillaron

con alegría.

—El acceso al subterráneo está en la parte externa de la capilla. Allí guardamos la reliquia de la abadía —explicó fray Moreto—. Dime, peregrino, ¿cómo debo llamarte?

—¿Por qué quieres saber mi nombre?

—¿Y cómo puedo dirigirme a ti, si no es por tu nombre?

En el patio, frente al acceso del subterráneo, se hallaba el abad Cristóforo junto con uno de los aprendices. Recitaban la oración del *Regina Coeli* cuando el abad se dispuso a recordarle al aprendiz las normas para los peregrinos:

—El reglamento es estricto: un recorrido por la abadía, una comida y una noche.

Aunque hablaba con el aprendiz, Moreto tuvo la sensación de que el abad Cristóforo se dirigía a ellos. Junto con el peregrino, bajaron los seis escalones de piedra viva hacia el subterráneo, cubierto de piso a techo con la misma piedra húmeda de la escalera, hasta llegar a la celda rodeada de barrotes y vidrio donde se encontraba la reliquia. El abad Cristóforo los siguió hasta el sótano. Bien conocía fray Moreto lo celoso que era el abad Cristóforo con la reliquia de la abadía de Roble y, en ese momento, le bastó ver su paso apresurado para saber que al abad le había disgustado que ingresaran a esa hora de la tarde al subterráneo.

Se detuvieron frente a la celda. La luz cenital brillaba sobre el cojín morado donde descansaba el fragmento de madera.

—¿Por qué está tras barrotes? —preguntó el peregrino.

—Es por seguridad —contestó el abad Cristóforo.

—Si lo ves con atención, puedes distinguir el fragmento de madera, sobre el cojín morado, en el centro de la celda —explicó fray Moreto—. Perteneció alguna vez a la puerta de entrada de esta abadía.

El peregrino había permanecido de pie. Tenía los hombros hacia atrás, la frente inclinada y la mirada fija en la reliquia. A Moreto le recordó cuando él era un niño, sentado frente al fuego de la caldera en un día de invierno, recibiendo el calor en la cara.

—Debe estar a la vista de todos —ordenó el joven—, no oculta en una celda.

Moreto, inquieto, miró al abad Cristóforo.

—Solo el vicario puede autorizar tu petición —contestó el abad Cristóforo con disimulada enervación.

—¿Dónde lo encuentro? —preguntó el joven sin inmutarse.

—Llega al pueblo mañana —dijo Moreto sin reparar en la mirada fulminante del abad Cristóforo—. Vive a un lado de la iglesia del pueblo.

El peregrino solicitó pasar esa noche en la abadía, petición que Moreto acogió con gusto. Los demás visitantes abandonaron la abadía antes del anochecer.

A la mañana siguiente el fraile Moreto se levantó antes del amanecer. Sintió que las oraciones matutinas, dirigidas a santificar la mañana, le llenaban el corazón. Limpió la cocina y caminó hacia los árboles de olivo, el aroma de los frutos rojos sobre la tierra arcillosa y fértil se mezclaba con el olor de las especias del huerto donde solía parquear el único y muy apreciado vehículo de la abadía: un Fiat del noventa y cinco. El tintineo de las llaves en el bolsillo de su sotana alertó a Pastor, quien se le unió a buen trote. El perro, dispuesto a colarse en cuanto se abriera la portezuela del vehículo, mantenía las orejas erguidas y se detenía impaciente, a medida que se aproximaban al vehículo.

—¡Moreto! —escuchó tras él.

Era el abad Cristóforo, quien acostumbraba a dirigir a los frailes en su día marcado por las oraciones, que eran el principio y el fin de su jornada. Se levantaba antes de la aurora para orar, asistía al oficio del amanecer y antes del desayuno celebraba la eucaristía para ofrecer los trabajos físicos o intelectuales de la mañana.

A fray Moreto le costó cerca de cinco años que el abad Cristóforo aceptara que él, a diferencia del resto de la comunidad, debía empezar su jornada en la cocina, puesto que debía preparar el pan, el desayuno y las hostias que serían consumidos a primera hora por los monjes y huéspedes. A pesar de sus diferencias llevaban una buena convivencia pues, después de todo, compartían su amor a la orden.

El abad Cristóforo, además de velar por la vida espiritual de la abadía, llevaba las comunicaciones con el vicario. Seguramente tenía

alguna encomienda ya que desde que le habían diagnosticado artrosis de cadera no solía frecuentar la zona de los huertos.

—¡Espera! —le gritó nuevamente, extendiendo con torpeza las piernas largas y huesudas.

Moreto lo observó sorprendido. No había visto nunca correr al fraile Cristóforo, era inflexible con respecto a demasiadas normas, como por ejemplo no correr.

—No está el joven de ayer —dijo sin aliento el fraile Cristóforo.

—¿Cuál joven? —preguntó Moreto reprimiendo una carcajada ante la imagen del abad Cristóforo: tenía los ojos desencajados por el esfuerzo y se había recogido el faldón para correr, mostrando unas medias blancas corridas sobre zapatos de vestir.

—El que exigió exponer la reliquia.

Ahora que lo recordaba, tampoco había visto al joven peregrino en el desayuno.

—¡Ah! Quizás salió —contestó Moreto, intentando calmarlo.

—¿Será que fue en busca del vicario? —preguntó Cristóforo rascándose la cabeza.

—Quizás —contestó con ligereza Moreto.

—¿Y tú crees que el vicario le autorizará a exponer la reliquia? —replicó Cristóforo apretando nerviosamente las manos huesudas—. Está bien eso de que debemos acoger a todos, pero estaba demasiado interesado, es un joven fuerte. Si decide llevársela, ni entre todos lo detenemos.

Moreto repasó la escueta figura del fraile Cristóforo: aunque provisto de un grueso abultamiento en su parte media, sus brazos y piernas parecían romperse. La imagen de Cristóforo corriendo por el bosque tras el joven lo hizo estallar en una sonora carcajada.

—¡Pero qué cosas dice, abad Cristóforo!

—Piensa, fray Moreto, no es normal. Sabía exactamente dónde estaba la reliquia.

—Quizás ya había estado en la abadía —contestó dudando fray Moreto.

—Sí, eso dijo exactamente, que ya había estado en la abadía, lo que tiene aún menos sentido. Ninguno de nosotros había visto antes a ese joven y llevamos años aquí. Además, ¿por qué quería que

abriéramos la reja?

—Pues tendrá que decírselo al vicario si quiere obtener el permiso.

—¿Pero tienes que salir hoy?

Pastor, quien se había tumbado a su lado, alzó la cabeza.

—Sí, tengo: no tenemos mantequilla —contestó Moreto.

El abad Cristóforo hizo una mueca y renqueando se dirigió a la capilla.

—¡Esta situación —gritó de espaldas a él— no debe de tomarse a la ligera! Como siempre lo he hecho, buscaré la forma de proteger la reliquia de la amenaza que la acecha.

37

Traslado

Giulia cortó el pan y armó unos bocadillos. Serían buenos para el viaje que tenía pensado proponer. Empaquetó el último cuando sonó el timbre de la puerta. Eran Carina y Manolo. Carina llevaba un cordón sin atar del zapato y la abrazó con cariño. Su pelo ensortijado olía a esa mezcla de insecticida y trementina del instituto.

—¿Qué te pasó en la cara? —Carina vestía una camiseta de Tom y Jerry.

Manolo pasó por delante de ella y dobló las rodillas a la altura de Giulia, inspeccionando el golpe.

—Es una historia larga —Giulia se soltó la coleta para tapar el golpe.

—¿De qué tipo de historia estamos hablando exactamente? —preguntó Carina.

Giulia hizo una seña invitándoles a entrar.

—¡Lo encontraste! —Manolo se acercó a su colchón en el piso, donde el lienzo estaba extendido, y luego se acuclilló. Su brazo era tan largo que desde la esquina alcanzó a rozar el daño de la pintura —. Parece que no fuiste la única golpeada.

—Qué gracioso —Giulia se puso roja del coraje.

—Esa marca —dijo Carina sin levantar la vista del óleo— se ve hiperreal.

La pintura alrededor del rasguño había tomado un tinte violáceo, produciendo un efecto de profundidad, como si fuera una cortada con hacha.

—Me gusta el efecto, parece partido a palos —añadió Manolo.

Carina se acercó aún más al lienzo. Lo observó con detalle y en

silencio.

—No entiendo cómo lograste ese efecto con la pintura— murmuró, incorporándose—. Bueno, nos dijiste que necesitabas ayuda. ¿Por dónde empezamos?

—Primero —contestó Giulia—: por favor, ata el pasador de tu zapato.

—¡Ni lo pienses! Pídeme otra cosa.

Giulia la miró muy seria.

—De hecho, sí hay algo: ¿puedes preguntarle a Donna si tiene rojo cadmio? Pero no el que venden en la tienda, sino el que me regaló a mí. Es la única forma de arreglar el óleo.

—¡Oh, Giulia! Algunos en el instituto le han pedido tu rojo cadmio a Donna. Yo incluso acompañé a Ingrid cuando ella quiso comprar un bote. Donna dijo que no sabía de dónde había aparecido esa pintura y tampoco tenía idea de cómo conseguir más. ¿Y si intentas con otra pintura?

—Este rojo cadmio no acepta otra —Giulia puso las manos en jarras—. Es la pintura más extraña que he conocido en mi vida. No se mezcla. Si te das cuenta, no varía su tonalidad, solo el grosor y la textura.

—¿Dónde estaba el lienzo? —preguntó Manolo.

—Lo tenía Muscatello.

—¿Y por qué tenía Muscatello tu lienzo? —preguntó Carina.

—Eso mismo quisiera saber yo —contestó Giulia—. Por ahora solo tengo claro que no está muy contento con que yo me haya llevado la pintura del instituto.

—Hasta ahora nosotros lo hemos evadido, pero Muscatello pregunta todos los días por ti. ¿Quieres que te acompañemos a hablar con él? —preguntó Carina—. Seguro que debe de haber una explicación.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—No voy a regresar al instituto.

—¿Por? —preguntó Manolo con los ojos como platos.

—¿Y Milán? —preguntó Carina—. Es todo de lo que has hablado en los últimos meses.

—Voy a llevar el lienzo a Milán, pero necesito esconderlo un par

de semanas, hasta la fecha de entrega. Creo que no está seguro en esta habitación.

Carina y Manolo recorrieron el pequeño espacio y luego intercambiaron una mirada.

—Giulia, quizás estás exagerando. No deberías dejar así el instituto, es muy difícil que le presten atención al lienzo sin el aval de Muscatello.

—No, no estoy exagerando.

Giulia les contó cómo se había llevado el óleo de la bodega en la oficina de Muscatello, y el espeluznante encuentro en la banca de los Novios.

—¿Cómo te zafaste de él? —Carina estaba lívida.

—Salió la gente del teatro. Yo supongo que quiso evitar un escándalo. Después de todo, tuve suerte.

Manolo meneó la cabeza.

—¿Qué quería contigo?

—Bueno, aparte de estar enojado porque me metí en su oficina, me dio la impresión de que quería recuperar el óleo.

—Lo dudo, Giulia. ¿Para qué querría un óleo? No debiste quedarte sola en el instituto hasta la noche. —La expresión de Manolo era sombría—. No te acerques de nuevo a él.

Giulia se mordió el labio, nerviosa.

—Pues no pienso que Muscatello vaya a extenderme ninguna recomendación. Lo mejor va a ser llevarme la pintura a otro lugar.

—¿Dónde lo vas a guardar?

—Fuera de la ciudad. Hay una abadía donde puedo esconderlo. Está en las montañas, a un par de horas de aquí.

—¿Por qué allí? —preguntó Carina.

—Es mejor que esté fuera de Florencia.

Carina le sostuvo la mano a Giulia.

—¡Bueno! —dijo Manolo—. A cambiar esas caras, me encanta la idea de ir a la montaña, este calor de la ciudad no me gusta.

—¿Tienen abrigo?

—No lo voy a necesitar —dijo Manolo—. El frío y yo somos invencibles. ¿Y estos bocadillos?

—Son para el viaje —dijo Giulia.

—Vamos a hacer un control de calidad. —Se zampó el primero de ellos.

Giulia le prestó un abrigo a Carina y empacaron el lienzo en el tubo de cartón.

Manolo bajó el tubo y tropezó en la escalera.

—Ten cuidado, por favor —Giulia casi lloraba.

—¡Tranquila! Tengo todo bajo control.

Carina suspiró ruidosamente.

Situada a diez minutos de la Catedral, entre un conjunto de anchas avenidas en las que desembocaban las apretadas callejuelas florentinas, se encontraba la estación más importante de la ciudad, la *Stazione di Firenze Santa Maria Novella*, o como anunciaba en su abreviatura el letrero celeste con gruesas letras blancas, *Firenze SMN*. La bandera italiana ondeaba sobre la construcción limpia y, sobre todo, práctica. Los trenes antiguos color verdoso se intercalaban con los trenes rápidos de última generación y reinaba el orden del reloj.

Dentro de la estación, el piso vibraba entre la oscilación de los vagones, las voces de los pasajeros y el rodar de las maletas. Los transeúntes, contagiados del ritmo de la *Stazione*, bien apresuraban sus pasos embarcando en los trenes o caminaban pausadamente entre las tiendas y las estaciones de comida rápida.

Embarcaron en el tren. El tubo con el óleo no entraba en el maletero, y para evitar que molestara el paso, Giulia lo puso sobre un asiento desocupado frente a ella. Allí permaneció durante dos paradas hasta que el encargado, un señor de pelo blanco y tez curtida, la amonestó por ocupar el asiento con equipaje. Giulia lo puso a un lado y respiró tranquila cuando pudieron desembarcar en la estación de Roble sin mayores contratiempos.

En el pueblo todos conocían la abadía. Se encontraba rodeada por el bosque y los turistas podían acceder a ella de dos formas: la primera, y la popular entre los peregrinos, consistía en una caminata de unos cincuenta minutos desde el pueblo a través del bosque; la segunda opción era por la carretera, en auto. Había que utilizar la carretera de los Apeninos Centrales, en la ladera opuesta de la región montañosa, rodeando el bosque. Esta opción demoraba dos

horas y media desde el pueblo de Roble a la puerta de la abadía, y debía pasar por la garita de control vehicular del Bosque Protector.

—Prefiero caminar —dijo Manolo.

—Yo también —contestó Giulia.

—Odio caminar. —Carina avanzó murmurando hacia el bosque.

Giulia nunca había estado en esa zona geográfica, pero la forma de los árboles con las hojas casi tocándose entre ellas, el sonido de las golondrinas y el piso mullido se le hicieron familiares.

La abadía se asentaba sobre la falda de la montaña y, vista desde el carretero, se distinguían sus techos de teja oscura entre las copas de los árboles. Estaba cercada por un muro de piedra con símbolos tallados, que la convertía en una fortaleza de gran altura. Una gruesa puerta de madera asegurada con metales en sus extremos cerraba la entrada de la abadía.

Fray Moreto, un fraile grueso como un buey, fue quien los hizo pasar. Lo acompañaba un perro ovejero, muy interesado en agarrar los cordones del zapato de Carina que golpeaban el piso.

—¡Fuera de aquí, Firulais! —lo amonestó Carina.

Dejaron el lienzo y sus mochilas en una sala que tenía una confortable chimenea y algunos libros. Manolo y Carina discutieron por el último bocadillo.

—Pronto les daré de comer —dijo el fraile.

Eso pareció poner de buen humor a Carina y dejaron de discutir. Incluso el perro se recostó y golpeó su cola contra el piso.

—Joven Giulia —preguntó con amabilidad fray Moreto—, ¿te llegaron las cartas?

—Sí, me llegaron, fray Moreto. Gracias por enviarlas.

El fraile los llevó a la parte central de la construcción donde se encontraba la capilla, sostenida por columnas de piedra igualmente talladas, con un altar de mármol en su interior y adornada por descoloridos frescos de la Edad Media, y luego al sótano donde se encontraba la reliquia.

—¿Qué tienen allí? —Manolo puso ambas manos contra los barrotes y metió la cara, tratando de distinguir.

—Es nuestra reliquia —contestó el religioso—. En el siglo XIII, cuando estaba iniciando nuestra orden, un ángel golpeó la puerta de

entrada de lo que en ese entonces era una ermita.

Giulia escuchó la explicación de Fray Moreto.

—Entonces —dijo Carina—. ¿Es una madera lo que hay allí?

—Sí, una parte de la puerta que tocó el ángel.

Giulia y su comitiva regresaron a la biblioteca.

—Fray Moreto, tengo un lienzo de Masseo de Marignano —dijo Giulia—. ¿Puedo guardarlo aquí? Solo un par de semanas hasta que lo pueda trasladar.

Giulia abrió el lienzo para que fray Moreto pudiera apreciarlo. Carina y Manolo lo sostuvieron por las esquinas superiores.

—Por supuesto, esta es su casa. Masseo de Marignano era uno de los preferidos de san Francisco por su forma de hablar amigable, por su porte y prudencia. Además, tenía el arte de protegerlo de indiscreciones cuando se hallaba en oración. Lo que me ha llamado la atención es que lo has retratado de unos cuarenta y cinco años, cuando el único retrato que he visto de él era de mayor. ¿De dónde copiaste ese retrato?

—Se podría decir que prácticamente lo tuve de modelo. —Luego lo pensó un poco—. Entonces, ¿Masseo no murió joven?

—No, todo lo contrario, como de ochenta años.

—Qué bien —dijo Giulia.

Fray Moreto lo dejó sobre una inscripción en la pared que decía «Cuando en una cosa se encuentra todo bien, no conviene mudar. Masseo de Marignano».

38

Pista

Salermo subió presuroso los tres pisos del instituto. Antes de entrar en la oficina de Hugo secó el sudor de su cuello con un pañuelo de papel que asomaba de su bolsillo y se arregló la camisa blanca del uniforme de policía, que se le había pegado al cuerpo.

—Maldito calor —masculló.

Hugo Muscatello, con un mechón de pelo que le caía en la frente, los hombros tensos y los ojos fijos en los monitores, parecía haber perdido peso. Después del robo del óleo, había instalado cámaras de seguridad alrededor de todo el edificio. Sobre el escritorio, dos grandes monitores permitían tener una vista global de los puntos de acceso y los salones del instituto. La cortina, que anteriormente había tenido una función decorativa, tapaba la ventana y parte de un amarillento bonsái.

Salermo se acercó vacilante al escritorio, se retiró la gorra y la colocó sobre la mesa. Hugo, con la mirada fija en los monitores, no pareció inmutarse con su llegada. El teléfono sonó, largo y chirriante. Tampoco contestó, sino que extrajo del cajón unas pastillas blancas sin nombre, masticó dos de golpe sin molestarse en buscar un vaso de agua.

—¿La llamada de quién evitas? —preguntó Salermo.

Hugo contestó con una mueca.

Ambos se centraron en los monitores, en el ir y venir de los alumnos.

—Parecen hormigas —dijo Salermo sentándose en la silla—. ¿Quieres un café?

—Son insectos.

—Tengo noticias sobre los permisos de la Galería. —Salermo

intentó animar a Muscatello.

—¿Sabes que hay volantes con el cuadro de Masseo por toda la calle del Ciompi? —dijo Hugo.

—Ha sido imposible no verlos —rio nervioso—. He retirado todos los que he podido. ¿Cuándo quieres reunirte? Te han convocado para entregar los permisos.

—Cuando encuentres el óleo. —Hugo clavó nuevamente la mirada en los monitores.

Salermo estaba acostumbrado a los impredecibles cambios de humor de Muscatello, pero esta vez parecía físicamente diferente: tenía los ojos hundidos y secos, estaba despeinado y la ropa parecía quedarle grande. Hugo escrutaba las pantallas. Parecía haberse olvidado de que él estaba presente. Tenía la boca seca y los labios partidos.

—Entré al piso de la chica —anunció Salermo.

—¿De la hija de Febres?

—Sí. —Sintió su cuello moverse en un espasmo involuntario. Un rayo de claridad pareció atravesar el casco de pensamientos de Hugo. Se acomodó el mechón de pelo y se recostó sobre el sillón—. ¿La viste?

Salermo, alentado por la reacción de Hugo, se apresuró en contestar:

—Sí, pero no estaba sola. —Salermo empezó de nuevo a sudar.

—¿Dices que no estaba sola? —preguntó Hugo.

—Estaba con un joven alto y fuerte, de pelo claro.

—El rubio es su cómplice —dijo Hugo rojo de ira.

—No me pareció prudente el enfrentamiento. Esperé a que se fueran y subí en busca del lienzo. Revolví toda la estancia y quebré alguna cosita para que nos recuerde.

—Supongo que no estaba el óleo.

Salermo movió negativamente la cabeza.

—¿Dónde vive?

—Cerca de aquí, en el ático del edificio de Carlo Mancini.

—¿Carlo Mancini, el viejo notario? —Hugo se levantó exaltado de su silla—. ¡Eres bruto! Empieza por allí. A Mancini le gusta hablar. ¿Qué averiguaste?

Salermo sudaba copiosamente.

—Mancini dijo que la última vez que la había visto viajaba a la abadía de Roble.

—¿Por qué Giulia Febres querría ir a la abadía de Roble? —Hugo puso ambos puños sobre la mesa y frunció la frente, concentrado.

—Hay un proyecto importante de la compañía El Pozzo en los terrenos de la abadía. Muchos se han trasladado a este pueblo por la demanda de trabajo. Quizás fue a una entrevista, porque regresó en la tarde.

—No, ella viajó para esconderse —dijo Hugo—. No mencionó tener familiares en Roble.

—No puede esconderse en la abadía, no le permitirían.

—Podemos averiguarlo —señaló con un movimiento de la mano.

Hugo activó las manos libres del teléfono de escritorio de tal forma que Salermo escuchó con claridad el tono de llamada.

—¿Hablo con el notario Carlo Mancini? —dijo Hugo con voz enérgica.

—Soy Carlo Mancini —contestó una voz gangosa en la línea.

—Señor notario, ¿podría usted ser tan amable de ser el receptor de un importante mensaje para Giulia Febres? —preguntó Hugo—. Es de crucial importancia que reciba el mensaje a tiempo.

—Un segundo, por favor, voy por un lápiz. —Se escuchó el sonido de una silla rodando—. Soy un hombre escrupuloso: dícteme exacto el mensaje.

Hugo se levantó de su silla y apretó los labios.

—¿Puede hacerle llegar hoy el mensaje?

—Por supuesto —dijo Mancini—, en cuanto me lo dicte se lo hago llegar. O, si prefiere, llámela en quince minutos, que la voy a buscar.

—No es necesario, por favor, anote esto: «Te espero hoy. En el pozo de la abadía del Roble. A las nueve de la noche. Trae el óleo».

—¿De parte de quién?

—Gracias, doctor Mancini.

Hugo cortó la llamada.

—¿Crees que eso funcionará? —preguntó Salermo.

Hugo tomó su saco.

—¿Te acompaño? —preguntó Salermo.

Hugo abrió el cajón del escritorio y tomó la pequeña Beretta de 9 mm, lomo de acero y cuerpo color negro azabache.

—Voy solo —contestó guardando el arma en el bolsillo del saco.

39

El mensaje

Lo primero en lo que se fijó fue en que la puerta de su ático había sido forzada: pisó los platos rotos y se topó con el sofá volteado, su suéter y las camisetas en el piso. Le revolvió el estómago que unas manos desconocidas hubiesen tocado su ropa. El olor a intruso estaba pegado en el ambiente, como si su pequeño espacio hubiera sido trasquilado, despojado de alma y luego engomado de sudor y suciedad. Giulia fue a su pequeña cajonera: su ropa interior y sus fotografías. Los cajones estaban abiertos y el dinero de la renta, desaparecido.

No creía que un ladrón común subiera hasta un sexto piso, así que supuso que Hugo había venido por el óleo. Ella lo había cambiado de ubicación justo a tiempo. Empezó a recoger la ropa y los libros a toda velocidad y meterla de cualquier modo en un bolso. Pero, luego del frenesí, se sentó sobre el colchón viendo el techo inclinado. Ni siquiera tenía dinero para considerar mudarse. Se fijó en la pequeña planta de bambú que había sobrevivido en un vaso de vidrio, con sus hojas extendidas como una bailarina sobre el desastre. Trancó la puerta con el sofá, durmió poco, sin cenar y con la ropa puesta.

Se levantó más tarde de lo usual, barrió, recogió los vidrios y pasó el paño. Limpiar le ayudaría a pensar, estaba arrodillada en el suelo cuando la sobresaltó el timbre. Era el notario Carlo Mancini, su casero. Estaba agitado, seguramente por el esfuerzo de subir las escaleras. Llevaba el cabello blanco despeinado hacia atrás y sus ojos azules la miraban desde su altura de magistrado.

—Su amigo llamó. Aquí está el mensaje. —Le entregó un papel arrancado de libreta, escrito en letras temblorosas:

TE ESPERO HOY EN EL POZO DE LA ABADÍA DEL ROBLE, A LAS NUEVE DE LA NOCHE. TRAE EL ÓLEO.

Giulia lo leyó dos veces.

—¿Lucca le envió este mensaje?

Mancini se alzó de hombros.

—Esa es toda la información que recibí antes de que se perdiera la llamada.

—¿Se perdió la llamada? —preguntó Giulia, ligeramente alarmada—. Gracias, doctor Mancini.

—Siempre he sido una persona responsable y eficiente, no en vano me confiaron tantos escritos en la notaría —dijo mientras se alejaba en pequeños pasos.

Giulia guardó la nota del notario en el pantalón y, con la esperanza de conseguir un boleto a tiempo, llamó a Carina, quien vivía cerca de la estación.

—Hoy no puedo acompañarte —dijo Carina.

—Está bien. —Giulia se fijó en la hora—. Voy a recoger el óleo de la abadía y toparme con Lucca.

—¿Lucca? ¿El que buscabas en el instituto? —preguntó Carina.

—Sí, el mismo. Me dijo que llevara el óleo.

—¿Se lo vas a dar a él? —preguntó Carina.

—No lo sé.

—¿Entonces ya descubriste quién era? ¿Cuál es su apellido?

Giulia abrió desmesuradamente los ojos como si se hubiera pasado una luz roja.

—Ni siquiera sabes su apellido.

Ambas estallaron en una ruidosa carcajada.

—Él no contesta mis preguntas. Pues hoy voy a averiguar todo. Tendrá que decirme quién es.

Lo dijo de la boca para afuera. ¿Cómo explicarle a Carina que Lucca insistía en que vivía desde hacía más de un siglo?

—¿Conoces el horario del tren?

—Sí, ya partió el tren de la mañana, pero hay una salida en la tarde en el que puedes embarcarte. ¿Vas por el día? —preguntó Carina—. Hacen buen pan allí.

—Qué curioso, lo mismo dijo Lucca.

Giulia llegó a Roble sin mayores contratiempos y siguió por el tramo que rodeaba el pueblo y se internaba en el bosque. Dejó atrás las humildes casas de campo, los ruidos de los vendedores y las calles adoquinadas. Era la segunda vez que recorría ese camino de árboles con troncos altísimos. La luz penetraba entre las hojas de bordes sinuosos, que se acercaban sin tocarse, como si el espacio entre ellos fuera parte del bosque. La temperatura empezó a descender cuando divisó la abadía, así que apretó el paso para entrar en calor. Llegó cerca de las ocho, tocó la puerta varias veces, la noche cayó abrupta.

Finalmente se abrió la puerta.

—Bienvenida, joven Giulia.

—No me ha olvidado, fray Moreto.

—Vamos, no estoy tan viejo como para olvidar a quien he visto por estos días.

Giulia sonrió.

—Debo llevar el lienzo a la compañía de pozos. ¿Es cerca de aquí?

—Sí, bastante cerca. Las oficinas están bien iluminadas, en el área de construcción del pozo. Sigues por el camino de piedrecitas hasta toparte con uno amplio, de tierra. A pocos pasos, a mano izquierda, encontrarás el campamento.

Giulia acompañó a fray Moreto a la biblioteca, que tenía prendida la chimenea. Allí estaba su óleo, sobre la inscripción.

—Va a llover, te aconsejo llevar abrigo.

—Gracias por el aviso, fray Moreto. Pensándolo bien, no quisiera que se moje el óleo. Giulia tomó su abrigo. ¿Puedo dejar también mi bolso? Voy por mi amigo y regreso en poco rato.

—Seguro. —Fray Moreto colgó el bolso a un lado de la chimenea —. Lo dejamos aquí.

Giulia se sintió inquieta al dejar la seguridad de la abadía y regresar al bosque, pero la idea de toparse con Lucca la calmó. El pozo no estaba lejos, las luces se veían desde la abadía. Fueron veinte minutos en un camino de bajada en dirección a la montaña, y pese a que la luna brillaba con fuerza, a Giulia se le antojaba que la

luz era insuficiente. Apretó el paso, quería llegar a las oficinas del pozo lo más pronto posible.

Llegó a un claro donde había maquinaria moderna de perforación profunda. En una torre de alrededor de quince metros de alto, colgaba un reflector industrial que iluminaba el perímetro. Giulia se estremeció al ver una gran cantidad de murciélagos volando por la estructura. Otras máquinas de hierro anaranjado se encontraban a un lado, y el pozo, un orificio de un metro de diámetro, permanecía a la intemperie. En lo que parecían antiguos contenedores, se habían adaptado toscas oficinas que estaban cerradas con una cadena metálica y un candado de llave, que chirriaban con el viento irregular de la montaña. El campamento estaba desierto y la tierra, libre de arbustos, pantanosa.

Pozos del Norte era una compañía gigantesca y ella había supuesto que el lugar donde Lucca la había citado sería una gran oficina o por lo menos estaría cerca de un lugar más transitado. No le hacía sentido encontrarse en un lugar tan desierto. Las copas de los árboles se movían erráticas y la cadena metálica golpeaba cada vez con más insistencia el contenedor de las oficinas. Le daban miedo las formas del bosque, y el chillido de los murciélagos no ayudaba. Tenía este impulso de regresar a la abadía. «Vamos, Giulia, no seas irracional. Se trata de Lucca.», se dijo a sí misma. Por más que buscó no encontró sentido a su inquietud. Decidió escuchar a su parte lógica y se sentó cruzada de piernas en una piedra al pie del pozo. Dos gotas de lluvia cayeron en su zapato. Eran las nueve y cinco.

40

Derrumbe

Hugo Muscatello conducía su vehículo a exceso de velocidad por la estrecha y curvilínea carretera que rodeaba al Bosque de Roble. Era buen conductor, y la escasa iluminación de la vía y el golpeteo de la lluvia contra el parabrisas no eran para él un aviso de ralentizar la velocidad. Se estiró hacia delante, incómodo, con ambas manos sobre el volante de cuero. Disfrutaba dando paso a la ira, un arma de grandeza e inmunidad que no controlaba ni quería controlar, pero la intromisión de Giulia en su oficina había desatado en él un estado de descontrol y fastidio permanente.

Los números rojos del tablero de mandos marcaban las ocho y veintinueve. ¡Demonios! Según sus cálculos, y él no fallaba, Giulia estaría en el pozo y él recuperaría el óleo. Estaba atrasado. Pisó el acelerador. Masculló una maldición cuando la curva le obligó a disminuir la velocidad. Rebasó un par de camiones y un vehículo pequeño. Sentía la boca seca y se la limpió con la manga; la velocidad le duró poco, una nueva curva.

—¡Maldita sea! —gritó dentro del vehículo.

Finalmente divisó la abadía en medio de los árboles. Salió de la carretera principal y se desvió por un camino de tierra hasta llegar a la edificación. Dejó el automóvil frente a la peatonal de entrada. Su respiración formó una nube blanquecina mientras caminaba hacia una puerta maciza en mitad del muro que aislaba la propiedad del bosque. Una aldaba de hierro tosco colgaba de ella. La bateó con fuerza y esta chocó contra la madera, emitiendo un sonido casi inaudible que se le antojó burlesco. Pateó la madera esperando hacer ruido. La puerta no se movió ni emitió sonido alguno. Su irritación se calmó ligeramente al detectar un moderno timbre

incrustado en el muro.

Timbró con insistencia, escuchó el tono cortante y agudo durante varios minutos hasta que casi quince minutos después un fraile de aspecto juvenil se presentó ante él.

—Creí que nunca abrirían —reclamó Muscatello—. ¿Qué se la pasan haciendo que no pueden atender?

—La abadía de Roble abre la puerta a todos los visitantes. —El fraile se acomodó las gafas—. Es una norma de la abadía dar refugio y atención al necesitado.

—Pues los necesitados morirán de hambre antes de que usted llegue —interrumpió Muscatello—. ¿Dónde está el pozo?

—Seguramente se refiere a la compañía El Pozzo Inc., desde que empezaron los trabajos suelen preguntarnos cómo llegar a su campamento. Están trabajando carretera abajo para abastecer al pueblo y a la abadía de agua limpia. ¿Usted los conoce? Es una construcción fascinante: los pozos profundos crean unos sistemas potables bajo tierra, a menor costo que las presas de agua.

—¿Es acaso usted ingeniero o fraile?

—Primero, fraile.

—¿Está el pozo cerca de aquí?

—Muy cerca. Como a veinticinco minutos caminando carretera abajo, pero si va en automóvil serían unos diez minutos. Debe desviar a la izquierda en el camino de tierra hasta llegar al campamento.

—Lléveme allá. No tengo tiempo para andarme perdiendo.

—No puedo llevar a visitas al pozo, ni interrumpir mis labores por los peregrinos fuera de la abadía. Además, no le recomiendo ir. Va a llover.

—¿Le he pedido consejo, acaso? —Hugo estaba fuera de sí y este fraile no parecía o no quería entenderle.

—Es que es un poco tarde para una reunión en esas oficinas. No hay nadie a estas horas.

Hugo se retiró de las puertas de la abadía más irritado que cuando llegó. Había perdido un tiempo valioso discutiendo con un idiota.

Regresó a su vehículo. Prendió el motor y manejó con las luces

bajas por el camino. Pasó por una garita abandonada que tenía una tranca metálica abierta. El aviso del cinturón timbró repetidas veces hasta que distinguió el reflector en lo alto de una estructura metálica, y apagó el motor. Bajó del vehículo, ajustó su gabardina, aseguró la pistola en el bolsillo exterior derecho y en un movimiento mecánico se empujó el pelo hacia atrás. El viento amenazaba tormenta doblando las ramas de los árboles iluminados por la luna llena. Caminó sigiloso por la tierra. Unas gotas de agua cayeron sobre el puño de lana gris del abrigo. El piso firme, cubierto de hojas húmedas, y los árboles, testigos silenciosos, esparcían en eco el susurro del viento y el crujir de las ramas.

La distinguió en cuanto llegó a una especie de claro. Estaba de espaldas a él, sentada sobre una piedra. El reflector de la torre de perforación, a cuatro metros sobre ella, la iluminaba directamente haciendo brillar el pelo cobrizo que caía sobre su abrigo. Un ruido metálico cortaba el silencio de la noche: miró en dirección al sonido y distinguió en los contenedores del fondo unas oficinas cerradas con cadena metálica.

Avanzó despacio, escuchando cómo aumentaba el sonido del crujir de las hojas bajo sus pies. Sentía la espalda tensa y las manos calientes. Los árboles altos y la hierba húmeda del Bosque de Roble bordeaban el claro del campamento. Rodeó una bombona de agua y dos tanques de lubricantes. La construcción había eliminado la maleza y el piso estaba resbaloso. Avanzó hasta que solo quedó el espacio vacío entre el pozo donde Giulia esperaba y la bombona de agua que lo ocultaba. Giulia estaba sola, dibujando en la tierra con una rama.

—Nos volvemos a encontrar. —Muscatello avanzó rápidamente apretando los puños.

Giulia se incorporó de un salto; sin ver dónde pisaba, retrocedió enredándose con la malla de seguridad del pozo. La malla y las dos estacas que sostenían la cerca de seguridad que rodeaba el orificio cayeron con ella, perdiéndose en la tierra.

Muscatello quedó de pie, el lodo salpicó su traje. Luego escuchó un crujido seguido de un golpe seco. En un estruendo sordo el piso alrededor del pozo se desprendió y Giulia resbaló en el lodo, como

en un embudo.

Hugo retrocedió unos pasos, alejándose del derrumbe y del agua alrededor del orificio.

Giulia se asió a la tierra de los alrededores, pero solo consiguió agrandar la entrada del pozo. Finalmente, se quedó quieta. El pelo y la barbilla se le habían llenado de lodo, tenía los brazos extendidos para poder agarrarse de la superficie. Hugo supuso que no tenía apoyo en los pies, pues empezó a resbalar en cámara lenta.

La superficie en el área del derrumbe y alrededor del orificio filtraba agua, así que se mantuvo a distancia, celebrando su buena suerte.

—Mira todo lo que has ocasionado —dijo Hugo.

—¡Ayúdame! —gritó Giulia.

Hugo se acuclilló frente a ella, sin acercarse.

—Eres una inconsciente, por eso estás metida en un pozo lleno de lodo. Embarrada hasta el cuello.

Giulia lo miró desesperada.

—¿Dónde está el óleo? —Avanzó hacia ella, esperando una respuesta. El agua alrededor del orificio se extendió hasta tocar los zapatos de cuero de Hugo. Se detuvo en seco y retrocedió.

Al ver cómo se alejaba, Giulia se impulsó con fuerza y la tierra se deshizo. Resbaló y esta vez sus manos se perdieron de la superficie.

—¡Sácame! —gritó.

—¡¿Dónde está?!

—¡En la abadía! —Giulia estaba desesperada— ¡No puedo sostenerme!

—Te lo buscaste —contestó Hugo.

La tormenta tomó fuerza y las gotas de lluvia se juntaban descendiendo en forma de pequeños riachuelos por la apertura del pozo.

Hugo caminó hacia los contenedores y examinó las ventanas. Se cercioró de que las cadenas estuvieran cerradas y las oficinas desiertas. La luz del reflector que colgaba de la torre de perforación y el foco de las improvisadas oficinas no eran la luz perfecta para un análisis exhaustivo, pero suficiente para comprobar que no había guardias ni personal de oficina.

—¡Ayúdame Hugo! ¡Por favor!

—Al fin me dices Hugo —masculló para sus adentros.

Los gritos de Giulia se escuchaban lejanos y esparcieron su frecuencia. La cadena de la oficina tocaba su acorde impulsado por el viento de la tormenta. Hugo metió las manos en su chaqueta y caminó hacia su vehículo. Era ya entrada la noche y se encontraba además lejos de la ciudad, así que recuperaría el óleo de la abadía y, con un poco de velocidad, llegaría a tiempo de embarcarlo en la mañana.

Pisó en falsó y resbaló, ensuciándose la leva.

—Mierda.

41

El peregrino

Fray Moreto se sentía adormilado así que decidió quedarse de pie y atizar el fuego. Puesto que era una noche fría, colocó los troncos más gruesos dentro del fogón. El novicio Nocalla junto con fray Ingeniero recitaban la lectura *Saludo a las virtudes* mientras que los aprendices y frailes que pernoctaban en la abadía llegaban en grupos y se situaban alrededor de la chimenea; sus túnicas parecían una cordillera de montañas marrones.

Un llamado en la puerta: golpes fuertes, como si de un temblor se tratase, atravesaron las paredes de la biblioteca. El fuego de la chimenea pareció dejar de respirar. Nocalla interrumpió la lectura y con los ojos muy abiertos miró a su alrededor. Los frailes, asombrados, se preguntaron quién llamaba de esta forma. Fray Moreto hizo a un lado el atizador y a paso rápido se dirigió a la entrada, abrió los cerrojos y empujó la puerta de par en par.

—Fray Moreto, has abierto con prontitud. —El joven peregrino vestía una leva de viaje que le llegaba hasta los tobillos. Sonrió complacido y su pelo claro brilló a la luz de la luna.

—Siempre a su servicio. —Fray Moreto lo condujo al interior de la abadía. Caminó sin prisa, como detenido en el tiempo hasta llegar a la biblioteca.

El fray Cristóforo se levantó de la silla en cuanto vio llegar al joven peregrino. Los novicios, que habían suspendido las lecturas de la noche, se miraron unos a otros.

—El peregrino extendió un sobre con el sello de la vicaría.

—Esta es la manda firmada por el vicario. A partir del instante en que recibamos la misiva, la reliquia estará expuesta y los visitantes podrán tener acceso a ella —informó Nocalla.

—Pero —tartamudeó el fray Cristóforo— ¿a esta hora de la noche?

Los frailes miraron sorprendidos al joven peregrino, quien permanecía en silencio, esperando que ejecute la manda.

—Son las nueve de la noche y justamente nos disponíamos a realizar las *Completas*.

—¡Ah! —exclamó el novicio Nocalla—. ¡Las oraciones espirituales llenan tanto el alma! Ahora justo íbamos para la capilla.

—¿Qué clase de oración son las *Completas*? —preguntó el peregrino.

—Las hacemos en la capilla —se apresuró a contestar Nocalla—. Escuchamos la lectura divina del día de hoy y cantamos en coro el canto solemne, una antífona en honor a la santísima Virgen María.

—Eso está muy bien —prosiguió fray Ingeniero—. Las *Completas* encierran un significado en el que hemos trabajado todo el día: son el último oficio donde la jornada queda cumplida, es decir, completa. De esta manera podemos retirarnos al descanso nocturno, poniendo en las manos de Dios nuestras obras y nuestras vidas.

—Bendito sea Dios —dijo el novicio Nocalla—. Además, debemos entregarnos al silencio antes del reposo nocturno.

—No es momento aún para ir a las *Completas*.

—Pero ¿por qué? —preguntó el fray Cristóforo—. Ya son más de las nueve.

—No hemos cumplido aún el último oficio que nos pide el día —dijo fray Moreto.

El fraile lo miró intrigado.

—Por obediencia debemos exponer la reliquia, fray Cristóforo —dijo fray Moreto.

—No está bien —insistió el fray Cristóforo—, sería una negligencia poner al alcance de los peregrinos tan valiosa reliquia.

—Es una solicitud a la que, por obediencia a nuestros superiores, no nos corresponde negarnos.

El grupo regresó la mirada al joven peregrino, pero este no les prestó atención. Se acercó al perchero, donde colgaba la maleta de Giulia.

—Ella me pidió que guardara su bolso —dijo fray Moreto—,

entendí que regresaría por él pronto.

Una ligera arruga marcó el entrecejo de joven peregrino.

—Vino al monasterio al caer la noche. Dejó su mochila y salió en dirección a Pozos del Norte —agregó fray Moreto.

—Hemos tenido un día agitado —dijo el fray Ingeniero—. También tocó la puerta un hombre bien vestido. Preguntó dónde estaba el pozo hace poco más de una hora. Le dije que no había nadie en la noche, pero no escuchó.

—Considero una cosa odiosa la visita a aquel pozo tan propenso a accidentes —agregó el fray Cristóforo.

—Debo marcharme —anunció el joven.

Fray Cristóforo dio un respingo, como si perdiera piso. Debió de enojarse muchísimo, ya que se colocó frente al joven peregrino, cortándole el paso.

—Todo esto es una imprudencia. Exponer la reliquia es una imprudencia.

—Eres tú el que habla con imprudencia —contestó el joven.

Los frailes a su alrededor lo secundaron, pero el peregrino, pasando en medio de ellos sin que nadie se atreviera a detenerlo, se dirigió a la puerta.

Los frailes se miraron confusos.

—Algo no está bien —dijo fray Moreto.

—¡Pues concuerdo! Salir así, sin ninguna explicación. Es una falta de respeto. —El fray Cristóforo estaba rojo de ira.

Pero la preocupación de fray Moreto estaba lejos de la disputa. Tenía un horrible presentimiento que guardó para sí mismo.

—Vamos al pozo —pidió con voz cortada.

42

Ishsha

GIULIA YA NO GRITABA. EL lodo le había cubierto los ojos y la cara. Resbaló en un vacío jabonoso y una roca le cortó el muslo. Se agarró con las uñas y las puntas de los pies, mientras seguía descendiendo lentamente. La luz del reflector que estaba sobre ella se hizo cada vez más lejana y el pozo se estrechó en espiral hasta que se encontró en completa oscuridad. Giulia quiso volver a gritar, consciente de que lo único que la salvaría es que alguien la escuchase, pero tragó agua y una dolorosa quemazón descendió por el pecho. Las paredes la aprisionaron como una boa apretando su cuerpo, el agua la inundó de frío y la punzó como cuchillos en su muslo y en sus pies.

—Ishsha. —Un suave tono grave.

Sintió que la tomaban del abrigo y la alzaban en peso; vio luz reflejada en las paredes. Levantó la cabeza, buscando aire. El reflector parpadeaba descontrolado. Lucca salió primero del pozo y luego la alzó a ella. La recostó boca arriba, con las piernas aún en el orificio. Podía ver la torre de metal sobre ella y el cielo tormentoso de luna llena. El agua caía en gotas gruesas, pero no las podía sentir sobre la cara. Lucca la levantó, alejándose de la zona del derrumbe. La sostuvo boca abajo y ella tosió, vomitando. Le retiró el pelo cubierto de lodo de la cara, que se pegó hacia atrás.

—Por poco no llego —dijo Lucca.

Su mirada era fija, con el entrecejo unido en una expresión concentrada. El reflector parpadeaba iluminando su cabeza y espalda. Reparó que el pelo claro no había perdido sus rizos, que el agua no resbalaba por su cara ni por los brazos y que la leva delgada y blanca lucía impoluta. El agua caía a borbotones sobre

ellos, pero él permanecía completamente seco.

—No temas, Ishsha—dijo.

Y se desvaneció.

Giulia estaba exhausta, miró a su alrededor buscando a Lucca, se agarró de una rama para impulsarse y su rostro quedó a pocos centímetros de un pequeño murciélago de ojos redondos y orejas pequeñas. Extendió sus dedos y lo acarició en la base de la cabeza. El bicho cerró los ojos, hipó de contento y extendió el cuello disfrutando el contacto. Giulia no había registrado en su memoria cómo la había sacado del pozo, sin utilizar ni siquiera una cuerda, y se aferró a la sensación de haber sido alzada con firmeza. El miedo, por primera vez desde que ella lo recordaba, la había abandonado.

Salió en dirección a la abadía y, a medida que caminaba, la esperanza de llegar antes de que Hugo tomase el lienzo se hizo mayor. Le dolían los cortes de las manos, y especialmente el de la pierna; había perdido un zapato. Estaba entumecida, pero se forzó a llevar un buen paso. No tuvo que avanzar mucho, estaba aún dentro del campamento de la compañía El Pozzo Inc., cuando escuchó un sonido de motor. Reconoció el vehículo de mayor tamaño que la media de Hugo Muscatello. Corrió hacia la garita abandonada, bajó la tranca metálica, y la sostuvo con su cuerpo con el objetivo de cortarle el paso.

El vehículo frenó de golpe a pocos centímetros de la tranca metálica. Hugo Muscatello se apeó precipitado del asiento del conductor. Un mechón de pelo oscuro le caía en el centro de la frente.

Giulia se apresuró a darle varias vueltas a la amarra que sostenía la tranca. Luego escuchó como un rastrillo. Incorporó la vista. Un disparo. Fue un sonido atronador, un fulgor cortante. La bala dio contra la garita, a unos pocos centímetros de ella, el cemento salió disparado en varias direcciones, la tranca se abrió.

Hugo avanzó, rastrilló el arma y esta vez apuntó a Giulia.

—¡Alto! —escuchó un grito. Eran los frailes. Fray Moreto se adelantó hacia ellos.

Hugo paró sorprendido. Al distinguir el grupo de frailes dio media vuelta, ingresó al vehículo y se perdió de vista en el bosque.

El grupo rodeó a Giulia, quien tiritaba con violencia.

—¿Estás herida? —preguntó uno de los frailes.

—No —tartamudeó.

La tormenta había menguado. Escasas gotas de lluvia se deslizaban desde las copas de los árboles y el silencio cubría el bosque como una manta pesada.

—Vamos, acompáñanos a la abadía. —Fray Moreto se acercó a ella y le dio el brazo.

Giulia caminó cojeando. Le ardía el corte de la pierna y las piedras se clavaban en el pie en el que había perdido el zapato. Sentía que el lodo seco en su piel se resquebrajaba en las rapaduras de los codos. Aun así, permaneció atenta al camino, con la idea de que Hugo Muscatello saliera por un lado del bosque.

Giulia llegó a trompicones hasta la abadía. La acomodaron en una de las habitaciones de los huéspedes. El baño de agua caliente y un pijama grueso y el pan que le brindaron en el hospedaje le permitieron recuperar su temperatura.

Despertó cerca de las cuatro de la mañana con el cuerpo agarrotado. Incapaz de volver a conciliar el sueño, esperó a que amaneciera para salir del dormitorio. Se enfundó en unas sandalias, tres tallas mayores.

Al lado de su puerta, sentado en una silla de apoyabrazos gruesos y con un rosario entre las manos, se encontraba fray Moreto. Su cuerpo, quebrado en una posición incómoda, parecía haber pasado la noche en la silla de madera. A un lado de la silla, el perro ovejero dormía cuan largo era. Levantó la cabeza y extendió las patas, desperezándose.

—Buenos días, jovencita —le dijo fray Moreto aún con las cuentas en la mano. Las pepitas del rosario tenían un color rojizo oscuro y desprendían un olor agradable, a rosas. Trató de sonreírle, era un señor amable.

—¿Cómo te encuentras? ¿Quisieras desayunar?

Pastor se levantó rápidamente y se sentó sobre sus cuartos traseros, moviendo la cola. Giulia abrió la boca. Luego la volvió a cerrar e hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No tengo hambre aún.

—¿Puedo preguntar? ¿Quién era el hombre que te disparó?

—Se llama Hugo Muscatello. Es el director del instituto donde estudié —dijo inquieta—. Puede estar cerca de aquí.

—Uno de los novicios memorizó la placa de su vehículo, así que ya hemos reportado a las autoridades —contestó fray Moreto—, no vendrá por acá. Pero, jovencita, necesito que me expliques qué hacías en la compañía de pozos.

Giulia suspiró.

—Empecé a estudiar hace dos años en el Instituto de Arte Muscatello, en Florencia. Yo siempre he querido dedicarme a la pintura, y se abrió la oportunidad de aplicar a la Galería de Milán.

—Es un hermoso lugar.

—Sí, lo es. —Giulia se alegró de que fray Moreto conociese la galería—. Yo apliqué a un programa que me permitía exponer y trabajar en la galería. Allí fue cuando las cosas se complicaron.

—¿Y por qué estabas en la compañía El Pozzo?

—Hugo Muscatello se apropió del lienzo, pero luego yo lo recuperé. Me citaron allí, en la compañía, pero quien me esperaba era Hugo Muscatello.

—¿El lienzo del que hablas es el de Masseo de Marignano? —preguntó fray Moreto.

—Sí, aprendí de Masseo por Lucca y por las cartas que usted me envió.

—¿Qué dices? —Sus ojos, ligeramente enrojecidos, parecieron brillar—. Esas cartas llegaron a la abadía, algunas llevaban tu dirección, por eso las reenvié.

—Son las traducciones de los pergaminos originales que están en Giganti. Lucca me lo enseñó. Es una tela en forma de rollo, escrita en latín —sonrió—, también me tradujo la primera de ellas. Lo habla muy bien.

Fray Moreto la miraba con ojos muy abiertos.

—¿El que llamas Lucca fue quien te dijo que el pergamino original de la abadía de Roble estaba en Giganti?

—Sí —contestó Julia. Luego describió a Lucca y los encuentros que tuvo con él en el instituto y en Giganti.

—Ha tocado dos veces la puerta de esa abadía, pero no me

reveló su nombre.

Giulia no supo qué decirle. Era muy propio de Lucca no contestar preguntas.

—A mí me decía «Ishsha», y ese no es mi nombre.

—«Ishsha». Significa mujer en lengua antigua.

—Ah.

—¿Recuerdas lo que él te tradujo?

—El pergamino habla de un joven que llamó fuerte y precipitadamente a la puerta de una ermita.

—La reliquia de la abadía de Roble es un pedazo de esa puerta —dijo fray Moreto. Y entonces sonrió ampliamente, sus ojos se achinaron y unas carcajadas como agua dentro de un cántaro sonaron en la abadía—. El joven Lucca quería que expusiésemos la reliquia —dijo fray Moreto. El rosario se perdió en su sotana marrón —. Pensándolo bien, él quería que tú vieses la reliquia. —Se paró de la silla—. Sígueme.

El frío de la mañana los golpeó en cuanto salieron al patio exterior. El perro los siguió hasta llegar a la capilla y luego se alejó olisqueando los arbustos. Fray Moreto hizo pasar a Giulia a la cámara que quedaba debajo del altar, en el sótano, por la puerta lateral. Era pequeña, sin adornos ni molduras en el techo. La temperatura y el silencio eran agradables. En su parte central, sobre el cojín rojo, descansaba un pedazo de madera cubierta por un vidrio. Fray Moreto hizo una genuflexión y luego de incorporarse retiró el vidrio. Giulia se acercó con cuidado. Tocó la madera. Retiró la mano de inmediato y miró a fray Moreto.

—Tómala —la animó con un gesto.

Giulia levantó la reliquia. Un trozo de tablón castaño oscuro.

Reconoció el tono rojizo de la madera que ahora sostenía entre sus manos y la forma nudosa de las vetas largas y morenas. Las que habían formado el rojo cadmio.

—Cuando Hugo tomó el lienzo, la pintura se raspó y tomó forma de madera magullada; los bordes se oscurecieron en la hendidura dando este tono violáceo. Este pedazo de madera es igual al de la pintura en el cuadro de Masseo. —Giulia pasó con delicadeza los dedos por la hendidura—. Pensé que este defecto en el lienzo lo

hacía inservible. Ahora entiendo, Lucca quería que viera la reliquia, porque no hay nada que reparar en el óleo.

Con delicadeza, Giulia regresó la reliquia al cojín.

43

Cosecha

En Florencia, el inspector Salermo recibió esa misma noche la notificación: habían arrestado a Hugo Muscatello. Enmudeció en el escritorio con la mirada perdida en el documento casi una hora. Luego cruzó la callejuela hasta el bar. Pidió una botella de vino de la casa y después otra.

La madrugaba entraba sin permiso en el bar poco concurrido, la cinta repetía la misma mala música por segunda vez. Salermo apuró la copa hasta vaciarla. Esta vez, no podría detener ni negociar la orden con sus superiores, pensó. Los testigos eran frailes. ¿Quién lo diría?

Se había acordonado en el rincón más oculto de la barra. Una chica de caminar felino se acercó a él, arrastró la silla y se sentó con decisión. Era alta y morena, de pelo corto.

—¿Mala noche?

—Mal día. —Salermo, embotado por el vino, tardó en reconocer a Ingrid.

—Una botella de la casa. —Ingrid se extendió sobre la barra.

—Escuché unos rumores sobre Muscatello.

—¿Cuál de todos los rumores? —Salermo suspiró. Era una ciudad pequeña. Las noticias volaban demasiado rápido.

—Los que tú conoces de primera mano —contestó mordaz Ingrid.

—El uniforme lo dice todo —contestó con una mueca Salermo.

—No todo.

Ingrid destapó la botella y sirvió el vino. Era una mala cosecha. Salermo se tomó la copa de golpe.

—Hugo ha sido arrestado.

—Entonces es cierto. ¿Por qué?

Salermo apuró otra copa. Hundió la cabeza entre las manos y pareció hablar para él mismo.

—Es un gran hombre. Culto, político, buen empresario.

—¿De qué hablas? ¿Qué pasó con Hugo?

—Disparó en los terrenos de la abadía. El asunto se le escapó de las manos. —Sentía la boca pesada y le costó ordenar las palabras. Se arrimó contra la pared y su mirada se detuvo en la cadera descubierta de Ingrid.

—¿Me acompañas a casa?

—Cuéntame lo de Hugo.

Salermo acercó la mano a la botella, pero Ingrid fue más rápida y la tomó primero.

—Hugo vendió un óleo a buen precio a una galería. Antes del embarque la pintora se lo llevó.

—¿Qué pintora? —Ingrid se acercó a él, hasta casi rozarlo.

Salermo no contestó. Ingrid tomó el vino, se sirvió ella, y dejó la botella y su propio cuerpo fuera del alcance de Salermo.

—¿Qué pintura?

—Era del hombre en la puerta de un hotel; lo vimos mientras la estudiante lo pintaba.

—La estudiante. —Ingrid mordió las palabras.

—Hugo aprovechó la oportunidad. Contactó a los dueños de una cadena estadounidense de hoteles y les gustó el cuadro.

—¿El cliente era un hotelero?

—Sí, quería el cuadro. Muscatello tenía la capacidad de crear demanda por una pintura por la que nadie pagaba un céntimo. ¡Era un genio! Hacía únicas las piezas de arte. Los cuadros, las esculturas, ¡hasta las armas! Todo adquiría valor luego de pasar por sus manos. ¡Ahora todo eso está perdido!

—¿Perdido? ¿Te refieres a que tenía deudas?

—¡Bah! Todos los empresarios tienen deudas.

—Y a él no le gustaba pagarlas.

—¡No fue por deudas! —Salermo alzó la voz—. Él ganaba mucho dinero. Te digo que vendió ese óleo por un valor excesivo.

—Los volantes en la calle, ¿él los distribuyó para vender el

cuadro? —Ingrid le llenó la copa.

—No, fue la estudiante la que distribuyó los volantes. Cuando vi los volantes repartidos por la ciudad con el retrato, también pensé que era una estrategia de Hugo, tú sabes, para tener a todos buscando el cuadro. De hecho, eso hizo subir el precio.

—¿Por qué subió el precio?

—Piensa un poco: es una forma de crear demanda. Los compradores dicen: «Se robaron este cuadro, debe de ser costoso». O mejor aún, «Este es el famoso cuadro que robaron del Instituto Muscatello».

Ingrid se quedó callada. Salermo sabía que estaba borracho, pero era incapaz de parar. Quería orinar en la estupidez de Muscatello y llevarse la botella y a Ingrid a su departamento.

—No tiene sentido. ¿Por qué tanto trabajo por el lienzo de Giulia? —preguntó molesta.

—La verdad es que él también tenía una obsesión por esa chica.

—¿Qué tipo de obsesión? —Ingrid se acercó a él.

Salermo arrastró la silla hacia ella y le habló en voz baja.

—El maestro Febres nunca aceptó trabajar para Hugo, lo evitó sistemáticamente durante años, y que lo desechen es algo que Muscatello no toleraba. Cuando la hija de Febres apareció en el instituto, supongo que fue su forma de desquitarse. Desde allí andaba distraído. Fue la primera vez que aceptó a un retratista en el instituto, él no soportaba un mal detalle. Le dio un trabajo nocturno y mayor espacio en el estudio de pintura. Hugo no solía alabar ninguna obra. No era su estilo. —Se rascó la cabeza, como pensando —. Con ella parecía intrigado, y cuando terminó el óleo, obsesionado. Repetía algo sobre la mirada del cuadro. Yo me limitaba a escuchar. Deberías de ver lo bueno que soy escuchando. Como tú podrás imaginarte, no sé de pinturas, así que no podría decirte si realmente era el trabajo de tu compañera lo que le llamaba la atención u otro asunto. Cuando supo que la chica Febres se había llevado el óleo casi enloqueció. Puso cámaras en todo el instituto.

—Entonces —tartamudeó—, ¿me estás diciendo que tenían una relación sentimental?

—Hasta donde yo sé, no. Pero ¿quién lo asegura?

Ingrid se mordió el labio con tal fuerza que se partió la boca.

—¿Antes de Giulia se había obsesionado con otras estudiantes?

—No, de ninguna manera. —Salermo se tomó una pausa—. A él no le gustan las estudiantes sino las mujeres como tú, atractivas e independientes.

Salermo sirvió el vino en su copa.

—¿Nos vamos?

—Quizás otro día.

Ingrid se levantó tan rápidamente que Salermo no distinguió cuando salió del bar.

44

Milán

Frente a la estación de la Galería de Arte, Giulia Febres se ajustó el vestido y anudó su bufanda roja alrededor del cuello.

La Galería de Arte de Milán era un edificio de puertas altísimas como una esfinge con la boca abierta, rodeado de calles concurridas y árboles caprichosos.

Ingresó al edificio y caminó hasta el patio central que exhibía un jardín minimalista y una hermosísima fuente de lirios bajo una cúpula de vidrio. Los pasillos decorados con mosaicos conducían a las diferentes salas de exhibición, ionizadas y temperadas. El ascensor, amplio y diseñado enteramente con vidrio, permitía una vista aérea de los jardines y de los pisos superiores de la galería.

El museo estaba lleno. La muestra de escultura hiperrealista ocupaba toda la planta baja, que terminaba en un frenesí de compras en la que los visitantes adquirían un poco de ese colorido mundo.

El penúltimo piso del subsuelo contenía las salas privadas de eventos. En el mayor de los salones, llamado Salón Blanco, se podía leer en letras negras el título de la exposición:

Los ojos son el espejo del alma

Las luces circulares empotradas en el techo iluminaban hasta el último rincón de la sala. La organizadora, estirándose en la punta de sus zapatos altos, arreglaba la cortina corrediza de los laterales de las paredes. Un hombre de barriga prominente y hombros anchos subió por la alfombra de color rojo oscuro dos escalones hacia la tarima. Probó los micrófonos.

Las tres primeras filas estaban reservadas a la prensa, quienes se debatían inquietos con sus cámaras y libretas; las seis filas posteriores, a críticos y público en general. Varios visitantes estaban situados de pie en los laterales y alrededor de la puerta de entrada. Un murmullo recorría expectante el salón. Giulia podía escuchar su propia respiración.

Los pintores que ya se habían ganado su reputación hicieron su aparición. Eran tres, todos se especializaban en el retrato, el tema de la exhibición.

La organizadora se sentó con ellos y, siguiendo el orden del programa, hizo una presentación de los artistas.

Giulia, al igual que todos los estudiantes que accedieron al programa, estaba en el corredor. Ese día permanecería al lado de Masseo, contestando las preguntas de los transeúntes.

La galería se llenó como la barriga de una ballena, poco a poco y en el silencio del mar. Un grupo de unas doce personas rodeó el cuadro y a Giulia, entre ellos reconoció a Giorgio, el fumigador. Había cambiado su overol por una camisa, pero llevaba la misma gorra hacia atrás.

—¡Giorgio! —exclamó Giulia.

—Veo que lograste traer el óleo a la galería.

Giulia sonrió. Era verdad. No había conseguido el trabajo de tiempo completo, pero Masseo estaba exponiéndose en la Galería de Milán.

—¿Usted viene a la galería usualmente?

—No, es la primera vez, sentí curiosidad después de conocerte a ti y tu cuadro. ¿Te quedarás en Milán?

—No, soy de Apalagos, me temo que debo volver a la isla.

—¿Te gusta la isla?

—Me gusta mucho la isla, pero no quisiera regresar. En Apalagos solo conseguiría trabajo en las minas. Aunque ya le he perdido el miedo a los derrumbes, soy más hábil en la pintura. Hubiera querido quedarme en Florencia.

—¿Te gustaría quedarte en Florencia?

—Oh, sí. Me gustaría mucho.

—Necesito que alguien conteste el teléfono de mi oficina. En la

parte de atrás hay un cuarto que por algún motivo nunca he logrado alquilarlo. Puedes vender tus cuadros en la parte frontal. No tengo problema mientras contestes el teléfono. ¿Te interesaría? Inténtalo unos meses y después vemos.

—¿Lo dice en serio? Claro, me encantaría.

—Te espero. —Giorgio le dio una tarjeta y se despidió de ella con dos dedos en la gorra.

Giulia sostuvo la tarjeta entre las manos mientras lo vio marcharse. El grupo de personas aún rodeaba el cuadro de Masseo.

—¿Cuánto demoró en realizar este óleo? —Una mujer mayor con uniforme azul y sello dorado la sacó de sus pensamientos.

—Trabajé en el óleo ocho meses.

—¿Eso demora realizar una obra de este tamaño? —Esta vez, la voz femenina pertenecía a una chica joven, vestida de negro.

—Las obras son diferentes en sus tiempos. En un retrato, cada marca tiene una historia que devela la esencia de las personas —explicó—. Además, la pintura exige un proceso de secado. Hay que darle tiempo al tiempo.

—¿Quién es el modelo?

—El modelo existe —contestó Giulia—, pero no trabaja en un hotel.

—Tiene una expresión particular. ¿Quién es el modelo? —insistió un hombre delgado, de pelo gris.

—Es el retrato de Masseo de Marignano, un noble y luego un fraile. Murió en 1280 y fue enterrado en la cripta de la Basílica de Asís, donde aún descansan sus restos. Los escritos dicen que era instruido y gallardo; tenía un gran sentido común y el don de simpatía. Sin embargo, él llevaba la labor más humilde de la época, que era la que se asignaba a los criados: la tarea de atender a la puerta. Fue haciendo esa labor cuando recibió a un visitante que llenó de claridad una época confusa.

—¿Existen otros retratos de este hombre?

—Sí, hay una silla con un fresco en la iglesia de San Francisco de Asís. Lleva su nombre, pero fue curioso, porque encontré el fresco en la iglesia de Asís, y me gustaría recalcarlo: encontré el fresco *luego* de dibujar a Masseo.

—¿Veo que el retrato no está en la subasta? —preguntó la señora de uniforme mientras revisaba unos papeles.

—No irá a la subasta. La he donado a la abadía de Roble —contestó Giulia.

La señora se cruzó de brazos.

—¿Ha iniciado usted su próxima obra?

Giulia había querido pintar a Lucca. Pero la imagen se desfiguraba en cuanto ella empezaba a recordar los detalles: la forma de los rizos claros, el grosor de las cejas, la línea que surcaba su frente cuando la miraba atento.

—Es novedoso el juego de claroscuro. —El hombre delgado de pelo gris se adelantó varios pasos—. ¿Tiene un reflejo en la pupila?

Las luces de la sala, que se encontraba fuertemente iluminada, sorpresivamente se apagaron. Una expresión de asombro acompañó la oscuridad y luego un silencio quieto, los asistentes no murmuraron. El ruido de las pisadas también calló. Los focos centrales iluminaron el cuadro en luces tenues. La semioscuridad calmó los sentidos y realzó la belleza escondida en el corredor. El tiempo se detuvo, y un nuevo comienzo invadió a los asistentes a medida que se adaptaron al nuevo escenario.

Giulia interrumpió su exposición con la mirada fija en el fondo, pendiente de un movimiento de luces intermitentes, como las alas de un colibrí sobre la multitud.

—No es solo un claroscuro. ¿Qué es lo que ha dibujado en la pupila? —insistió el hombre delgado de pelo gris.

Entonces lo vio por encima de la multitud: los rizos claros, el grosor de las cejas, el corte de la mandíbula.

—Masseo refleja en su pupila la forma de la luz —sintió los ojos húmedos.

Y allí, parado al fondo de la sala, Lucca sonrió.

Empieza por hacer lo necesario, luego haz lo posible
y luego estarás logrando lo imposible.

San Francisco de Asís

Nota del autor

La presencia de ángeles ha sido un elemento desconcertante en la historia de la humanidad. Los relatos antiguos y actuales coinciden en que viajan con rapidez y asumen formas humanas en situaciones extremas. Son numerosos y no están sujetos a las leyes físicas; por ende, ciertos testimonios de sus apariciones parecen ficción.

La idea de escribir sobre un ángel me pareció fascinante, así pues, inicié recopilando información sobre todas las apariciones registradas y documentadas. Me incliné hacia un relato en particular, pero fue sumamente difícil profundizarlo. Las fuentes confiables eran limitadas debido a una cantidad abundante de esoterismos que desvirtuaban el tema, y el trabajo no tomaba forma.

Por esa época realicé un viaje de imprevisto a Italia. Mi hija mayor, que estaba en la universidad, me pidió ayuda para cambiarse de locación y yo no requería demasiadas excusas para ir a visitarla. Crucé el charco, como llamamos irreverentemente al océano Atlántico, y viajé desde mi domicilio en la ciudad de Guayaquil a Venecia y luego Pésaro, la ciudad de la música. Las primeras noticias de la pandemia se escuchaban ya en la bella Italia.

Tenía vagamente presente que el relato que llamó mi atención había ocurrido en las colinas italianas. No recordaba con exactitud la descripción de los eventos que produjeron la aparición, pero por el simple hecho de estar en Italia, y aunque solo disponía de una semana, yo, ilusa, pretendía encontrar alguna información que me permitiera avanzar con el escrito.

Desde Guayaquil me enviaron una foto del relato de tan solo media carilla, era una página del libro *El poder de los Ángeles* de Ávila. Al releerlo salieron dos nombres: Masseo, que fue el fraile quien amablemente abrió la puerta al ángel y san Francisco de Asís. La ciudad de Asís estaba a tres horas de viaje y me impulsó la idea de encontrar una biblioteca o librería. Alquilé un vehículo y manejé

hasta la ciudad de Asís acompañada de mi hija Andrea.

Llegamos hasta la impresionante Basílica de San Francisco. Después de consultar con un guía y un par de frailes, me sentí decepcionada por no encontrar una librería y procedimos a recorrer la basílica.

Ingresé al subterráneo de la Basílica donde estaba la tumba del san Francisco de Asís. El piso y las paredes eran de rocas permeables, frías al tacto.

Nos sentamos en las bancas y esperamos.

—¡Qué bonito! —dijo Andrea—. San Francisco está enterrado con sus amigos.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—¿Qué dijiste? —pregunté.

—Que está enterrado con sus amigos. ¿Qué te pasa?

—¿Dónde? —acerté a decir. El espacio en el subterráneo era reducido, y se formaba un callejón tras el altar. Me llevó a las catacumbas. Un total de cuatro. La segunda correspondía a Masseo.

—He querido escribir sobre el encuentro de un ángel con Masseo —le expliqué—. Tengo más de un año buscando información.

Seguí con el recorrido y subí las escaleras como atontada hasta la parte superior de la basílica.

—La historia que quiero escribir se trata sobre un retrato de Masseo, pero yo tampoco sé cómo se veía físicamente, por lo tanto, no he podido avanzar —le comenté.

En la parte frontal de la basílica, que era extensa y llena de detalles, se encontraba un conjunto de asientos de mucha antigüedad que debieron haber sido utilizadas por autoridades eclesiásticas. Tenían apoyabrazos y un techo triangular, en señal de invocación al Espíritu Santo. Eran tan numerosos los escaños que no me alcanzaba la vista para verlos de golpe.

—Mira, tienen dibujos. —Andrea se acercó aleatoriamente al primero de los asientos que se encontraba a su izquierda. En el respaldar estaba escrito el nombre de Masseo y el dibujo de su rostro. Yo me acerqué despacio y leí dos veces el nombre: Masseo (escrito con una sola S y en letras tipo griegas). Todos los escaños que alcancé a ver después tenían nombres y rostros diferentes.

Había un letrero de «Prohibido tomar fotografías», así que memoricé los rasgos. Si en algún momento dudé en escribir sobre Masseo y el impresionante visitante, mis dudas acabaron en ese viaje.

Las cartas de Masseo están basadas en la obra anónima del siglo XIV *Las Florecillas de San Francisco* que narra la vida y milagros de San Francisco de Asís y del ángel de la hospitalidad que visitó la orden franciscana.

Entrego esta obra de ficción, escrita con la confianza en el destino, que se dio el trabajo de llevarme hasta la mismísima tumba de Masseo y de hacer llegar esta novela a tus manos.